
HARLEQUIN
Bianca
UN DESEO ABRASADOR
SUSAN STEPHENS

El secreto de Lizzie tenía nombre,

Thea. ¡Y era su hija! Cuando Damon Gavros entró en el restaurante donde trabajaba Lizzie Montgomery, el abrasador deseo mutuo atravesó el calor de la cocina. Instantáneamente, ella retrocedió once años, a la maravillosa noche que habían compartido. Y aunque él fuera la causa de que Lizzie lo hubiera perdido todo, la irresistible conexión entre ambos seguía echando chispas. Sin embargo, había una cosa que Damon no sabía de Lizzie… todavía. Damon estaba seguro de que Lizzie le ocultaba algo y tenía la intención de averiguarlo…

UN DESEO ABRASADOR

Susan Stephens

Prólogo

Once años antes…

Lizzie echaba chispas. Él vio que sus ojos castaños lo crucificaban desde la sala del tribunal. Solo tenía dieciocho años, era pelirroja y llevaba pantalones de cuero negros, un minúsculo top, varios tatuajes y un *piercing* en un labio. Había que estar inconsciente para no desear a aquella fuerza de la naturaleza que era Lizzie Montgomery.

Eso no cambiaba los hechos. Se hallaban en un tribunal de justicia de Londres y él, Damon Gavros, formaba parte de Gavros Inc, una compañía naviera internacional. Estaba allí para apoyar a su padre, que era el principal testigo de la acusación en el caso de Gavros Inc contra Charles Montgomery, un estafador.

Le chocó volver a ver a Lizzie en la sala, aunque no podía decir que le pesara haberse acostado con ella la noche anterior. Aunque, entonces, hubiera sabido quién era ella, la pasión que se había despertado entre ambos los hubiera conducido por el mismo camino, sin importarles las consecuencias.

Se habían conocido la noche anterior, cuando se habían negado a servir una copa a Lizzie, claramente afligida, en un bar en el que él se hallaba tranquilamente sentado mientras pensaba en que se iba a juzgar al hombre que había estafado millones a su padre. Al ver que el barman estaba a punto de echarla, porque ella se negaba a marcharse, intervino. Se la llevó a su mesa, la invitó a un café y hablaron.

Ella le dijo que se llamaba Lizzie. Damon no sabía que era hija de Charles Montgomery. Era muy guapa y divertida y estaba deseando empezar a estudiar en la universidad. Él estaba a punto de terminar. Una cosa había llevado a la otra y ya era tarde para reparar el error.

Descubrió la magnitud del mismo cuando se llevaron al padre de Lizzie al calabozo y esta lo esperó a la salida del tribunal. Lo insultó y le dio una bofetada que lo pilló por sorpresa. Supuso que se la merecía.

Se acarició la mejilla mientras la miraba a los ojos, que centelleaban. Sin hacer caso de la gente que se arremolinaba a su alrededor a contemplar la escena, ella cerró los puños y le dijo furiosa:

–¡Eres un canalla! ¿Cómo pudiste acostarte conmigo anoche

sabiendo que iba a pasar esto?

–Tranquilízate, Lizzie –contestó él mientras hacía una seña a su equipo para que se fuera–. Estás dando un espectáculo.

–¿Que me tranquilice? Gracias a ti, han condenado a mi padre.

A ojos de Lizzie, Charles Montgomery era inocente. Y el resto del mundo, y sobre todo Damon, a quien se había abrazado, jadeante, la noche anterior, podía irse al infierno.

–Y no me mires así. No me asustas.

–Eso espero.

–No me toques –dijo ella esquivándolo cuando él intentó abrazarla para consolarla.

De reojo, Damon vio que los guardas de seguridad de la empresa alejaban a los espectadores y que el director del equipo legal de su padre se acercaba. Le indicó con la mano que se marchara. Lizzie se merecía cierta consideración. El juez había querido convertir a su padre en un ejemplo de lo que podía sucederles a otros que quisieran imitarlo, por lo que lo había sentenciado a una larga condena en prisión.

–Tu padre ha hecho daño a mucha gente, Lizzie, no solo a mi familia.

–¡Basta! –gritó ella al tiempo que se tapaba los oídos–. ¡Lo único que os importa es el dinero!

–Tengo que proteger a mi familia. Y no solo a ella, sino a todos los que trabajan en la empresa. ¿No se merecen también ellos que se les haga justicia?

–¡Y tú eres un santo! –gritó ella dándole la espalda.

El sentimiento de culpa se apoderó de él al ver que sollozaba en silencio. ¿Se habría comportado de otro modo la noche anterior si hubiera sabido lo que iba a pasar? Por mucho que lo intentara, no conseguía arrepentirse de haberse acostado con Lizzie. Solo pensaba en consolarla, en protegerla de los ojos de los curiosos. Pero Lizzie Montgomery no estaba de humor para ser consolada.

–¡Te odio! –gritó cuando llegaron sus amigos a llevársela.

–Pues yo no.

Ella no tenía la culpa de lo que había hecho su padre. Y aunque se equivocaba al serle leal, Damon la entendía. Él sentía lo mismo por su padre, que se había pasado la vida levantando la empresa que Charles Montgomery había estado a punto de destruir.

El padre de Damon siempre se había preocupado por las familias que dependían de él, una responsabilidad que traspasaría a su hijo un día. Damon estaba deseando seguir los pasos del gran hombre. Lizzie aún no lo sabía, pero era otra víctima de Charles

Montgomery. Damon pensaba que, para cuando su avariciosa madrastra hubiera acabado con ella, Lizzie se vería en la calle.

–Me gustaría ayudarte.

–¿Ayudarme? –dijo Lizzie con desdén. ¡De ninguna manera! Vuelve con tus amigos ricos y a tu cómoda vida, niño de papá.

Otra serie de epítetos siguió mientras sus amigos intentaban llevársela de allí.

Damon la echaría de menos. En una sola noche había comprobado que era una gata salvaje con un corazón de oro.

–¡Mi padre es inocente! –gritó ella con toda la potencia de su voz mientras la arrastraban sus amigos.

–A tu padre lo han declarado culpable de todos los cargos –contraatacó él con suavidad– en el máximo tribunal de este país.

Lizzie se soltó de sus amigos y se volvió para enfrentarse a él.

–¡Por tu culpa y por la de los de tu calaña! –le espetó en un tono que se asemejaba más a un aullido agónico que a una frase–. ¡Nunca te lo perdonaré! ¿Me oyes? ¡Nunca!

–Nunca digas nunca jamás, Lizzie –le contestó él esbozando una leve sonrisa.

Capítulo 1

DAMON Gavros! ¡Cuánto tiempo!

«Damon Gavros». Lizzie se sintió desfallecer. Pero, sin duda, tenía que haber más de uno en Londres. Le faltó el aire cuando Stavros, su nervioso jefe, irrumpió en la cocina del restaurante mientras ella lavaba una montaña de platos. No, no había error posible. No tuvo que darse la vuelta para saber que se trataba del Damon Gavros que se temía. Lo sintió en cada fibra de su cuerpo. ¿Habían pasado de verdad once años desde la última vez que se habían visto?

Se apoyó en el fregadero y se preparó para un encuentro que no había esperado que sucediera, y mucho menos en su lugar de trabajo, donde se sentía segura.

En su mente aparecieron rápidas imágenes sucesivas de Damon. Era el único hombre que le había dejado una huella tan poderosa que no había conseguido olvidarlo. Y por más razones que el hecho de que fuera el hombre más carismático que había conocido.

–¡Bienvenido! –gritó Stavros, al borde de la histeria–. ¡Damon, por favor, entra en la cocina! ¡Ven aquí! Quiero presentarte a todo el mundo.

Lizzie se quedó inmóvil. Con la cabeza gacha y los puños cerrados dentro del agua llena de espuma, respiró hondo y revivió su antigua furia. Recordó que, once años antes, frente al edificio del tribunal, se había sentido inmensamente sola y que había maldecido a Damon Gavros por ser la causa.

Ahora se daba cuenta de que Damon y su padre habían hecho lo correcto y que toda la culpa la tenía el padre de Lizzie, que se había apropiado de los ahorros de mucha gente. Por aquel entonces, ella estaba tan confusa, enfadada y trastornada que no lo había entendido. Solo cuando, al volver a su casa, su madrastra la había echado a la calle, reconoció por fin que su padre era un sinvergüenza, y su esposa, una mujer despiadada y avariciosa.

No había olvidado a Damon, pero ¿dónde había estado esos once años?

No había formado parte de la vida de Lizzie, por supuesto. Ella no lo hacía responsable de nada, salvo de su ausencia. De hecho, le agradecía que le hubiera enriquecido enormemente la vida. Se preguntó qué pensaría de ella ahora. Años antes era una completa rebelde; ahora, totalmente convencional. ¿Le haría eso sospechar algo?

Se puso a temblar. Se había jurado no volver a tener relaciones sexuales después de Damon, y no solo porque ningún otro hombre pudiera comparársele.

Damon y Stavros se acercaban cada vez más, y el afecto mutuo que se demostraban recordó a Lizzie el que observó entre Damon y su padre después del juicio. ¡Cuánto los había envidiado! Tener alguien en quien confiar le parecía entonces un sueño imposible. Se daba cuenta ahora de que le habían hecho un favor al hacer que el juicio se celebrara, ya que había aprendido a valerse por sí misma y, aunque no tenía mucho, se ganaba la vida honradamente y era libre.

–¡Lizzie! Quiero presentarte a un buen amigo que acaba de volver de sus numerosos viajes. Damon Gavros.

Ella se volvió de mala gana.

Se produjo un silencio de varios segundos hasta que Damon dijo:

–Creo que nos conocemos.

La voz de Damon se deslizó por las venas de Lizzie como nata caliente. Le resultó tan conocida como si no hubieran dejado de verse durante once años.

–Así es –respondió ella temblando por dentro, pero sonriendo a su jefe.

–Os dejo solos –dijo Stavros mientras se frotaba las manos de alegría pensando que, por fin, había conseguido hacer el papel de Cupido.

–Ha pasado mucho tiempo, Damon.

–Ciertamente –contestó él mientras la examinaba.

Ella se sintió vulnerable. No estaba vestida para ese encuentro como a ella le hubiera gustado, ya que llevaba zapatos de goma y un delantal sobre su vieja ropa, y un gorro de plástico le cubría los rizos pelirrojos. Y seguro que tenía la cara roja y sudorosa a causa del vapor que había en la cocina.

«Y no te conozco», se dijo mientras miraba su hermosos rostro, que había mejorado con la edad. Aparte de lo que había leído en los periódicos sobre el personaje, no sabía en qué se habría convertido Damon Gavros. Y si había vuelto a Londres para quedarse, debía enterarse.

Sus ojos eran increíbles, seductores y risueños. Peligrosos, porque veían demasiado.

El impacto de Damon en sus sentidos fue tan abrumador como lo había sido siempre. Desde el brillo de los gemelos de diamantes que llevaba en los puños de la camisa a su mirada levemente risueña, que podía eliminar la capacidad de razonar de Lizzie de golpe,

Damon Gavros, con su dinero y su poder, era una terrible amenaza para todo lo que a Lizzie le importaba.

Sin embargo, su cuerpo reclamaba su atención mientras su mente le indicaba que fuera prudente. Damon era terriblemente carismático, así como físicamente imponente, pero era el poder de su mente lo que lo dominaba todo. Y era eso lo que la asustaba.

–El éxito te sienta bien –afirmó ella.

Él asintió levemente, pero no contestó. Probablemente era lo máximo que podía hacer tras haberla encontrado en aquella cocina.

Los expertos hablaban del incomparable éxito de Damon al tomar las riendas de la empresa de su padre. Cuando, en sus artículos, no se referían a él como el soltero más cotizado, era porque lo calificaban de compasivo multimillonario, debido a su labor benéfica. Lizzie dudaba que tuviera una actitud caritativa hacia ella si descubría cómo había vivido los once años anteriores.

–¿Nos vamos a otro sitio? –propuso él.

–¿Cómo? –ella lo miró sorprendida creyendo que no había oído bien.

–No me apetece hablar aquí. ¿Y a ti?

Sus ojos la atravesaron y, durante unos segundos, ella no supo qué decir. La idea de ir a algún sitio con Damos Gavros era alarmante.

Damon entendía la sorpresa de Lizzie al volver a verlo. También él se había sorprendido, sobre todo al verla tan cambiada. Estaba ansioso por saber qué había sido de ella durante los once años anteriores y por qué trabajaba allí.

–Seguro que Stavros puede prescindir de ti durante una hora –insistió mientras se dirigía hacia la puerta.

–No puedo –contestó ella, lo que lo hizo detenerse–. Como verás… –ella extendió las manos, cubiertas por guantes de goma–. Estoy trabajando.

A él no se le había ocurrido que lo pudiera rechazar.

–¿Stavros? –se dirigió a su jefe, que se hallaba al fondo de la cocina.

–Desde luego –contestó este con entusiasmo–. Lizzie se merece un descanso. Que se siente a tu mesa. El chef os preparará un festín…

–Preferiría no hacerlo –lo interrumpió Lizzie.

Damon se había dado cuenta de los vaqueros y el jersey gastados que llevaba bajo el delantal, por lo que compendió sus reservas. El

restaurante era de lujo, pero, ya que la había encontrado, estaba dispuesto a saberlo todo de ella y a enterrar el hacha de guerra después de todos los años transcurridos tras el juicio de su padre.

–No tenemos que comer aquí. ¿Vamos a un sitio más informal? –propuso él–. Volveré, Stavros –dijo sonriéndole–. Quiero que nos contemos lo que hemos hecho en estos once años –añadió volviéndose a Lizzie.

Ella se rio, nerviosa. Era tan impropio de la Lizzie que conocía que lo hizo recelar.

–A menos que esos once años incluyan un esposo o un novio.

–No, no lo incluyen –replicó ella alzando la barbilla y mirándolo a los ojos.

–¿Has traído abrigo?

–Sí, pero…

–¿Qué mal puede haber en que me dediques aproximadamente una hora de tu trabajo?

Stavros intervino antes de que ella pudiera contestar.

–¿Cómo vas a negarte? –le preguntó a Lizzie con una sonrisa afectuosa–. Otro se ocupará de tu trabajo. Vete –se volvió hacia Damon–. Lizzie nunca se toma tiempo libre.

Para no ser descortés con ambos, Lizzie solo podía hacer una cosa.

–Voy por el abrigo –dijo.

Fue al servicio de empleados y se refrescó el rostro con agua fría. Se miró al espejo y se preguntó adónde habían ido los once años transcurridos. ¿Acaso importaba? Damon Gavros había vuelto y debía enfrentarse a ello.

Al menos, Stavros estaría encantado. No dejaba de intentar que ella saliera con un hombre. ¿Un multimillonario y una lavaplatos? Ni siquiera Stavros podía hacer que eso funcionara, aunque Damon parecía contento y en sus labios se había dibujado una sonrisa de triunfo. Unos labios que la habían besado hasta hacerla perder el sentido, recordó Lizzie, al tiempo que intentaba no pensar en la noche más importante de su vida.

El corazón le dio un vuelco al salir del cuarto de baño y encontrarse a Damon apoyado en la pared. ¿Siempre había sido tan atractivo?

Sí, pensó, mientras él la ayudaba a ponerse el abrigo.

Había que reconocer en su favor que no se le alteró la expresión, a pesar de que el abrigo, que ya era viejo cuando lo compró en la

tienda de segunda mano, le estaba enorme. Pero necesitaba algo que la abrigara. El de Damon debía de ser hecho a medida. Era de alpaca y de un azul tan oscuro que casi parecía negro.

Con una bufanda de cachemir alrededor del cuello, parecía el rey del universo sexual. Debía de estar pensando: «¿Qué demonios le ha pasado a Lizzie Montgomery?».

La vida: eso era lo que le había pasado, pensó ella mientras él le sostenía la puerta para que saliera. Y la vida cambiaba a las personas. Esperaba que a lo mejor tanto en su caso como en el de él.

–Esta noche conduzco yo –dijo Damon mientras se detenía en la puerta del copiloto de un flamante Bentley negro con una matrícula personalizada: DG1.

–Por supuesto –respondió ella en tono burlón–. ¿Libra esta noche el chófer?

Damon no contestó y le abrió la puerta. Cuando ella se sentó olió a dinero y a cuero.

–Es precioso –dijo mirando a su alrededor mientras Damon se acomodaba a su lado.

No quería que creyera que se hallaba en una situación tan necesitada que la riqueza de él la abrumaba. A pesar de lo que Damon creyera, en aquellos momentos tenía todo lo que deseaba. Aunque él hubiera ganado una fortuna y ella fuera pobre, había diversas formas de sentir una profunda satisfacción con la propia vida, y eso era lo que ella sentía.

Damon arrancó y se incorporó al lento tráfico de Londres. Así era como viajaban los ricos, concluyó ella. No iban apretujados y dando botes en un autobús a la hora punta, sino que se deslizaban suavemente en su propio espacio privado mientras escuchaban música clásica.

–¿Te gusta tu trabajo?

La pregunta, tan directa, la hizo volver a la realidad.

–Sí –respondió ella elevando la barbilla–. Tengo muy buenos amigos en el restaurante, sobre todo Stavros. Estoy exactamente donde quiero estar, trabajando con gente que se preocupa por mí tanto como yo por ella.

Damon pareció desconcertado durante unos segundos. Después le preguntó:

–¿Tienes hambre?

Lizzie tenía hambre, y de algo más que de alimentos. Hacía once años que no se sentía así, pero él solo tenía que mirarla para que ella recordara lo que había experimentado en sus brazos. Reconoció

que ponerse a pensar en eso era una completa pérdida de tiempo.

–Yo estoy hambriento.

–Puedes llevarme de vuelta al restaurante.

–¿Por qué iba a hacerlo?

Ella se quedó atónita cuando él le puso la mano sobre las suyas. Esperaba que no se compadeciera de ella.

Damon detuvo el coche en Enbankment, al lado del río Támesis. Mientras ella se desabrochaba el cinturón de seguridad, él le abrió la puerta.

–¿Qué prefieres: una hamburguesa o un perrito caliente?

Ella estuvo a punto de soltar una carcajada.

–Un perrito.

–¿Con tomate y mostaza?

Lizzie asintió y él la miró antes de dar media vuelta. Ella contempló sus anchos hombros mientras charlaba con el hombre que había en el puesto de comida, no lejos de donde habían aparcado. Damos se llevaba bien con todo el mundo, pero, ¿cómo se tomaría lo que le tenía que decir?

Decidió esperar. Antes de contárselo, debía conocerlo mejor y saber cómo vivía.

Cuando él le dio el perrito, sus dedos se rozaron y ella sintió un escalofrío. Parecía que, por mucho que quisiera mantenerse indiferente, para pensar con claridad, su cuerpo insistía en ir por libre. Y su cuerpo deseaba a Damon con la misma intensidad de siempre.

–¿Estás pensando en el pasado? –preguntó él leyéndole el pensamiento.

Estaba pensando en cuando tenía dieciocho años, era virgen y no sabía qué le depararía el futuro.

–Estaba pensando en que el perrito tiene demasiada salsa.

Damon se hallaba bajo una farola, y su luz le sentaba muy bien, ya que resaltaba sus rasgos y el tono oscuro de su piel.

–No me había dado cuenta de lo hambrienta que estaba –dijo ella mordiendo el perrito para distraerse del aspecto físico de Damon.

–¿Adónde fuiste después del juicio? Desapareciste.

Buena pregunta. No a un amoroso hogar, por descontado.

«¿Quién va a mantenerme ahora?». Esa había sido la primera pregunta de su madrastra cuando Lizzie volvió a casa y se encontró la maleta en el vestíbulo.

Subió corriendo a su dormitorio a llorar, pero se había encontrado que no quedaba nada suyo allí. Estuvo unos minutos

clamando contra su destino antes de calmarse y decirse que aquella sería su vida desde aquel momento y que lo mejor que podía hacer era aceptarlo.

Bajó y halló a su madrastra en el estudio de su padre rebuscando en los cajones del escritorio.

Lizzie le dijo que tendrían que trabajar las dos, a lo que su madrastra le había respondido con voz altanera que ella no trabajaba y que perdería el tiempo si intentaba convencerla para que la dejara quedarse, ya que era un gasto que no se podía permitir.

Esa fue la última vez que se vieron. Su madrastra tardó menos de una semana en reemplazar a su padre por otro hombre más rico.

Lizzie decidió darle a Damon una versión mejorada.

–No estuvo tan mal. Encontrarme sin casa me hizo bien. Tuve que aprender a valerme por mí misma y me di cuenta de que me gustaba.

–¿El qué? ¿Sacrificar tus sueños?

–A veces, los sueños deben esperar –Lizzie había hecho algo más que sobrevivir. Había prosperado y se había demostrado a sí misma que era capaz de mucho más de lo que había imaginado.

–Tienes tomate en la barbilla.

Ella tomó aire con rapidez cuando él se lo limpió. El contacto de su mano seguía siendo eléctrico.

–La próxima vez te llevaré a cenar como es debido.

–¿La próxima vez? ¿Has vuelto para quedarte?

Él no contestó la pregunta.

–Stavros dice que trabajas demasiado. Tienes que descansar de vez en cuando.

¿Qué más le había contado Stavros sobre ella? Damon llevaba mucho tiempo ausente de su vida, pero seguía constituyendo un aparte fundamental de la misma. Aún no lo sabía, pero él podía destrozársela si quería.

–¿Quieres agua o un refresco? –preguntó él.

–Agua.

Mientras él iba a comprarla, ella pensó en la primera vez que lo había engañado, en la noche que pasaron juntos, fingiendo que no era virgen al embarcarse en una aventura romántica con un atractivo griego. En aquel momento, su vida era un caos y no pensaba con claridad. Su madrastra la odiaba y ella estaba desesperada por conseguir que su padre le prestara atención.

Sin resultado.

Había estado a punto de fracasar también con Damon. Se había

aferrado a él y le había rogado que la hiciera suya para olvidarse de su desgraciada vida familiar. Había lanzado una exclamación de dolor cuando él la tomó, por lo que él se había retirado. Tuvo que recurrir a todas sus artes femeninas para convencerlo de que continuara.

Le había dicho que por supuesto que tomaba la píldora. De todos modos, él había usado protección.

Damon le demostró que era un maestro a la hora de seducirla y darle placer, y se pasaron la noche haciendo el amor. Pero también tuvieron ocasión de hablar, y así habían descubierto una intimidad que ninguno de los dos se esperaba. Estaba segura de que ambos habían disfrutado de su mutua compañía.

–Vamos a dar un paseo.

Ella lo miró mientras le abría la botella de agua.

–Muy bien.

Un paseo la ayudaría a olvidarse del pasado y a contemplar la majestuosidad de Londres, suponiendo que pudiera dejar de mirar a Damon.

La vida y las responsabilidades le habían dejado huellas profundas en la frente y en torno a la boca, pero lo hacían parecer más humano. Duro, pero gracioso, implacable, pero empático, Damon era un hombre excepcional.

–Cuando estoy en Londres paseo mucho. A veces viene bien estar a solas con tus pensamientos, ¿no te parece?

–Depende de quien seas y de lo que pienses –dijo ella al tiempo que recordaba la rapidez con que las confidencias susurradas en la cama se habían convertido en desconfianza al día siguiente, durante el juicio.

Por aquel entonces, la información en la prensa, además de todo lo que le había sucedido en su casa, había destruido su seguridad en sí misma y su confianza en los demás. Pero como se dio cuenta de que nadie iba a ayudarla, había reconstruido su vida siguiendo un camino distinto, alejado de los privilegios y las artimañas.

La primera oportunidad se la dio un prestamista, que se había quedado con las pocas joyas que le quedaban de su madre a cambio del dinero para pagar las primeras semanas de alquiler. Ella le había pedido que no vendiera la alianza matrimonial de su madre.

–No tiene nada especial –protestó ella cuando él le dijo que aquello no era una institución benéfica–. Seguro que tiene usted decenas iguales.

–No con esas tres perlas en el centro –había contestado él mientras lo miraba con la lupa.

–Le limpiaré la tienda gratis –había dicho ella con desesperación.

Pero la necesidad de tener un techo era más importante que la alianza de su madre, así que tendría que esperar. Tal vez un día…

–¿Te pasa algo? –preguntó Damon al ver que hacía una mueca.

–No, ¿por qué?

–Has hecho un sonido como el de un gatito enfadado.

Ella no hizo comentario alguno.

–¿Volvemos? –preguntó él al ver que se estremecía.

–Creo que será lo mejor.

El elegante Bentley los esperaba. Lizzie pensó que era la prueba más visible del abismo que los separaba. No podía imaginarse lo que los viandantes pensarían al ver montarse en aquel coche al impecable multimillonario y a la lavaplatos de ropa gastada.

–¿Te llevo a casa? –preguntó él después de haberle abierto la puerta.

¿Para que viera dónde vivía?

–No, al restaurante, por favor. Tengo que recoger unas cosas –dijo sin mirarlo.

No quería enseñarle su casa. No podía arriesgarse. Había sido agradable estar con él, pero había más cosas en la vida que la riqueza y el éxito de Damon. Lo que ella protegía era más valioso, por lo que no podía ponerlo en peligro comportándose de manera descuidada.

Damon podía desposeerla de todo lo que tenía.

No lo consentiría, así de sencillo. Costara lo que costara, eso no sucedería.

–Tu madre era griega, ¿verdad? –comentó él mientras se incorporaba al tráfico.

–Sí.

–Supongo que eso explica tu inusual color de tez, ojos y cabello: eres pelirroja, con ojos castaños y pestañas negras.

–Supongo que sí –nunca había pensado en ello, salvo cuando, en los peores momentos, había buscado consuelo y refugio en la afectuosa comunidad griega de Londres.

–Creo que debiéramos volver a vernos.

Ella lo miró asombrada y se puso a la defensiva.

–¿Ah, sí? ¿Por qué?

–Te debo una cena en condiciones. Vamos a concertar una cita antes de que me marche.

¿Podía arriesgarse ella a pasar una velada con Damon?, ¿a relajarse en su presencia, pero sin contarle nada significativo de lo

que le había sucedido en los once años anteriores?, ¿a revivir sus sentimientos por él para volverlo a perder, y esa vez para siempre?

Ella no se acobardaba ante los retos, pensó mientras Damon aparcaba frente al restaurante, aunque esa vez el desafío fuera el de volver a ver al hombre que no sabía que era el padre de su hija de diez años.

Capítulo 2

NADIE se interpondría entre su hija y ella.

Thea nunca había preguntado por su padre. Parecía que le daba igual, y Lizzie había llegado a creer que era lo mejor, al resultarle imposible ponerse en contacto con él.

La propia experiencia de Lizzie con su padre no había sido muy estimulante. No había superado su rechazo. Su madre había heredado mucho dinero, pero cuando murió y el dinero se hubo gastado, el padre de Lizzie perdió todo interés por su esposa.

Lizzie era muy joven para comprenderlo, pero recordaba la tristeza de su madre y su deseo de que su hija tuviera una vida mejor.

–Buenas noches, Damon. Y gracias.

–No tan deprisa –dijo él agarrándola del brazo–. Todavía no hemos concertado la cita.

–¿De verdad quieres que nos volvamos a ver?

–¿Tienes que consultar tu agenda?

–Tengo otras cosas que hacer.

–Pero estoy seguro de que no son importantes.

Sus ojos oscuros se fijaron en ella. Lizzie se dijo que tenía que pensar algo deprisa, algo que no fuera espetarle que tenían una hija.

–¿Por qué no vienes algún día al restaurante? –«así tendré tiempo de pensar cómo contárselo a Thea»–. Estoy allí todas las noches. Podemos planear algo.

–¿En serio? –murmuró él al tiempo que la soltaba.

Lo vio alejarse en el Bentley hasta perderse de vista. La lógica que había empleado a los dieciocho para mantener su embarazo en secreto le parecía ahora egoísta. Era cierto que le había supuesto un grave trastorno y que había tenido que luchar para sobrevivir en una época en que su carácter no estaba del todo formado, pero tal vez pudiera haber hecho las cosas de modo distinto, o mejor.

Pero, cuando Thea nació, Lizzie quiso protegerla del dolor que había experimentado ante el rechazo de su padre. ¿Por qué iba a querer Damon tener un hijo?

Y, con el paso de los años y los remordimientos de conciencia, había intentado ponerse en contacto con él, pero su gente se lo había impedido. Y Thea había demostrado estar dotada para la música, un talento que Lizzie pensaba que había heredado de su madre. La madre de Lizzie solía decir que le corría música por las venas, en vez de sangre. Y una vez que los estudios musicales de

Thea hubieron despegado, Lizzie se dedicó por completo a ellos. Su hija acababa de obtener una beca en una prestigiosa escuela de Londres, en la que se hallaba interna.

¿No se merecía Damon saber todo eso?

–¿Ya estás de vuelta? –exclamó Stavros, claramente decepcionado–. No pareces contenta. ¿Qué te pasa?

–Me lo he pasado muy bien. Y he vuelto para ayudarte a recoger.

–No debieras haberlo hecho. Te mereces algo de felicidad –se quejó Stavros, con un ademán teatral.

¿Se la merecía? Se sentía culpable por no haberse puesto en contacto con Damon. Que él no supiera que tenía una hija le había permitido vivir con Thea sin la interferencia de un hombre rico y poderoso. Mentiría si dijera que no se sentía amenazada en aquellos momentos.

Tendría que hablarle de Thea, pero sería ella la que eligiera el momento.

Lo que implicaba volver a verlo.

La invadió una oleada de ansiedad. Pero antes tenía otra cosa que hacer: preparar a su hija para que aceptara que su padre iba a entrar en su vida.

¡Lizzie Montgomery! Le parecía increíble haber vuelto a encontrarla.

¿Había sido una coincidencia?

Mientras abría la puerta de su ático, situado en uno de los edificios más conocidos de Londres, se dijo que, al acudir a uno de los restaurantes griegos más famosos de la ciudad y tal y como funcionaban las cosas en la comunidad griega, por fuerza alguien conocería a Lizzie.

Fuese o no una coincidencia, volver a estar cerca de la mujer que no había conseguido quitarse de la cabeza durante diez años había sido una experiencia extraordinaria. Ver de nuevo a Lizzie le había recordado una noche que no había sido solo de sexo, aunque el sexo había sido memorable.

Se sirvió un whisky, se acercó a la ventana y miró la ciudad. Las bellas y superficiales mujeres con las que solía acudir a actos públicos lo aburrían. En lo que se refería al sexo, no eran capaces de estar a su altura, ya que era un hombre duro, resuelto y solitario, cuya vida giraba en torno al trabajo.

Acababa de llegar a Londres y lo primero que había hecho era

entrar en contacto con griegos.

¿Tal vez para encontrar a Lizzie? ¿Y qué si hubiera sido así?

Recordaba que ella le había hablado aquella noche de su amor por el país de su madre, su cultura y su cocina. Mientras estaban abrazados en la cama, saciados, le había dicho que le encantaría ir un día.

Era inevitable que volviera a verla. No se ventilaban once años con un perrito caliente, sobre todo cuando su intuición le indicaba que Lizzie no le había contado todo. Quería saber por qué estaba lavando platos cuando había tenido tan grandes sueños. ¿Qué era lo que le ocultaba?

Él había triunfado trabajando como su padre lo había hecho: con hombres y mujeres que eran amigos suyos. Por descontado que él había tenido todas las ventajas. Su padre era un buen hombre, mientras que el de Lizzie era un estafador. Sin embargo, eso no explicaba por qué Lizzie trabajaba en un restaurante lavando platos.

Dio un largo trago de whisky e intentó imaginarse cómo habría sido su vida después del juicio. A ella no debía de haberle resultado fácil, a pesar de que lo hubiera fingido, verlo en el restaurante de Stavros. La invitaría a cenar. Se lo debía y, además, quería saber más de ella.

–¿Desea tomar algo? –preguntó a Damon el camarero tras la barra del restaurante de Stavros cuando volvió la noche siguiente.

–No voy a quedarme. ¿Podría decirle a la señorita Montgomery que la estoy esperando en la barra?

–Desde luego.

Mientras el camarero se alejaba, volvió a pensar en aquella primera noche. No recordaba haber hablado con nadie como lo había hecho con ella. Nunca había esperado hallar la felicidad de la que habían disfrutado sus padres durante cuarenta años, pero esa noche pensó que podría distraerse con Lizzie de forma temporal, hasta que en el juicio descubrió quién era.

Cansado de esperar, se levantó y entró en la cocina.

–No –dijo ella en cuanto lo vio–. No puedes entrar así. Tienes que avisarme antes.

–¿A bombo y platillo?

–No puedes entrar en mi lugar de trabajo –dijo ella enfadada– y pedirme que me vaya contigo inmediatamente. Gracias por la invitación, pero no.

–Hace una noche estupenda para dar un paseo en moto.

–Pues que lo disfrutes.

–No lo dices en serio.

–Si Lizzie quiere marcharse puede hacerlo –anunció Stavros saliendo de la despensa como el genio de la botella–. Nadie trabaja más que ella. Siempre le digo que debiera salir más, comprarse ropa e ir a la peluquería, ya puestos.

–Está bien como está –afirmó Damon sin dejar de mirarla a los ojos.

–Por supuesto –reconoció Stavros–. Pero es que siempre pone a los demás por delante de ella.

–Como tú, amigo mío –dijo Damon–. ¿Nos vamos? –preguntó a Lizzie que seguía mirándolo con enfado.

Nunca le había perecido tan hermosa. El delantal y el calzado no conseguían arrebatarle su feminidad.

–¿Sabes que estás estorbando el paso? En esta cocina estamos muy ocupados

–Pues vente conmigo y dejaré de hacerlo –respondió el sonriendo.

–No hay quien pueda contigo.

–Te espero fuera.

–Ni lo sueñes.

Él salió pensando que si ella supiera cuánto deseaba alejarla de aquel fregadero y sumergirla, desnuda, en un baño caliente, donde la lavaría y le haría el amor hasta que ella no pudiera sostenerse sobre las piernas, no iría a buscar el abrigo.

¿Cómo era posible que hubiera estado alejado de ella once años? Era cierto que había estado trabajando incansablemente para reparar el daño sufrido por la empresa paterna, para que sus progenitores pudieran gozar de una cómoda jubilación, y que había viajado hasta los confines del mundo para olvidarse de todo lo conocido. Y, en el desierto, se había encontrado a sí mismo y había hallado una meta en la vida: ayudar a los que no habían sido tan afortunados como él. ¿Por qué se había marchado? ¿Había sido para castigarse por la forma en que había tratado a Lizzie, por haberle dado la espalda después del juicio?

–No me hagas esperar –le había advertido, ansioso por atar los cabos que había dejado sueltos once años antes.

Damon la esperaba fuera montado en una moto, un enorme cacharro negro con el motor encendido. A horcajadas sobre ella, era el hombre más sexy del mundo.

Le dio a Lizzie un casco y la ayudó a ponérselo. Ella intentó no reaccionar cuando sus dedos la rozaron.

–Solo un paseo corto –le previno ella–. ¿Hay una forma ortodoxa de subirse a este trasto?

Damon rio mientras se ponía el casco.

–Tienes que montarte detrás de mí y abrazarme por la cintura. Relájate y sujétate con fuerza.

Damon sorteó el tráfico con habilidad y pronto ganaron velocidad. La llevó a una feria. Era un terreno neutral, pensó ella, donde la única posibilidad era divertirse.

Desmontó, se quitó el casco y miró la mano que le tendía él.

–Tal vez esto no haya sido buena idea –dijo retrocediendo.

–Es una idea excelente.

Lizzie recordó en ese momento que el encanto de Damon formaba parte de su naturaleza de igual manera que su férrea determinación, que había desempeñado un papel en la cadena perpetua a la que se había condenado a su padre, un castigo que aceleró su muerte.

–¿Lizzie?

La voz de Damon la hizo alejarse de un pasado incómodo pare devolverla al presente.

¿Y el futuro? Prefería no pensar en él. Lo haría cuando los ojos de Damon no escrutaran los suyos. Ella elegiría el momento y el lugar.

Damon compró entradas para la noria. Cuando ella se subió a la pequeña cabina y la puerta se cerró, no contribuyó a tranquilizarla que su cuerpo respondiera inmediatamente a la fuerza y el calor del de Damon y le recordara con todo detalle cómo se había sentido estando desnuda en sus brazos.

–Te has puesto pálida. No te dan miedo las alturas, ¿verdad?

–No estoy cómoda –reconoció ella pensando en cómo reaccionaría él cuando supiera que tenían una hija.

–Pareces agotada.

–El trabajo en la cocina es cansado, y tengo otro empleo –eso podía averiguarlo él fácilmente. Necesitaba el dinero para pagar el alquiler y los gastos añadidos de la escuela de Thea.

–¿Nunca te tomas un tiempo de descanso?

–Casi nunca –y cuando lo hacía lo pasaba con Thea.

–¿Vives sola?

La noria había sido un error. No podía esquivar las preguntas de Damon. Contestarle implicaba decirle que vivía sola la mayor parte del tiempo, incluso durante las vacaciones, y que Thea se marchaba

con frecuencia a tocar con la orquesta. Ella intentaba ir con su hija siempre que podía,

Su próximo viaje sería a Grecia.

–Sí, vivo sola. Y me gusta mi trabajo.

–Pero es repetitivo y carece de incentivos personales.

–¿Aparte de ganarme la vida y mantener intacta mi dignidad?

–No pretendía ofenderte. Simplemente, me pica la curiosidad.

Lizzie se irritó. ¿Cómo se atrevía a volver a su vida y a comenzar a juzgarla?

Pero ¿no sería Thea más feliz con un padre que pudiera darle todo lo que ella no podía?

No, no lo sería.

–Vamos a dejar clara una cosa: no quiero que me compadezcas.

–No lo haré –le aseguró él.

Capítulo 3

DAMON no tardó en seguirle haciendo preguntas.

–¿Qué fue del sueño que tenías de ir a esa escuela de Arte en Suiza? –insistió mientras la cabina se acercaba al suelo.

–A los dieciocho tenía muchos sueños.

Por desgracia, no se ajustaban a los planes que su madrastra tenía para ella y, como se los hubiera debido costear su padre con dinero ajeno, sobre todo el de la familia de Damon, Lizzie se dio cuenta de que carecían de sentido.

–Te debo una disculpa.

–¿Por permanecer leal a tu padre? No me debes nada.

Se miraron a los ojos durante unos segundos. No podía decirle la verdad todavía, y no lo haría hasta que estuviera segura de él.

–Hablábamos de tus sueños.

–Hablabas tú. La vida es una serie de compromisos, ¿no crees? Si no te adaptas, te hundes

–¿Y te ha costado mucho adaptarte? –preguntó él.

Ella no contestó.

–No puedo imaginarte hundiéndote. Incluso a los dieciocho años, tenías la cabeza bien puesta sobre…

–Era una insensata. Me dominaban las emociones.

–¿Y ahora no?

Ella se quedó callada. Los escrutadores ojos de Damon la inquietaban. No se arrepentía de su rebelión de once años antes, de su búsqueda de una noche de amor, que era la mejor forma de describir la noche más memorable de su vida, ¿Cómo iba a arrepentirse si Thea había sido el resultado de hacer el amor con él?

–¿En qué piensas? –preguntó él con una sonrisa que la volvía del revés.

–No creo que quieras saberlo.

–Hagamos la prueba.

¿Iba a confiarle lo que la preocupaba? ¿Iba a contarle lo difícil que le resultaba mantener el barco a flote, que cuando Thea necesitaba algo para la escuela no estaba segura de poder adquirirlo? Damon era un hombre que se había marchado de su vida sin mirar atrás, al que no le había sido posible localizar, a pesar de sus repetidos intentos. No debía olvidarlo, ya que no podría volver a enfrentarse a semejante frialdad. Su orgullo se lo impediría, y su amor por Thea le impediría dejar que su hija pasase por algo similar.

Y había otra forma de enfocarlo. Tal vez Damon no quisiera saberlo. ¿Qué multimillonario que se preciara desearía saber que tenía un hijo con la hija de un ladrón convicto? ¿Se creería Damon que Thea era su hija? La vergüenza del delito de su padre había salpicado a Lizzie, y a veces creía que nunca se libraría de ella. Además, si Damon aceptaba que Thea era su hija, ¿la dejaría al cuidado de Lizzie?

Fueran cuales fuesen las consecuencias, el camino a seguir estaba claro: primero se lo contaría a Thea; después, a Damon.

–Ya hemos bajado –dijo él. Su voz la sobresaltó.

–Sí. ¡Qué alivio!

–El vértigo es terrible, ¿verdad? –dijo él mirándola con perspicacia. Se había dado cuenta de que mentía.

No se quedaron en la feria. De mutuo acuerdo se dirigieron adonde habían aparcado la moto.

–¿Dónde viviste cuando te marcharte de casa, después del juicio? –preguntó él.

–En un banco del parque.

–Hablo en serio.

–Yo también. La primera noche la pasé en un banco. Bueno, casi toda. Hasta que empezó a llover.

–¿Y después? –el rostro de Damon se había convertido en una sombría máscara.

Lizzie pensó en su primera y única terrible noche como alguien sin hogar. Tenía que encontrar un sitio para vivir y, para ello, tenía que buscar trabajo.

–A la mañana siguiente encontré trabajo de mujer de la limpieza. Se me daba bien, ya que tenía mucha experiencia. Mi madrastra era tan mezquina que no contrataba a nadie para limpiar, pero me tenía a mí. Y era muy exigente, lo que me resultó muy útil a posteriori.

–Me lo imagino.

¿Se imaginaba a su madrastra ordenándole que fregara el suelo de rodillas, en vez de con una fregona, y que usara un cepillo de dientes para limpiar los rincones de las habitaciones?

–El trabajo me resultó fácil, después de la experiencia adquirida en casa.

–¿Y dónde vives ahora?

–¿No se lo has preguntado a Stavros?

–Eso no es justo.

–Tienes razón –dijo ella mientras se detenían frente a la moto–. Stavros se ha portado muy bien conmigo.

–En cambio, ¿yo no?

–Acabas de volver a Londres. Habrá que verlo.

–¿Qué te hace pensar que quiero husmear en tu vida?

–Nada –respondió ella con demasiada rapidez–. Tengo una habitación con derecho a baño y cocina, por si te interesa saberlo.

–Claro que me interesa.

–Conozco esa mirada.

–¿Qué mirada? –preguntó él frunciendo el ceño.

Esa mirada que dice: «Se crio como una princesa. Fíjate lo bajo que ha caído». No sé cuántas veces la he visto a lo largo de los años. Pero debes saber que nunca había sido tan feliz como ahora.

Era verdad, pensó Lizzie al tiempo que se tranquilizaba. Tenía una hija que la quería y dos trabajos para pagar el alquiler. Y nunca se había endeudado, a pesar de las dificultades.

–¿Ha terminado ya el tercer grado? –preguntó a Damon mientras este le daba el casco.

–Sí

–Debiéramos hablar de ti, para variar.

–No –respondió él de manera tajante–. Soy muy reservado.

–Entonces debieras entender cómo me siento.

–¿No te montas? –preguntó él mirándola con frialdad.

–¿Debo hacerte primero una reverencia?

Él le lanzó una dura mirada, pero ella no pestañeó. Estaba dispuesta a enfrentarse a él.

Aquel encuentro había sido interesante, pensó Lizzie mientras volvían a la ciudad. Ninguno de los dos era maleable. Ella tenía que proteger a su hija, y lo haría con voluntad de hierro, en tanto que Damon era el hombre más duro que conocía.

Él se detuvo frente al restaurante.

–¿Quieres tomar algo?

–No, gracias –contestó ella quitándose el casco–. Ha sido una noche interesante.

–Solo una copa –insistió él mientras se bajaba de la moto.

A pesar de sus reservas, Lizzie tuvo que reconocer que era un agradable cambio estar del otro lado de la barra. Aunque el barman insistió en que la casa invitaba, Damon pagó las bebidas.

–Bueno –dijo él mirándola por encima de su botella de cerveza–. Cuéntame algo más de tu madrastra, Cenicienta. Parece un personaje fascinante.

–Luminoso –comentó ella en tono seco.

Tenía que reconocer, no obstante, que la había ayudado a enfrentarse a la realidad. Antes de que apareciera en su vida, Lizzie

hubiera sido la primera en reconocer que estaba mimada. Habría llegado a la edad adulta sin ningún concepto de la responsabilidad si no la hubiera echado de su casa, si no se hubiera destruido su fe en su padre y sus sueños, y si no hubiera descubierto que estaba embarazada, todo en el mismo mes. Ahora ya no estaba mimada. El centro de su vida era Thea.

–No quiero hablar de mí. Te toca a ti –dijo ella.

–Pues creo que ha llegado el momento de que me vaya.

–Como quieras –observó ella mientras sorbía agua de su vaso con una pajita. Se negaba a hablar de una época en que la vida parecía llena de promesas que se habían convertido en una fantasía.

Cuando era una adolescente, parecía que su padre nadaba en la abundancia. Ahora sabía que el dinero era ajeno, sobre todo de Gavros. A su padre le encantaba gastárselo en su querida hija.

Lizzie había llegado a la conclusión de que lo que hacía era lucirse delante de su futura segunda esposa, con la esperanza de atrapar a otra heredera como la madre de Lizzie. La paradoja fue que la mujer que eligió era otra oportunista como él, atraída por su aparente riqueza.

Como Lizzie creía que su padre se sentía solo, al principio acogió con alegría a su madrastra. Quería volver a ver feliz a su padre. Pronto se dio cuenta de su error.

–Aquella noche me dijiste que te encantaba pintar –le recordó Damon–. ¿Otro sueño frustrado?

–Ya no tengo tiempo para soñar.

–¡Qué aburrido!

Ella se levantó para marcharse.

–Te llevo a casa.

–No hace falta. Stavros llama a un taxi cuando alguno de sus empleados acaba tarde.

–Muy bien. Otra vez será.

O tal vez no. Lizzie no estaba segura de poder soportar de nuevo esa tensión. Desear a alguien y saber que estaba fuera de su alcance era una tortura de la que podía prescindir.

–Supongo que te gusta dirigir el negocio familiar –comentó ella con el objeto de mantener una charla educada mientras lo acompañaba a la puerta–. Según la prensa, eres multimillonario.

–Espero ser algo más que eso.

Lizzie deseó haberse mordido la lengua. Por la forma en que él la miraba se preguntó si no estaría pensando: «De tal palo, tal astilla», comparándola con su padre. Ella sabía que Damon era mucho más que su dinero y que su atractivo sexual, pero tenía tal

confusión mental que no era capaz de expresar lo que quería.

A Damon le sonó el móvil y le dio la espalda para contestar.

–Una llamada de negocios –le explicó después de haber colgado–. Bueno, supongo que nos veremos.

Después de haber recurrido a evasivas para no volverlo a ver, Lizzie se quedó conmocionada cuando él se subió a la Harley y se marchó. Tenía que volver a verlo. Lo vio desaparecer en la noche. Dio media vuelta y entró en el restaurante.

Y aunque sabía que hacía bien en no confiar en nadie salvo en sí misma, ¿había una imagen más fascinante que la de Damon Gavros montado en una Harley?

¿La de Damon Gavros desnudo?

Capítulo 4

LIZZIE, Lizzie, ¿qué me ocultas?».

Al abrir la puerta del ático frente al Támesis, Damon seguía reflexionando. Bastante sorpresa había sido volver a verla, pero aún más inquietante le resultaba haber descubierto que podía leerle el pensamiento como once años antes, porque sabía que había algo que no quería contarle.

Había ido al piso a recoger la bolsa de viaje. Dos semanas después, su padre cumpliría setenta años, y la secretaria de Damon lo había llamado para recordarle que necesitaba su aprobación para diversos contratos, entre ellos, el de una especial orquesta juvenil para que tocara en la fiesta de cumpleaños.

Quedaban muchos cabos sueltos debido a su estancia en el extranjero, pensó Damon mientras el chófer agarraba la bolsa de viaje. Lizzie había alterado brevemente sus planes, pero ya estaban de nuevo bien encaminados. Le gustaría volver a verla, pero, a tal efecto, ella tendría que volar a la isla. Había llegado a un acuerdo con Stavros, y su secretaria se encargaría de los detalles.

Así de sencillas eran las cosas para él, y no veía motivo alguno para cambiar.

Como era habitual, Lizzie apenas pudo meter baza en la conversación. Estaba con Thea para, como hacían todos los días, charlar mientras comían en un café frente a la escuela de música de su hija. Ese día, esta se hallaba en un estado de gran excitación.

–El nuevo edificio Gavros está al lado del conservatorio de música –afirmó entusiasmada–. Tienes que verlo. Han modificado todo el entorno y lo han hecho de superlujo.

Lizzie pidió la cuenta. Le molestaba que la tensión que le producía el apellido Gavros amenazara con distraerla de su valioso tiempo con Thea, pero tenía que averiguar más al respecto.

–¿Has estado en el interior del edificio Gavros?

–¡Por supuesto! Tuvimos una prueba con un hombre…

A Lizzie se le puso el corazón en la boca.

–¿Qué hombre? ¿Uno alto y moreno?

–No, bajo, gordo y calvo –contestó Thea, para alivio de su madre–. Dijo que trabajaba para la familia Gavros. Vamos a tocar en una fiesta de cumpleaños en Grecia, en una isla propiedad de la familia.

Thea miró a su madre al ver que ella inhalaba bruscamente. Lizzie la distrajo rápidamente hablándole de ropa.

–Vas a necesitar un sombrero para protegerte del sol, un bañador y un par de vestidos de tirantes. ¿Qué pasa? –se echó a reír al ver que su hija se metía los dedos en la boca y fingía vomitar.

–Esos vestidos son para señoras mayores. Y tú necesitas ropa nueva más que yo. Vas a venir a Grecia a vernos tocar, ¿verdad?

–Claro que sí –afirmó Lizzie con el estómago contraído, a causa de la alarma que le producía pensarlo–. Todavía no me he perdido ninguno de tus conciertos.

–Muy bien –Thea se relajó.

Lizzie dejó de preocuparse por la familia Gavros para empezar a hacerlo por la forma de conseguir el dinero para pagarse el billete. Haría lo que fuera por apoyar a su hija.

–¿Sabes de quién es el cumpleaños? –preguntó con aire despreocupado mientras se acercaban a la barra a pagar la cuenta.

–De un caballero anciano, creo.

No podía ser el del padre de Damon, el abuelo de Thea.

A Lizzie, el estómago se le contrajo aún más. Y se lanzó, sin más, a la piscina.

–Sabes que nunca hemos hablado de tu padre…

–Porque no hace falta. Y porque no quiero –le aseguró Thea con obstinación–. ¿Para qué necesito un padre cuando te tengo a ti?

–Puede que fuera bonito…

–¡Ja, ja! Ni siquiera sabemos dónde está. Probablemente en la otra punta del mundo

–¿Y si yo lo supiera?

–Pero no lo sabes. Y si hablaras con mis amigas de la escuela cuyos padres se llevan a matar, no estarías tan dispuesta a buscarlo.

–No todos los matrimonios son así.

–Solo la mayoría. Y nosotras somos felices. ¿Por qué quieres que cambien las cosas?

–Pero ¿y si las cosas cambiaran?

–Las devolvería al estado actual.

Thea parecía tan segura de sí misma como Lizzie lo había estado.

El tiempo se había acabado. Lizzie tenía que volver al trabajo, y Thea, a la escuela.

–Volveremos a hablar –dijo Lizzie.

–En Grecia –le recordó Thea.

–En Grecia –le aseguró Lizzie mientras abría el paraguas para protegerlas a las dos.

Organizar la fiesta de su padre fue un cambio muy agradable en la rutina laboral de Damon. La ilusión de los voluntarios era estimulante. Todos querían poner algo de su parte por el hombre que tanto había hecho por ellos. Al padre de Damon lo quería todo el mundo. Había hecho prosperar la isla y, una vez jubilado, había pasado el testigo a su hijo, que estaba dispuesto a hacer lo mismo por los que habían sido leales a su progenitor.

Habría más celebraciones como aquella. Relacionarse con gente buena le había recordado que no todas las personas eran estafadoras ni cazafortunas.

Durante su meteórico ascenso laboral, había aprendido que la riqueza atrae buitres de toda forma y tamaño. Lo que había visto en Lizzie, once años antes, había sido la posibilidad de algo más. Esperaba que los planes que tenía para ella salieran bien. Stavros había demostrado ser un fiel aliado.

El lugar donde se daría el concierto en honor de su padre era inmejorable, pensó mientras paseaba por la playa. Se había montado un escenario al aire libre en los campos de juego detrás de la escuela donde la joven orquesta se alojaba. La orquesta ya se hallaba allí ensayando. Su música lo había embelesado.

Concretamente, una jovencita llena de vida, con rizos negros y ojos pícaros, acababa de interpretar un solo extraordinario. Era la joven prodigio del violín del que todos hablaban. No era tímida, ni tampoco se le había subido le éxito a la cabeza. Simplemente, adoraba la música. Se llamaba Thea.

Sonrió al recordar sus explicaciones.

«Thea es un nombre griego. Soy en parte griega».

Él se había echado a reír.

«Yo también», le había dicho.

«No, tú eres griego de los pies a la cabeza. Lo sé por el color de tus ojos».

«¿Eso es algo malo?», le había preguntado él.

«No, está muy bien. Mi madre es medio griega y mi abuela era griega. Deberías conocer a mi madre», había contestado ella.

«Otra casamentera», había pensado él. Pero aquella era distinta, pensó al recordar su expresión dolorida cuando le explicó:

«Mi madre es joven, muy guapa y está muy sola».

«Seguro que, si se parece a ti, no lo estará por mucho tiempo», había comentado él.

Tras esas palabras, pensó que debía retirarse lo más

diplomáticamente posible, porque, aunque Thea fuese una gran casamentera, él no estaba buscando pareja.

Stavros había salvado a Lizzie. Su primo regentaba un restaurante en la isla que era propiedad de la familia Gavros y estaba desesperado por conseguir más personal, según Stavros.

¿Otra coincidencia?

Después de que él le hubiera descrito, con expresión soñadora, la isla en que había nacido, añadió:

–Supongo que no has sabido nada de Damon.

–No. Tampoco lo espero.

Y allí estaba, frente al restaurante del primo Iannis, donde parecía que se estaba celebrando una fiesta nocturna. Se sentía optimista. Thea la había llamado para decirle que todo iba de maravilla y que había hecho muchas nuevas amistades.

Era difícil no enamorarse de aquella isla, pensó Lizzie mientras miraba el cielo estrellado. Hacía calor incluso a esa hora de la noche. Se oía música tradicional procedente del restaurante y había un delicioso olor a comida. Se dio cuenta de que tenía hambre.

Iannis la había recogido en el aeropuerto. La condujo al interior del restaurante y la llevó a la cocina.

–Estamos ensayando la gran fiesta de cumpleaños de la semana que viene –le explicó.

Iannis era idéntico a su primo Stavros. Ambos eran la bondad personificada. Stavros había insistido en pagarle el billete de avión y su primo le había dado una calurosa bienvenida.

–Esta noche no trabajas –dijo Iannis al ver que ella miraba los delantales de los camareros que colgaban de unas perchas fuera de la cocina–. Acabas de llegar, así que esta noche serás una invitada más a la fiesta. Tu apartamento está subiendo por esas escaleras –se las indicó– y el equipaje ya te lo han llevado.

–Eres muy amable.

–No, lo eres tú. Stavros me lo ha contado todo sobre ti y me ha pedido que no te haga trabajar mucho. No hay peros que valgan. Aquí estarás de vacaciones. Ya está todo arreglado.

Abrió la puerta de la cocina y entró con ella para presentarle a los empleados.

Lizzie se quedó petrificada en el umbral.

–¡Damon!

¿Qué hacía allí?

Estaba apoyado en la pared, tan atractivo como el pecado.

Enarcó una ceja y esbozó una leve sonrisa.

–¿Me estás siguiendo? –preguntó ella

–¿No crees que es al revés?

Lizzie se puso en tensión al pensar que Thea se hallaba muy cerca de allí. Alzó la barbilla y lo miró fijamente a los ojos. El deseo la recorrió de arriba abajo. Era increíblemente guapo. Debiera haber supuesto que estaría en la isla; al fin y al cabo, era de su familia.

–¿Te distrae algo? –preguntó él.

–Esa deliciosa comida –mintió ella.

Él la miró dando muestras de que no se creía ni una palabra.

–Ciertamente, es una distracción.

–No esperaba verte –reconoció ella.

Él enarcó una ceja y la examinó con ojos risueños de arriba abajo. Ella estuvo a punto de decir algo, pero, como Iannis se hallaba presente, pensó que no sería muy acertado. Detestaba que sus casamenteros fueran a llevarse una desilusión, y no quería ser grosera delante de ninguno de los dos, pero ni Iannis ni Stavros conocían su historia con Damon. Ni la conocerían.

–Damon lleva todo el día trabajando con mis empleados –explicó Iannis–. Somos nosotros los que prepararemos la cena de la semana que viene.

Era todo lo que Lizzie necesitaba saber. ¿Por qué iba a estar Damon allí, si no fuera porque se iba a celebrar el cumpleaños de su padre?

–Quiere que mis empleados libren un día –añadió Iannis con orgullo.

–Eso está muy bien –afirmó Lizzie recuperándose rápidamente.

–En cuanto te hayas instalado, tienes que bajar a la fiesta –insistió Iannis–. ¿Verdad, Damon?

–Desde luego.

–¡Comer, beber, bailar y hacer el amor! –exclamó Iannis sonriendo de oreja a oreja–. ¡Es lo único permitido esta noche!

«Con tal de que no sea todo obligatorio», pensó ella mientras Damon sonreía con picardía.

–Ah, te hemos dejado unos regalos en la cama –añadió Iannis.

–¿Unos regalos? –Lizzie miró a Damon.

–Yo no tengo nada que ver.

¿Regalos de quién?

–Nos vemos en la fiesta en cuanto te hayas refrescado un poco –dijo Damon mientras ella salía de la cocina.

Lizzie se volvió en el umbral de la puerta.

–No estoy segura de que vaya a bajar.

–Claro que lo harás.

Ella subió las escaleras corriendo, entró en el apartamento y respiró hondo. Bastaba que Damon la mirara para que surgiera en ella el deseo, lo cual era peligroso. Ya no era la chica de dieciocho años de antaño. Era más sensata, se dijo mientras encendía la luz y miraba a su alrededor.

Lo primero que vio fueron los regalos sobre la cama. Supo inmediatamente de quién eran y cruzó apresuradamente la habitación para agarrar los vestidos y llevárselos al rostro. Después sacó el móvil.

–¡Vestidos de tirantes para la señora! –dijo riendo cuando Thea contestó la llamada.

–¿Te gustan? –preguntó la niña soltando una risita.

–Me encantan, pero no debieras gastarte el dinero en mí.

–Los compré en le mercado el día en que llegamos. En cuanto los vi me dije que tenía que comprártelos. Tanto el amarillo como el azul son preciosos.

–Me encantan –reconoció Lizzie.

–¿Te quedan bien?

–Perfectamente –abrazada a los vestidos, Lizzie intentó contener su emoción.

–Ponte uno para ir al concierto.

–Lo haré –prometió Lizzie–. Hasta mañana. Me muero de ganas de oírte tocar.

–Tocar el violín no lo es todo.

–¿A qué te refieres? –preguntó Lizzie.

–A eso. El amor es más importante que cualquier otra cosa –dijo Thea en tono de superioridad–. El amor es lo único que ahora me importa. Estoy atravesando una fase romántica.

–Entiendo –dijo Lizzie con voz débil.

Aunque no entendía nada en absoluto. Y se preguntó si no le habría arruinado la vida a dos personas.

Aquello no podía seguir así. Siempre se sentía culpable de algo. Le sucedía desde el juicio de su padre. Cuando se enteró de a cuántos inocentes había perjudicado, y pensó en todos los caros regalos que le había hecho a los largo de los años, la invadió el sentimiento de culpa, que se había convertido en parte de su personalidad.

–Tengo que colgar –dijo Thea devolviéndola a la realidad–. Te mandaré un mensaje.

–Adiós, cariño.

Era la mujer más afortunada del mundo, pensó Lizzie sonriendo mientras miraba la pantalla del móvil llena de besos. Tenía suerte de tener a Thea, y nunca daría esa alegría por sentada.

¿Una alegría que Damon debiera compartir?

Capítulo 5

EL SENTIMIENTO de culpa le había arrebatado la alegría a Lizzie. Odiaba la mentira por encima de todo porque le recordaba la traición de su padre. Pero seguía pensando que tenía que decírselo primero a Thea y después a Damon. Y no podía soltárselo por teléfono. Tenía que preparar a su hija y contárselo con la mayor delicadeza posible. Era difícil encontrar tiempo para hacerlo, ya que Thea siempre estaba ensayando.

Lizzie examinó el pequeño apartamento. Era un lujo disponer de todo aquel espacio, después de su pequeña habitación de Londres. La paredes eran blancas y el suelo de madera. Había una pequeña cocina en un extremo, con la nevera llena de alimentos básicos, y un balcón donde se podía desayunar mirando el mar. La cama era grande y parecía cómoda.

Se preguntó si, finalmente, se iba a arreglar para bajar a ver a Damon. Y se dijo que sí, que enseguida.

Halló un horario de los autobuses locales entre unas revistas. Lo necesitaría para el día siguiente, cuando fuera al concierto de Thea.

Miró el reloj y se dio cuenta de que no podía retrasarse más. Así que fue al cuarto de baño a ducharse. Alzó la cabeza hacia el grifo y pensó en Damon: Damon abrazándola, besándola, haciéndole el amor…

¡Debía olvidarlo!

Pero ¿cómo iba a hacerlo cuando él estaba en el piso de abajo?

Además, si no le contaba pronto lo de Thea, terminaría enterándose.

Decidió ponerse uno de los vestidos que su hija le había regalado. Sonrió al ponérselo y se sintió mejor inmediatamente. Era muy cierto lo que le había dicho Thea: el amor era lo único importante. A veces, a ella le gustaría ver la vida con la claridad de un niño. Pero una cosa era segura: tenía que enmendar aquel error.

Haberlo estado aplazando durante años se debía en buena medida al dolor que había experimentado cuando su padre la había rechazado. Si a eso se añadía el miedo a perder a su hija, Lizzie tenía que reconocer que estaba asustada.

¿Dónde estaba Lizzie? Damon volvió a mirar las escaleras con impaciencia. Su trabajo había terminado. El segundo turno de la gente de su equipo acababa de llegar para hacerse cargo del trabajo

de la cocina. Estaba decidido a que Iannis y sus empleados pasaran una velada maravillosa para agradecerles todo el trabajo que los esperaba. Ya no había motivo alguno para que se quedara.

Ninguno salvo Lizzie.

–¿Ya te marchas?

Él alzó la vista. La pregunta de Lizzie lo había pillado por sorpresa. Ella se hallaba el final de las escaleras.

–Y si fuera así…

–Si quieres irte, hazlo. No voy a pedirte que cumplas tu promesa.

Mientras bajaba lentamente las escaleras, su perfume a flores silvestres se apoderó de los sentidos de Damon. Tenía el pelo ligeramente húmedo y no se había maquillado. Llevaba un bonito vestido de tirantes, que le resaltaba los senos, y unas sandalias.

Fue como si hubiera recibido un puñetazo en el estómago. Lizzie eclipsaba a todas las mujeres con las que había salido. Su cuerpo reaccionó en consecuencia, y tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para controlarlo.

–¿Nos vamos a quedar aquí en medio? –preguntó ella mientras la gente los empujaba para pasar.

–Las damas, primero.

La observó mientras iba delante de él, pequeña y orgullosa, pálida y sexy, con sus bellos rizos pelirrojos saltando libremente sobre sus hombros como una capa de fuego. Lo abrumó el deseo de agarrarlo para poder besarle el cuello y comprobar si el pequeño tatuaje del cachorro de tigre seguía allí.

Ella se volvió hacia él y lo rodeó con sus brazos.

–¿Qué? –murmuró él mirándola.

–¿Vamos a bailar o qué? –cuando él la agarró de la mano, ella añadió–. Me alegro de que no te hayas ido.

Lo miró a los ojos como si quisiera decirle algo, pero no hallara las palabras. Había algo que la impulsaba a estar con él. Y si no era sexo, ¿qué podía ser?

–Creo que lo mejor será que bailemos –comentó él. El deseo de sentirla apretada contra sí era irresistible.

–Si te atreves –dijo ella riendo.

–Nunca me he achantado ante un par de sandalias.

Ella lo miró y estuvo a punto de sonreír abierta y sinceramente, como once años antes, pero apartó la vista cuando comenzaron a moverse. No necesitaba mantener el contacto visual para saber que, entre ellos, se producían chispas.

De pronto, un grupo de invitados que venía de la playa entró en

el restaurante y se pusieron a bailar la conga. Lizzie se soltó de Damon y se apoyó en la pared para dejar pasar la fila de bailarines. Parecía no tener fin. Ella se encogió de hombros y él le sonrió. Cuando el último hubo pasado, él entrelazó los dedos con los de ella.

Ninguna otra mujer hacía que se sintiera de aquel modo, pensó mientras la atraía lentamente hacia sí. Mientras bailaban, se dio cuenta de que la había echado muchísimo de menos.

A Lizzie le bastó agarrar la mano de Damon y sentir la otra en la espalda para que se produjera en su interior una explosión nuclear. ¿Cómo se había olvidado de lo bien que se sentía a su lado? Si la vida no fuera tan complicada…

Pero lo era. Damon era multimillonario; ella no era nadie. Podía disfrutar de aquel paréntesis o volver a buscarse problemas.

Cuando Damon la atrajo hacia sí, comenzó a temblar. Se odiaba por ser tan débil, pero no lo podía evitar. Seguro que él se había dado cuenta de su reacción.

Y así había sido. Se lo decían sus risueños ojos oscuros.

En ese momento, la música se hizo más lenta y seductora. La música desnudaba las emociones de Lizzie. Aunque no se dedicara a ella, como su madre o Thea, reaccionaba como ellas. Y aquella melodía le estrujaba el corazón.

Como si Damon lo hubiera notado, la estrechó más contra sí y, a pesar de todas sus reservas, ella lo aceptó de buen grado. Le ardió el cuerpo de deseo cuando él entrelazó sus dedos con los suyos y se los llevó a su pecho, donde ella sintió los latidos de su corazón.

Aquella era la mayor intimidad que dos personas podían alcanzar sin hacer el amor. El cuerpo de Lizzie flotaba en una red erótica. Era pura sensación. Su preocupación fue disminuyendo según se fue alejando la realidad. A menudo había soñado despierta con un reencuentro con Damon, pero aquello era mucho mejor que sus sueños.

Si cerraba los ojos, los años se evaporaban y volvía a verse en el dormitorio de Damon, donde los susurros y las caricias habían sido mágicos. Quería aquello de nuevo. Quería recuperar la confianza que habían compartido esa noche. Pero ¿volvería Damon a confiar en ella cuando supiera lo de Thea?

–¿Te estás poniendo tensa otra vez?

–Sí –contestó ella–. Es hora de acostarse. Ha sido un día muy largo. Gracias por el baile.

–No puedes dejarlo aquí –dijo él agarrándola de la mano.

–Lo acabo de hacer. El ambiente no es el adecuado. Hay demasiada gente.

Llevaba bailando con él mucho más de lo que pretendía. Pero la banda no se puso de su lado, ya que comenzó a tocar otra melodía y Damon volvió a atraerla hacia sí.

Durante unos segundos, ella cerró los ojos y apoyó la mejilla en el pecho masculino. ¡Qué bien se sentía! El muslo de él la rozó íntimamente. «Por accidente», se dijo a toda prisa. Estaba tan excitada que se hallaba dispuesta a creer cualquier cosa.

Aquella noche, Damon se había mostrado tierno y considerado. A veces, ella echaba de menos esa ternura e intimidad tanto como el acto sexual. También quería que tuviera lugar, desde luego. Era una mujer sana y normal, y era imposible estar tan cerca de Damon sin pensar en el sexo.

Esa noche los había acercado de un modo inesperado por ambas partes. Él le había confiado su esperanza en el futuro, su amor por su familia y su deseo de formar la suya propia algún día. Ella le había hablado de sus vacaciones infantiles, cuando su madre aún vivía. Entonces, los veranos parecían eternos y su vida estaba llena de amor y de afecto, que ella creía que durarían eternamente.

Después venía el agujero negro, pero ella no se lo había contado. Y, a continuación, Thea, el mayor regalo. La maternidad, la responsabilidad y el amor.

–Si no te conociera bien, diría que te sientes culpable de algo.

–No tengo sentimiento de culpa.

–¿Ni siquiera un poquito?

Ella prefirió no contestar. Claro que se sentía culpable. Thea tenía más de un progenitor. ¿Podía sentirse aún más culpable de lo que lo hacía?

Damon se había preguntado a menudo si la chispa que había surgido entre ellos resistiría el paso del tiempo. Y ahí tenía la respuesta. Lo dominaban las sensaciones al tener a Lizzie en los brazos. Su cuerpo iba a estallar de deseo.

Pero lo que más le gustaba de ella era su sinceridad. Lizzie no le decía lo que quería oír, sino la verdad, con independencia de sus consecuencias. La tentación de besarla, de besarla toda entera, era abrumadora, pero, si empezaba, no se detendría, y no era ni el sitio ni el momento adecuado.

–Será mejor que vayas a acostarte –la soltó y retrocedió un

paso–. Sola –murmuró cuando ella lo miró.

¿Cómo había consentido que las cosas fueran tan lejos? En ese momento, Lizzie hubiera seguido a Damon al infierno. La idea de separarse de él e ir a acostarse no la atraía en absoluto, pero unos minutos antes pensaba que era lo único sensato que cabía hacer.

Iannis apareció e insistió que lo acompañaran a su mesa.

–La noche es joven. Hay dos sitios en mi mesa.

¿Cómo iban a decepcionarlo?

–Stavros no me perdonaría que su pareja favorita se perdiera lo mejor de la fiesta: mi comida –explicó Iannis con orgullo.

Lizzie pensó que no eran una pareja, como Stavros y Iannis creían, sino un multimillonario y una madre soltera que debía proteger a su hija.

–Y ahora vamos a bailar el *kalamatianos* –anunció Iannis, cuando hubieron dado cuenta del delicioso festín.

Hizo una seña y sonó un acorde. Todos los invitados querían bailar la famosa danza nacional, por lo que las mesas quedaron desiertas.

–Como mi invitada de honor, dirigirás el baile –le dijo a Lizzie al tiempo que le entregaba el blanco pañuelo tradicional que debía enarbolar.

La madre de Lizzie le había enseñado los pasos cuando era niña. Habían bailado juntas muchas veces.

–Si prefieres no hacerlo… –murmuró Damon.

Por toda respuesta, ella se levantó.

El tañido del buzuki fue la señal para comenzar. El ritmo, lento al principio para ir ganando velocidad, llenó de añoranza todos los corazones. Agitando el pañuelo blanco, Lizzie llevó a los invitados a la zona frente al restaurante, donde la tierra se unía con el mar.

–Yo me quitaría las sandalias –le aconsejó Damon.

Ella observó que él se estaba quitando los zapatos. Era ridículo que hasta sus pies le resultaran atractivos. Aquello tenía que acabar. Bailaría y se iría a la cama.

Cuando Damon agarró el otro extremo del pañuelo fue como si un rayo la atravesara. Le pareció que el calor de su cuerpo se traspasaba a la tela, le quemaba los dedos y le llegaba al corazón.

¿En serio? Estaba cansaba y se inventaba cosas. Simplemente, estaban bailando. Pero no era solo el baile y la música, sino

también los recuerdos asociados a ellos: una niña bailando con su madre que creía que la vida seguiría así para siempre.

–Lizzie… –murmuró Damon en tono preocupado.

Los ojos se la habían llenado de lágrimas, y ellas se las secó a toda prisa.

El ritmo de la música se incrementó y varias parejas cayeron al suelo riendo. Pronto fue Lizzie la que se sintió mareada y Damon la sujetó

–Mañana te enseñaré la isla –le dijo mientras la sostenía.

–¿Tienes tiempo? –preguntó ella sorprendida–. Yo tendría que preguntárselo a Iannis.

–¿Lo harás?

Ambos sabían que Iannis quería cumplir su parte del trato con Stavros, por lo que le daría a Lizzie todo el tiempo libre que fuera posible.

–Puede que tenga un par de horas.

–Muy bien. De acuerdo.

–Pero debo estar de vuelta a las dos –dijo ella pensando en el concierto de Thea.

–No hay problema.

–Entonces, ¿a qué hora quedamos?

–A las ocho. Y lleva algo de comer.

–¿No te van a preparar un picnic tus lacayos?

–Están fuera con mi mayordomo –respondió Damon sonriendo. Ella no le correspondió. Las cosas iban demasiado deprisa.

Se dijo que si él estuviera tan relajado como en aquel momento cuando se enterara de lo de Thea, todo iría bien. Sin embargo, sabía que no sería tan sencillo.

Capítulo 6

AL DÍA siguiente, Lizzie intentó hablar con Thea antes de salir con Damon, pero su hija estaba desayunando para empezar a ensayar temprano el concierto de aquella tarde.

Después, en la motora de Damon, Lizzie se hallaba agarrada a la barandilla mientras salvaban enormes olas. Él estaba al timón y controlaba la lancha con una mano. Con la piel morena y el rostro sin afeitar, parecía más un forajido que un respetable multimillonario, pensó ella mientras contemplaba sus pantalones cortos rotos y desvaídos, su vieja camiseta y sus pies descalzos.

–¿Te habías montado alguna vez en una lancha motora? –preguntó él.

–Lo más parecido a esto que he hecho ha sido cruzar el canal de La Mancha en ferri.

–Entonces, es hora de que amplíes tus horizontes.

–¿Adónde vamos? –preguntó ella–. ¡No te vuelvas a mirarme! Tienes que concentrarte en el rumbo que llevamos.

–Sé perfectamente adónde voy –contestó el riéndose.

Sí, eso era lo que ella se temía, y deseaba sentirse tan confiada como él.

Después de haber rehecho su vida, Lizzie la controlaba dentro de ciertos límites, pero tales límites estaban desapareciendo a toda velocidad. Hablarle a Thea de Damon y explicar a este que tenía una hija le había parecido fácil al planearlo, pero el tiempo pasaba a toda prisa y ella seguía sin hacer nada.

–¿Es ese nuestro destino? –preguntó ella cuando él disminuyó la velocidad. La pintoresca bahía era preciosa.

–Es la caleta Cristal –le explicó Damon–. Es una de mis zonas preferidas de la isla. Me he construido una casa.

No una casa, sino una magnífica mansión, pensó Lizzie mientras él apagaba el motor. Era de piedra rosa, de una sola planta para fundirse con el paisaje, elegante y enorme. Se hallaba frente al mar y era adecuada para un multimillonario.

–Estaremos de vuelta a las dos, no me he olvidado –dijo Damon.

–Gracias.

Cuando el se volvió para echar el ancla, ella evaluó la situación. Aparte de la ansiedad que le producía conocer otro ejemplo de la increíble fortuna de Damon, se empezaba a dar cuenta de las consecuencias de estar a solas con él en aquella apartada bahía. No la ayudó que una ola se rompiera contra el casco de la lancha, la

hiciera perder el equilibrio y la lanzara contra él. Cuando Damon la sujeto, su tacto despertó en ella recuerdos no deseados.

Lizzie se separó de él, avergonzada, y se alegró cuando él se lo tomó a broma.

–¿Has perdido tus piernas de navegar? –preguntó él mirándola a los ojos.

–Nunca he tenido.

Seguía sintiendo el lugar en el hombro donde él le había puesto la mano y el deseo que le había despertado al mirarla a los ojos.

No tenía sentido penar por algo que nunca recuperaría, se dijo Lizzie con firmeza. ¿Y por qué iba a querer recuperarlo? La última vez que se había acostado con Damon, él lo había disfrutado y, después, se había esfumado. Solo Thea hacía que esa noche hubiera merecido la pena.

Su hija le había enriquecido la vida, pero Damon no había desempeñado papel alguno en ella después de esa noche. Y ya no tenía dieciocho años ni podía servirse del deseo de su madre de que tuviera una vida llena de aventuras como excusa para tener relaciones sexuales con Damon en su bahía privada.

–Te echo una carrera hasta la orilla –dijo él, después de haber comprobado que el ancla estaba bien fijada.

–¿Necesitas que te dé ventaja? –preguntó ella. No había mucha distancia y confiaba en su habilidad en el agua.

Él se echó a reír.

–Te doy yo diez minutos de ventaja.

–Te vas a arrepentir –le aseguró ella soltando una carcajada.

Llevaba el bikini debajo de los pantalones cortos y la camiseta, que se quitó rápidamente. Se subió a la barandilla mientras sentía que la mirada de Damon le quemaba la piel y atisbó su media sonrisa al zambullirse.

Emergió gritando excitada. El agua fría, después de la calidez de la cubierta de la lancha, era justo lo que necesitaba. Se dirigió a la orilla nadando con fuerza y pensando únicamente en llegar antes que él.

Miró hacia atrás y vio que se acercaba a ella muy deprisa. Siguió adelante impulsada por la emoción de la persecución. Era buena nadadora y competitiva, pero ni siquiera el paquete sumergible que contenía el picnic, y que llevaba Damon, impedía que este se deslizara por el agua como una flecha. Pronto la adelantó y solo se detuvo al hacer pie. Se volvió para verla llegar.

–No está mal –dijo– pero voy a llevarte en brazos el resto del camino.

–De ninguna manera –protestó ella mientras hacía pie.

Gritó a modo de protesta, pero él hizo caso omiso de sus gritos y la tomó en brazos.

–Bájame –exigió ella mientras le daba puñetazos para que la soltara. Era como golpear una roca con los puños.

–Si te bajo, te cortarás con las piedras.

–¿Es que tú tienes pezuñas?

Había olvidado lo fuerte que era.

–No soy una niña, Damon. Bájame.

–Y yo no soy una enfermera para desperdiciar el tiempo curándote los pies.

Contrariada, se tensó como una tabla e intentó no relajarse ni apoyarse en él. No era fácil olvidar la última vez que Damon la había llevado así: al sacarla de la ducha y llevarla de vuelta a la cama la mañana del juicio de su padre. Habían vuelto a hacer el amor y, después, él le había dicho que tenía una cita.

Ella no le dio mayor importancia hasta verlo en la sala del tribunal. Si algo había aprendido de esa experiencia, era que Damon era despiadado.

Él la dejó sobre la arena de la playa para, a continuación, abrir el paquete del picnic, que prepararon entre los dos. Cuando hubieron terminado, ella se echó hacia atrás apoyándose en los codos y alzó la vista al cielo.

–¿En qué piensas? –preguntó él.

–En que esto es muy hermoso –cuando, en realidad, lo estaba haciendo en aquella noche y la mañana siguiente y en las emociones encontradas que había experimentado once años antes.

–Así es –reconoció él sentándose a su lado. Has tenido suerte de que Iannis te haya podido hospedar. ¿Por qué has venido a la isla?

Lizzie se puso inmediatamente en estado de alerta.

–Me lo sugirió Stavros. Soy muy afortunada al tener tan buenos amigos.

–En efecto. Y parece que el destino se empeña en que nos volvamos a ver.

–Lo cual es desafortunado para los dos, creo.

–Si tú lo dices –murmuró él. Abrió una botella de cerveza y se la llevó a los labios–. Sea cual sea el motivo por el que has venido, debieras aprovechar para relajarte. ¿Qué vas a perder si lo intentas?

«Todo», pensó ella mientras él daba un trago de cerveza.

La dejó sobre la arena, apoyó la barbilla en una rodilla y le examinó el rostro.

–Me alegro de que ya no lleves un anillo en el labio.

–Eso fue hace mucho tiempo.

–Has cambiado mucho.

–Han pasado once años –afirmó ella encogiéndose de hombros–. ¿Qué te esperabas?

Él no contestó.

–¿Por qué no te gustaba el anillo?

–Porque era un obstáculo para besarte.

–Eso no es…

–¿No es qué? –preguntó él inclinándose hacia ella. ¿Justo?

–Sensato –respondió ella sonriendo.

–¿Sensato? –se burló él alejándose de ella–. ¿Es eso lo que ahora eres? ¿Sensata?

–Nadie puede tener dieciocho años eternamente, Damon.

–No, pero a cualquier edad se puede vivir, sentir y ser valiente.

–Lo soy –afirmó ella mirándolo a los ojos–. Pero no quiero que me vuelvan a hacer daño.

–¿Es que esperas que yo te lo haga?

–No voy a darte la oportunidad.

–Fuiste tú la que se marchó de malas maneras –apuntó él.

Ella no podía negarlo.

–¿Vas a hacerlo ahora?

–Ya te he dicho que no tengo dieciocho años.

–No, has mejorado mucho –reconoció él. Sus ojos sonrieron de manera peligrosa.

«Vete ahora mismo, aléjate de él, haz que te lleve de vuelta al restaurante», pensó ella intentando ser sensata. Pero era difícil serlo cuando deseaba tanto a Damon.

Solo se tenía que acercar mínimamente a Damon para que sus labios se tocaran y él la abrazara.

Y Lizzie lo hizo, y él la abrazó. Y se sintió perdida.

Lizzie había vuelto.

Damon llevaba once años sin sentir esa sensación de triunfo. Ella era como la recordaba, y mucho más. Se le acercó como si los años de separación no hubieran existido. Se apretó contra él y respondió con fiereza cuando él la besó.

Sus lenguas se entrelazaron y, cuando él le separó las piernas con el muslo, ella arqueó su cuerpo contra el de él buscando un contacto mayor. La agarró por las nalgas con una mano y le desató el bikini con la otra mientras se besaban apasionadamente.

Al mirar hacia abajo Damon estuvo a punto de perder el control,

presa de una dolorosa excitación. Lizzie era tan sensible como recordaba. Bastaba con acariciarla levemente para que ronroneara. Le apartó los labios para buscar el pequeño montículo, que acarició para luego detenerse y volver a repetir ambas acciones, mientras ella se aferraba a él gimiendo.

–Ponte debajo de mí –dijo él con suavidad–. Despacio.

–¿Por qué? –preguntó ella desafiándolo con la mirada.

–Porque hace mucho tiempo.

–Como si no me acordara –dijo ella, con ojos risueños.

Ninguno de los dos se había olvidado. El recuerdo de haberla tomado, de haberse hundido en el estrecho y húmedo centro de Lizzie, estaba grabado a fuego en el cerebro de Damon para siempre. Era esencial que se controlase al máximo para redescubrir a la mujer con la que había disfrutado como con ninguna otra.

La acarició y la besó. Lizzie estaba hambrienta y deseosa de más, y él tuvo que frenarla. Bromeando, la atrapó entre sus piernas y sonrió al ver que sus ojos se oscurecían.

–Estás atrapada.

–¿Eso crees?

–¿Hacemos la prueba? –preguntó él volviendo a besarla.

–Es tu isla y esta es tu playa, así que supongo que puedes hacer lo que quieras –dijo ella, a quien parecía gustarle la idea.

Él sonrió mientras ella no dejaba de moverse debajo de él.

Al oír rasgarse el envoltorio de un preservativo, Lizzie alzó las caderas.

Aquella era la Lizzie que Damon recordaba, con quien había hecho el amor en todas las superficies de su piso, incluyendo de pie contra las ventanas que iban del techo al suelo, donde cualquiera podía haberlos visto.

–Tienes razón –afirmó él–. Podemos… Puedes hacer lo que quieras mientras estés aquí.

–¿También hacerte lo que quiera? ¿Puedo utilizarte para obtener placer?

–No veo por qué no –Damon sonrió–. Pero yo también lo obtendría –la agarró de las rodillas, se las separó y se situó entre ellas–. Agárratelas.

–¿Así? ¿Para quedar totalmente expuesta? –parecía muy excitada.

Él asintió. Ella lo hizo.

–No me hagas esperar más.

–El placer que tarda en llegar es más intenso.

–No digas tonterías –le previno ella.

Lo agarró por los brazos y se colocó como él el dijo. Lanzó un gemido cuando él le rozó con la punta de su masculinidad.

–¿Qué? –murmuró él penetrándola más. Balanceó las caderas y se hundió un poco más en ella. Salió del todo antes de penetrarla por completo. Sintió un intenso placer y tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para controlarse y dejar que ella se acostumbrara a tenerlo en su interior. Pero ella lo incitó a seguir. Se movió levemente y ella gimió y se dejó ir.

Presa de un violento clímax, Lizzie se movió frenéticamente hacia delante y hacia atrás mientras él la sujetaba para asegurarse de que gozara hasta el último momento.

–¿Ha merecido la pena esperar? –murmuró.

Ella seguía gimiendo rítmicamente junto a su boca. Él comenzó a moverse de nuevo y ella respondió de inmediato moviéndose con él.

Hacer el amor con Lizzie volvió a resultarle familiar. Sabía exactamente lo que necesitaba y dárselo le producía un inmenso placer. El único cambio que notó fue que su apetito había aumentado.

Mucho tiempo después, se levantaron y corrieron al mar a refrescarse. Él la llevó en brazos al entrar y salir para que las piedras no la cortaran. Cuando volvieron a la orilla y se vistieron, ella le recordó que tenían que volver.

–No me he olvidado. Por desgracia, no hay tiempo de que veas la casa.

–Otro día.

–¿Por qué no?

Al entrelazar los dedos y caminar por la arena, Damon se preguntó si se había sentido alguna vez tan próximo a alguien. La confianza era algo maravilloso, y estaba contento de haber recuperado a Lizzie.

Redescubrir su herencia griega le haría bien a ella. No había nada como volver a la tierra natal de uno para recuperar la confianza y la fe en el futuro.

–La casa es muy bonita –afirmó ella mirando hacia atrás–. Debes de estar orgulloso.

–Lo estoy, sobre todo porque he tenido el placer de ayudar a construirla.

–Eso es estupendo.

A él le complació que ella entendiera el gozo que había experimentado al trabajar con las manos.

También él miró hacia atrás. Al contemplar la casa con los ojos

de Lizzie sintió la misma emoción que había experimentado al hacer los planos. Había decidido que el edificio fuera totalmente armónico con el entorno y creía haberlo logrado.

–Es fabulosa –afirmó Lizzie mientras ambos se detenían a contemplarla.

–Sin la ayuda de los artesanos que contraté, no hubiera podido construirse. Yo fui su ayudante.

–Debió de suponer una experiencia distinta para ti, pero parece que la disfrutaste.

–Más de lo que te imaginas.

–Pues mereció la pena. Has creado algo realmente hermoso.

–Tú sí que eres hermosa –dijo él abrazándola–. Otro día te volveré a traer aquí.

¿Lo haría?, se preguntó Lizzie. ¿Querría cuando se enterara de la verdad sobre Thea?

La casa no era hermosa, era un sueño; el tipo de casa que a Lizzie le gustaría para su hija.

Y el dueño era el padre de Thea.

Se le secó la boca al comparar la mansión de Damon con la habitación en que vivía con su hija en Londres. ¿Cómo iba a negarle a Thea ese increíble estilo de vida?

–Podrías pintar aquí –dijo Damon.

Ella se volvió a mirarlo, confusa, debido a que estaba pensando en su hija.

–Recuerdo que me dijiste que te encantaba pintar.

–Así es –por increíble que pareciera, esa noche de once años antes, habían hablado de muchas cosas, incluyendo aficiones, esperanzas y sueños–. Tú me dijiste que tu trabajo era tu gran afición.

–Y lo sigue siendo.

–Por aquel entonces, no entendí a qué te referías. Acababa de dejar la escuela y no tenía ni idea de que el trabajo pudiera ser tan duro.

«¿Y ahora los sabes?, pareció preguntarle él con la mirada.

No se merecía la compasión que había en sus ojos. Damon se había visto obligado a centrarse aún más en el trabajo después del juicio debido al daño que el padre de Lizzie había ocasionado a la empresa de su progenitor. Damon había enmendado todos los errores, pero tal vez la vida habría resultado distinta para él si no hubiera habido fraude ni juicio y no se hubieran conocido.

Capítulo 7

DAMON estaba resuelto a tranquilizarla.

–Es estupendo que hayas reaparecido –comentó mientras seguían andando–. Pensaba que te había vuelto a perder. Tenía recuerdos momentáneos de la antigua Lizzie, pero desaparecían.

–No puedes retroceder en el tiempo ni hacer que se detenga, Damon.

–Pero me preocupa que sufrieras y que yo fuera responsable en parte de ese sufrimiento; que tu padre te abandonara, que tu madrastra te diera la patada cuando no tenías a nadie que pudiera defenderte.

–No necesitaba que nadie lo hiciera. Estaba muy bien sola, probablemente mejor que acompañada. Creo que tenemos un concepto diferente del éxito. En realidad, estoy contenta de cómo me ha ido.

–¿Cómo es posible? –preguntó él con el ceño fruncido.

–¿Teniendo los sueños que tenía? Ahora veo las cosas de otro modo. No estoy endeudada y tengo techo y comida –y, lo más importante, una hija a la que adoraba–. No me compadezcas.

–No lo hago. Te admiro –afirmó él.

–Eso suena un poco condescendiente.

–Te pido disculpas si es eso lo que te parece –dijo él sorprendido– porque no hay nada más lejos de mi intención. De verdad que te admiro y me parece fantástico que hayas…

–¿Sobrevivido?

–Creo que has hecho más que eso. Iba a decir que tienes buenos amigos y una vida que te gusta: eso es lo único importante.

–Me alegro de que lo pienses –ella quería moverse en un terreno más seguro, lo que implicaba centrarse en él–. A ti también te han ido muy bien las cosas. Y me quedo corta –afirmó sonriendo.

–Mi familia siempre me ha respaldado y me hice cargo de un negocio de excelente reputación.

Que el padre de Lizzie había estado a punto de arruinar.

–Déjalo –dijo él como si le hubiera leído el pensamiento–. Nadie, y mucho menos yo, te echa la culpa de los delitos de tu padre. Lo único que me desconcierta es que siempre hayas tenido todo lo necesario para progresar, pero no lo hayas hecho tanto como esperaba. No es extraño que quiera saber por qué.

Ella hizo un gesto de despreocupación, aunque se le había hecho un nudo en el estómago.

–No pierdas el tiempo investigándome.

Él soltó una carcajada, pero ella sabía que a Damon le interesaba su vida en los once años anteriores y que no iba a darse por vencido. Solo se quedaría satisfecho si recibía una completa explicación.

–Por si no lo has notado, me interesas. Nadie se ha enfrentado a mí como lo hiciste tú fuera del tribunal. Tenías dieciocho años y, salvo por tus amigos, estabas sola. Yo era mayor y me apoyaba mi familia y un equipo legal, pero nada fue capaz de detenerte. Tuviste razón al defenderte y al estar furiosa conmigo. Me porté como un canalla.

–¿Lo reconoces? Puede que no todo esté perdido para ti.

–Entonces, ¿vas a contarme qué fue de las promesas que te hiciste sobre la pintura, la cocina y el resto de tus sueños?

–Ya sabes que las promesas están para incumplirlas.

–No me creo que abandonaras tu sueños con tanta facilidad –observó él mirándola seriamente–. Tiene que haber algo importante que no me has contado.

–Lo hay: es la vida. La vida sigue y tenemos que seguir con ella, Damon.

Llevaba once años luchando para que Thea viviera bien. Su objetivo seguía siendo el mismo y no le permitía soñar.

–De acuerdo. No quiero que vuelvas enfadada –dijo él.

Ella rio aliviada al haber eludido un tema tan peligroso.

Damon volvió a tomarla en brazos para entrar en el mar y volver nadando a la lancha. Ella lanzó un suspiro entrecortado cuando él la dejó en el agua y le rozó los senos con las manos. Lo miró a los ojos preguntándose si sería un error que se sintiera tan feliz y si tendría que pagar por ello.

–Tienes más pecho de lo que recordaba –dijo él acariciándoselo–. Y los pezones más oscuros.

«El embarazo», pensó ella. Tenía razón al creer que la felicidad no duraría. Ni siquiera lo había hecho hasta llegar a la motora.

–Soy mayor –afirmó ella al tiempo que se encogía de hombros.

–Muy mayor –observó él riéndose.

–¿Qué hora es? –preguntó ella, preocupada por Thea, preocupada por Damon, preocupada por todo.

–Tenemos tiempo de sobra –dijo él acariciándole las mejillas–. Estaremos de vuelta antes de las dos –le tomó el rostro entre las manos y notó que ella temblaba. Le acarició la mandíbula, justo

debajo de las orejas, con los pulgares. Cuando la besó, sintió sus lágrimas deslizándosele por las mejillas.

Se echó la culpa porque, después del juicio, había estado tan ocupado tratando de solucionarle las cosas a su padre que no había pensado en ella. Y, ahora, no podía imaginarse lo mal que lo habría pasado.

–Perdóname –susurró–. Es culpa mía. Mi forma de tratarte fue…

–No digas eso, por favor. Eres un buen hombre, Damon. Si tu padre no lo hubiera denunciado, mi padre habría arruinado a más gente. No supe ver sus defectos entonces, pero los veo ahora.

–Deberíamos volver –murmuró él.

–Sí –contestó ella mirándolo a los ojos.

Los besos de Damon le recordaron una época que nunca olvidaría. El cuerpo de él apretándose contra el suyo le recordó lo segura que se sentía en sus brazos. El destino había sido cruel al hacer que se reencontraran en el restaurante de Stavros y, de nuevo, en la isla. Se burlaba de ellos.

Damon fue el primero en separarse y miró la motora que, en la distancia, le indicaba que su idilio había terminado. Tenían que volver cada uno a su vida y a la realidad.

Lo primero que hizo Lizzie al subirse a la lancha fue comprobar la hora para asegurarse de que llegaría a tiempo de tomar el autobús para ir al concierto de Thea. Él se dedicó a preparar la lancha para salir y no hablaron. Tampoco había nada más que decir hasta que ella hubiera hablado con Thea.

Damon se sentía frustrado por la renuencia de Lizzie a reconocer que había algo que la inquietaba. Confiaba en él lo bastante como para acostarse con él, pero no lo suficiente para dejar que la ayudara. ¿Qué podía ser eso tan malo?

Si se trataba de otro hombre, y por eso ella no se lo contaba, no era mejor que su padre. Sin embargo, Damon se resistía a creerlo.

Debiera habérselo preguntado directamente, y lo habría hecho si hubieran dedicado más tiempo a conversar y menos al sexo. Y ¿por qué no le habían dicho nada Stavros ni Iannis? ¿Tampoco confiaban en él?

Respetaba el silencio de ambos, pero detestaba hallarse en la oscuridad. Aparte de haberse enterado, cuando estaba en el desierto, de que el padre de Lizzie había muerto en la cárcel y que

su madrastra vivía con otro hombre, no sabía prácticamente nada de lo que había sido de su vida los once años anteriores.

Llegaron sin contratiempo al otro lado de la isla. Desembarcaron y él la llevó en el coche al restaurante. Pero todo había cambiado: ella volvía a estar en tensión.

–Gracias –dijo Lizzie–. Me has dicho que tú también ibas a algún sitio. Espero que no llegues tarde por mi culpa.

–Puedo retrasar todo el tiempo necesario una visita a casa de mis padres para hablar de los últimos detalles de la fiesta de cumpleaños de mi padre.

–¿Estás seguro?

–No vayas a llegar tarde. Vete –insistió él.

–Gracias de nuevo.

Él mantuvo el motor en punto muerto hasta que la vio entrar al restaurante. En ese momento le sonó el móvil.

–No hay ningún problema –le dijo a su padre, que lo llamaba para saber si podía ir más tarde de lo previsto.

–Ve a escuchar la orquesta en mi lugar y luego me lo cuentas –propuso su padre.

–De acuerdo.

Tal vez la música lo tranquilizara y dejara de pensar en Lizzie y en el secreto que se negaba a contarle.

Capítulo 8

IANNIS le había dicho a Lizzie que el autobús local sería puntual. Y así fue. Se bajó frente a la escuela donde Thea iba a tocar con tiempo de sobra.

Se estiró el bonito vestido amarillo y se retocó el cabello. El vestido que Thea le había regalado era precioso. Hacía mucho tiempo que Lizzie no se ponía otra ropa que no fueran vaqueros y camisetas, o el uniforme de camarera, y quería que Thea supiera cuánto significaba para ella ese regalo.

La escuela se hallaba situada en un pintoresco valle entre colinas cubiertas de olivos. Hacía calor, por lo que tanto los músicos como los espectadores estarían protegidos por un gran toldo.

Ningún detalle se había pasado por alto. Había mesas con refrescos, y la tarde prometía ser maravillosa. Lizzie estaba emocionada ante la nueva actuación de Thea. Eso, y saber que Damon estaba viendo a sus padres, hizo que se relajara y disfrutara del hecho de que Thea Floros, que era como se llamaba, con el apellido de la madre de Lizzie, fuera a ser la solista del concierto.

Se sentía orgullosa cuando se puso a la cola de padres que esperaban para ocupar sus localidades. Cuando se abrieron las puertas de la escuela, la cola se movió a paso de tortuga hasta que, por fin, la gente comenzó a sentarse y Lizzie pudo ver a los niños.

–¿Se encuentra bien? –le preguntó alguien en griego al ver que se tambaleaba y se agarraba a una silla para no caerse. Alguien se lo tradujo.

–Debe de ser el calor. No hace tanto sol en Londres.

La amabilidad de los desconocidos no la ayudó en aquel momento. ¿Cómo era posible que Thea estuviera hablando con Damon? Se suponía que él no estaría allí, sino viendo a sus padres. Y Thea no se limitaba a charlar con él como lo haría un niño con un desconocido que le manifestara su interés por su forma de tocar, sino que ambos se reían como si fueran viejos amigos.

Thea dijo algo que hizo que Damon se metiera las manos en los bolsillos traseros de los vaqueros, echara la cabeza hacia atrás y soltara una carcajada. Lizzie se sintió excluida. ¿Qué se estarían diciendo? ¿Cuánto sabía Damon?

Y peor aún: ¿cuánto sabía Thea?

Nunca había visto a Damon tan relajado ni a Thea tan contenta. Su relación le resultaba tan inesperada que tuvo miedo. Siempre habían sido su hija y ella: Thea y Lizzie; Lizzie y Thea.

Verlos juntos por primera vez fue la experiencia más desconcertante de la vida de Lizzie, por el hecho de que cualquiera se daría cuenta de que eran padre e hija. ¿Se daría cuenta Damon? ¿Y Thea?

Se quedó inmóvil, observándolos. Ya era tarde para hacer las cosas adecuadamente. El momento había pasado. Y la invadieron nuevos temores. Había decidido que Thea no experimentara la falta de interés de su padre, como le había sucedido a ella, pero en aquel momento se preguntó si no la habría protegido en exceso.

Tanto Damon como Thea tenían motivos para odiarla. El primer pensamiento de Damon sería proteger a su hija, y Lizzie no lo culparía. ¿Cómo iba a hacerlo, si había impedido que Thea lo conociera? ¿Se enfadaría Thea y la rechazaría a favor de su padre, que podía ofrecerle mucho más? ¿Y sería justo que ella se interpusiera en su camino si eso era lo que Thea deseaba?

Lizzie llegó a la conclusión de que no debía perder la calma ni derrumbarse. De momento, no podía ir adonde estaban ellos, ya que había gente que le bloqueaba el paso.

Se sintió avergonzada por no haber hallado la forma de decirles a ambos la verdad mucho antes.

En ese momento, Thea levantó al cabeza y la vio.

Fue a su encuentro gritando «¡mamá, mamá!».

–¡Mamá! –exclamó al llegar a su lado–. ¡Ven a conocer a mi nuevo amigo, Damon Gavros! Bueno, quédate aquí –prosiguió Thea al ver que su madre no reaccionaba–. Guárdale un asiento y le diré que venga. Ya le he concertado una cita contigo para después. Le he dicho lo guapa que eres.

La niña se marchó corriendo a reunirse con la orquesta.

¿Podía el corazón de alguien hacerse pedazos? Cuando Lizzie contempló el rostro de Damon tuvo la certeza de que era así.

–Ven conmigo –dijo él cuando llegó donde ella estaba. Habló en voz baja, pero con tanta agresividad que quienes había alrededor se volvieron a mirarlo.

–No puedo porque el concierto está a punto de empezar.

–Claro que puedes, y vas a venir conmigo. Los niños no tocarán hasta que hayan terminado los discursos de bienvenida, y lo que tengo que decirte no es muy largo.

Ella no podía montarle una escena allí, mientras Thea los miraba de reojo para ver cómo iban las cosas. Lo último que Lizzie deseaba era que su hija se preocupara antes de empezar el concierto.

Sonriendo a Thea, le indicó con los dedos que volvería al cabo de cinco minutos, antes de marcharse con Damon, ante la

esperanzada mirada de su hija. Lizzie no se había sentido tan avergonzada en su vida. Una cosa era decepcionar a su hija; otra, traicionarla.

Entraron en el edificio de la escuela. Estaba desierto. Se dirigieron a un aula. Damon cerró la puerta y se apoyó en ella.

–¿Cuándo pensabas decírmelo?

Ella alzó la barbilla para enfrentarse a un hombre al que apenas reconocía. Damon había hablado en voz baja, pero llena de ira.

–Iba a contártelo en cuanto le hubiera explicado a Thea que habías vuelto a nuestra vida –un pensamiento horrible la asaltó–. ¿Se lo has dicho?

–¿Crees que estoy loco? –la miró con los ojos centelleantes de furia–. ¿Cómo has podido pensar algo semejante?

–Porque no te conozco. Ha pasado mucho tiempo. Damon.

–¿Y, en todo ese tiempo, no has hallado el momento adecuado para decirme que teníamos una hija?

–Es que no se trataba solo de ti, Damon.

–Ni de ti. ¿Tan poca importancia tenía una hija para ti que se te olvidó mencionármela?

–Thea, no «una hija». No hay nada más importante para mí que ella.

–¿Y no podías haberme dado la oportunidad de sentir lo mismo?

Damon estaba fuera de sí, pero ella llevaba once años sin manifestar sus sentimientos, ya que había estado muy ocupada siendo madre y trabajando para poder comer y vivir.

–Cuando intenté ponerme en contacto contigo, tu gente me bloqueó y yo carecía de los recursos necesarios para seguir llamando. Y si hubiera conseguido hablar contigo, ¿qué habrías hecho? –preguntó ella con voz airada.

–No hubiera sido tan insensible como tú.

–¿Insensible? – repitió ella con los puños cerrados–. ¿Y me lo dices tú, que me diste la espalda después del juicio, a pesar de haberte acostado conmigo la noche anterior? Habías ganado, por lo que todo lo demás, incluyéndome a mí, te traía sin cuidado.

–Seguí adelante, igual que tú.

–Yo lo hice porque me vi obligada. No tenía una casa a la que volver. Te marchaste sin mirar atrás, sin importarte lo que pudiera pasarme después del juicio.

–No eras responsabilidad mía –dijo él con frialdad. Y tenía mucha razón.

–Exactamente. Sin embargo, te apresuras a ayudar a los demás cuando lo deseas. Pero, en mi caso, no veías más allá de haberme

llevado a la cama y, desde luego, yo no te importaba en absoluto, ¿no es así, Damon? Así que no vengas ahora a acusarme de haberme portado mal. Los dos cometimos errores.

–No me puedes acusar de nada.

–¿Cómo que no? Te alejaste.

–No había nada de qué alejarse.

–Justamente –dijo ella riendo con furia–. Una aventura de una noche: eso es lo único que era para ti, lo único que siempre he sido para ti.

–Y tú tenías tantas cosas que hacer que decirme que esperabas un hijo mío era lo último de la lista.

–No lo entiendes, ¿verdad? Yo no tenía tus recursos. Me expulsaron de mi casa con lo puesto, sin dinero y, desde luego, sin teléfono. No sabía cómo comería ni si conseguiría un sitio para vivir. En esos momentos, tú eras la última persona a quien hubiera recurrido, teniendo en cuenta que no habías intentado buscarme. Solo me tenía a mí misma. Y no pienses que me estoy quejando, porque me hizo bien. Estar sola me enseñó a confiar en mí misma y a ser mejor madre. Me hizo fuerte y decidida. Y supe que conseguiría sobrevivir, paso a paso, y que podría cuidar de mi hija. Eso era lo único que me importaba. Aparte de estar sana para poder cuidar de Thea, lo único que me importaba y que me sigue importando es mi hija.

–Tendrías que haber recurrido a mí.

–¿Ah, sí? Suponiendo que hubiera podido ponerme en contacto contigo, querrás decir. Después de haberlo intentado repetidamente, fui a ver a mi madrastra. Le dije que estaba embarazada y le rogué que me ayudara a buscarte. Se echó a reír y me dijo que no volviera, que no consentiría que una prostituta manchara su reputación. Fue como si me hubiera dado una bofetada, pero me recuperé enseguida y me las arreglé muy bien sin ella, y sin ti. No tardé en darme cuenta de que estaba mejor sola.

–No me diste la oportunidad de conocer a mi hija. Es cierto, que estuve fuera mucho tiempo. Pero, desde que volví, hemos salido dos veces y no me has dicho nada. ¿Cómo se explica?

–Porque Thea tenía que saberlo primero. La estaba protegiendo. Y si no lo entiendes, no eres digno de ser su padre. Eso es lo que nos diferencia: tú tienes poder y dinero; yo no tengo nada. Pero, en lo que se refiere a Thea, no pasarás por encima de mí.

–No estés tan segura. Tengo derechos.

–No tienes ninguno.

–¿Cómo? –Damon estuvo a punto de echarse a reír.

Acostumbrado a conseguir con dinero cualquier cosa, le resultaba imposible concebir que hubiera algo que no pudiera lograr.

–No tienes derecho alguno porque no figuras en el certificado de nacimiento de Thea.

–Una prueba de ADN establecería mis derechos como su padre.

–Si yo consiento que se realice esa prueba. El hecho de que tu nombre no aparezca en el certificado de nacimiento de Thea implica que, legalmente, no tienes derechos sobre ella, salvo que yo lo permita.

–Me enfrentaré a ti con todos los medios a mi alcance –la amenazó Damon.

–¿Otra vez? Antes de que despliegues a tu equipo legal, debieras saber que Thea no quiere conocer a su padre. Me pidió que dejara de hablarle de él porque estábamos muy bien como estábamos.

–Puede que cambie de opinión si me conoce.

Una salva de aplausos hizo que miraran por la ventana. El director de la orquesta estaba subiendo al escenario.

–Tengo que irme –Lizzie se dirigió hacia la puerta. Damon no se movió. Ella vaciló con la mano en el picaporte. Por fin, respiró hondo y se volvió hacia él–. Debieras oírla tocar. Lo lamentarás si no lo haces.

Salió del edificio y le pareció que se estaba asfixiando y aspiró con fuerza. Damon no la siguió.

Damon era incapaz de sentir nada. Siguió en la habitación vacía hasta que las primeras notas de la orquesta lo obligaron a ponerse en movimiento.

Localizó fácilmente a Lizzie por su cabello. Había un asiento vacío a su lado, el único que quedaba. Podría haberse quedado al fondo o en un lateral, pero eso le hubiera parecido extraño a Thea.

Lizzie no lo miró cuando se sentó, ni él a ella, como si no se conocieran.

Tenía una hija, pensó él. No cesó de repetírselo para ver si conseguía entenderlo.

Thea Floros, la joven sensación musical, era su hija. Floros era el apellido de soltera de la madre de Lizzie. La pequeña violinista con la que se llevaba tan bien era su hija. Y se llamaba Thea.

Lizzie le murmuró algo, pero él no le contestó porque no quería hablarle. No deseaba explicar a nadie cómo se sentía, y mucho menos a ella. No podían hablar de semejante enormidad en público. ¿Dónde, entonces?

No sabía qué hacer. Su experiencia no lo había preparado para aquello. Se sentía inmerso en un bloque de hielo, intocable, inalcanzable.

Se dio cuenta, sin emoción alguna, de que ese estado de insensibilidad era la calma que precedía a la tormenta y que, cuando estallara, arrasaría con todo.

En ese momento, Thea se levantó. Y él solo experimentó curiosidad. Miró a su hija sin saber qué sentir.

Pero, entonces, Thea levantó el arco y comenzó a tocar.

Capítulo 9

LA MÚSICA siempre conmovía a Damon. Gracias a la pasión de su padre por ella, la música había desempeñado un papel fundamental en su educación. Y, en aquel momento, Thea había liberado emociones en su interior de las que ni siquiera era consciente.

Debían de llevar años reprimidas, mientras él se dedicaba a la empresa sin permitir que nada lo distrajera, trabajando mucho para que su padre pudiera jubilarse. Por aquel entonces, creía que las emociones eran un lujo egoísta. Sin embargo, en aquel momento, mientras Thea hacía magia con el violín, se dio cuenta de lo vacía que estaba su vida.

Y su hija la estaba llenando de una emoción que amenazaba con desbordarse. Damon se había perdido los once primeros años de la vida de Thea. No la había visto nacer ni la había tenido en sus brazos; no había celebrado su primer cumpleaños ni la había observado dar sus primeros pasos; no había oído sus primeras palabras ni la había animado en su primer día de escuela.

–¿Damon? ¿Damon?

Alguien le sacudía el hombro. Sintió que las lágrimas le corrían por las mejillas y se las secó rápidamente.

Su ayudante se inclinó para hablarle.

–Perdona la interrupción –susurró el hombre– pero tenemos una emergencia en una de las plantas. Hay un incendio. Lo hemos contenido, pero nos gustaría que vinieras.

–Voy contigo –contestó él al tiempo que se levantaba. Sus trabajadores eran como una familia para él. Cuando lo necesitaban, él estaba a su lado.

Al levantarse, su mirada se cruzó con la de Thea. Fue una décima de segundo, porque el destino quiso que terminara el solo justo cuando él se ponía en pie. Todo el mundo se había levantado a aplaudirla.

Ella le sonrió, y el mundo se le iluminó. Fue una sonrisa inocente y feliz, que él le devolvió. Sostuvo la mirada de su hija mientras Lizzie le tiraba del brazo.

Se soltó con brusquedad de su mano, una intromisión no deseada en su piel desnuda. Se pudo a aplaudir a su hija sin hacer caso del evidente deseo de su ayudante de que se marcharan. Podía permitirse unos segundos para que Thea entendiera lo mucho que le había gustado su actuación.

Lizzie volvió a tirarle del brazo con insistencia, y, por el tono de su voz, parecía angustiada. Pero le llegaba desde muy lejos y no podía distraerse. Su atención se hallaba centrada en su hija como si, en aquellos escasos segundos, quisiera compensar los once años de separación.

–Damon…

–Ya voy –dijo con brusquedad a su ayudante.

Volvió a mirar a Thea antes de marcharse.

Lizzie siguió sentada, inmóvil, mientras el público iba saliendo. Se había condenado ella sola. De todas las maneras posibles que Damon tenía de enterarse de la existencia de Thea, aquella había sido la peor. ¿Cómo se habría sentido al descubrir que la mujer con la que había hecho el amor era tan poco de fiar como el canalla de su padre?

Había notado cómo Damon rehuía su contacto y la forma en que miraba a Thea, como el líder de la manada de lobos al reconocer a su cachorro.

Thea era una chica inteligente. ¿Cuánto tiempo tardaría en darse cuenta?

Como Lizzie no la había oído nunca manifestar la necesidad de tener padre, comenzó a preguntarse si no habría sido para proteger sus sentimientos, los de Lizzie. Siempre habían sido un equipo de dos, pero ahora lo eran de tres, aunque no formaran un equipo, y Lizzie no se lo había explicado.

Se estremeció cuando Thea llegó corriendo a su encuentro balanceando la funda del violín con total despreocupación. Sin embargo, todo estaba a punto de cambiar para ella. Al recordar lo que eso le había supuesto a ella a los dieciocho años, con casi el doble de edad de Thea, se hundió un poco más.

–¡Mamá! ¿Te ha gustado el concierto? ¿Te has dado cuenta de que me he equivocado en una nota?

–Creo que has tocado maravillosamente –respondió Lizzie con sinceridad, aunque apenas podía respirar.

–He tocado para ti – dijo la niña abrazándola.

Esa era la señal que Lizzie necesitaba. No era una madre inútil, sino simplemente una madre que había hecho las cosas lo mejor que había podido. Era indudable que volvería a equivocarse, pero intentaría corregir sus errores, sobre todo si afectaban a Thea.

–Me muero de ganas de volver a oíros tocar –afirmó cuando varios amigos rodearon a Thea–. Sois maravillosos. Te quiero,

cariño –dijo cuando la niña salió corriendo con ellos.

Lizzie vio que se dirigían al bufé, llenaban los platos y se iban a sentar a la sombra de los olivos. Respiró hondo y se dijo que, pasara lo que pasara, podría solucionarlo. Llevaba haciéndolo once años. Haría lo que fuera para proteger a Thea.

¿Y Damon?

Lo había perdido antes de llegar a conocerlo. Ya no podría formar parte de su vida, aunque él, seguramente, formaría parte de la de Thea. Era esta quien debía decidirlo. Lizzie se apresuró a cruzar el campo de juegos para reunirse con los niños.

–¡Allá va! –gritó Thea señalando el cielo mientras Lizzie se acercaba.

Lizzie miró hacia arriba en el momento en que un helicóptero la sobrevolaba. En él iría Damon dondequiera que lo necesitaran.

Volvió a invadirla el sentimiento de culpa. Tal vez no tuviera de nuevo la oportunidad de hablar con Damon salvo a través de un abogado, cuando ella había planeado que Damon y Thea se conocieran en cualquier sitio menos ante un tribunal.

La idea la estremeció. No tenía excusa, pero al creer que Damon la había abandonado, poco después que su padre la hubiera rechazado, se juro que no volvería a amar ni a poner en peligro el corazón, y había mantenido el juramento hasta que nació Thea, cuando descubrió el inmenso amor que sentía por ella.

Como su padre había rechazado a Lizzie a una edad tan vulnerable, se despertó en ella un deseo abrumador de proteger a la niña de semejante dolor.

Al mirar atrás, vio que el mundo al que su padre aspiraba estaba vacío y se basaba en lo que la gente tenía en el banco, en vez de en su propia valía. Esto, a su vez, había provocado que recelara de la riqueza. En su fuero interno sabía que Damon no era de esa clase de ricos, que no solo había trabajado duro para conseguir lo que tenía, sino que hacía buenas obras con ese dinero. Pero el glamoroso mundo en que vivía la inquietaba, un mundo al que nunca pertenecería, aunque era posible que, con el tiempo, Thea lo hiciera.

–¿Y bien? –preguntó Thea, expectante.

–¿Y bien, qué?

–¿Te cae bien Damon Gavros? –explicó con impaciencia–. Lo he visto sentado a tu lado.

–Claro que me cae bien –contestó Lizzie sonriendo y con un nudo en el estómago.

–Eso está muy bien, porque viene para acá.

¿Qué?» Damon no podía estar allí. Se acababa de marchar en helicóptero.

–Mis amigos y yo estamos encantados de que te caiga bien, porque queremos un helado y esperamos que él nos lo compre.

Ojalá fuera la vida tan sencilla. Pero se necesitaba a un niño para que señalara lo evidente: había helado y alguien con dinero suficiente para comprárselo.

–Quédate aquí con tus amigos mientras voy a ver lo que opina de tu sugerencia.

–Tienes que acostumbrarte a llamarlo por su nombre si esperas acercarte a él.

–Muy bien –contestó ella con una sonrisa forzada.

No podía perder más tiempo. Debía salir a su encuentro antes de que llegara adonde estaba Thea y ella se diera cuenta de que pasaba algo.

–¡Damon Gavros! –gritó Thea–. Se llama igual que la isla. No se te puede olvidar.

Lizzie no lo olvidaría. Respondió a su hija:

–Vuelvo enseguida. Quédate aquí y veré qué puedo hacer.

–No vuelvas pronto. Tenemos cosas que hacer. Puedes quedarte con él. ¡Hasta mañana!

Mientras Lizzie oía las risitas infantiles a sus espaldas, pensó que tenía que solucionar aquello antes de que las cosas empeoraran. Debía llegar a un compromiso con Damon para no acabar peleándose ante un tribunal. Pero cómo iba a enfrentarse a Damon y a sus abogados era algo que desconocía.

Pero lucharía a muerte por Thea.

Damon estaba muy tranquilo cuando se acercó a Lizzie. El trabajo tenía ese efecto en él: le aclaraba las ideas cuando otros aspectos de su vida se le complicaban. Había dado instrucciones precisas sobre qué hacer con respecto a las consecuencias del incendio. Todos los trabajadores recibirían los cuidados y la compensación que merecieran. Nunca escatimaba en lo que se refería a las familias.

Y ahora debía enfrentarse a Lizzie. Cuando se hubieron alejado unos metros de los niños, le hizo un gesto con la cabeza para que lo siguiera. Observó que Thea los miraba y le sonrió.

Pensó que el conglomerado multinacional que controlaba no era nada comparado con la complejidad de las relaciones humanas. No sentía animosidad hacia Lizzie. No sentía nada. Pero había tomado

una decisión. Aunque Lizzie hubiera estado once años retrasando el momento de contárselo, el punto fuerte de Damon era tomar decisiones rápidamente cuando tenía los datos a su disposición.

Condujo a Lizzie hasta su helicóptero y observó que ella caía en la cuenta de que tenía dos helicópteros. En realidad, poseía una flota.

Abrió la puerta para que Lizzie se montara, la ayudó a ponerse el arnés y le explicó cómo funcionaban los auriculares. No había tensión ni ira en su voz. Ella palideció, como si esa forma de tratarla fuera peor que si estuviera furioso.

El corto vuelo los llevó a la casa de la playa. Allí se decidiría el futuro.

Mientras el helicóptero volaba sobre la mansión de Damon, Lizzie tuvo una buena perspectiva de la misma: los cuidados jardines, la piscina de dimensiones olímpicas y las pistas de tenis. Incluso había un campo de golf. La motora de Damon se balanceaba suavemente en el mar, frente a la casa.

El corazón se le aceleró al comparar todo aquello con la sombría calle de Londres y la habitación en que vivían.

Y no solo le suponía una amenaza el estilo de vida de Damon, sino también su aguda inteligencia. Damon le había dicho que había tenido una serie de ventajas, y así era. Pero había sabido aprovecharlas para que la empresa de su padre tuviera un éxito increíble. Mientras unos iban en autobús a trabajar, él pilotaba un helicóptero como si fuera un coche, pensó ella al tiempo que aterrizaban suavemente.

¿Qué pensaría Damon de la obsesión de Thea con las tiendas de segunda mano? ¿Creería que se debía a que la falta de recursos de Lizzie la había condenado a llevar ese tipo de ropa? ¿Entendería a su hija?

¿Estaba Lizzie en un error y demostraba su egoísmo al pensar que Thea era exclusivamente su hija? ¿Se equivocaba al negarse a reconocer que Damon había desempeñado el mismo papel que ella en su concepción?, pensó mientras él le quitaba el arnés y bajaba del helicóptero.

Damon podía ofrecer a la niña mucho más que ella. Thea tenía que limitarse a ensayar una hora diaria en Londres, cuando estaba en casa. Era lo que le habían dicho los dueños de la habitación. ¿Cuánto podría hacerlo en una casa tan enorme como la de Damon?

Mientras se dirigían a la puerta principal, Lizzie miraba a su

alrededor, asombrada ante la belleza de las flores y plantas. Damon podría comprar a Thea el violín que se le antojara a la niña, se dijo mientras él abría la puerta tecleando un código en el panel que había a uno de los lados.

Lizzie estaba cada vez más nerviosa. Damon tenía todo el poder del mundo; ella, ninguno. Él disponía de un equipo de abogados; ella ni siquiera tenía dinero para llamar a un abogado a Inglaterra desde Grecia.

¿Estaba a punto de perder a Thea?

«¡No!», se dijo. No lo haría mientras le quedara un hálito de vida.

Entró en el vestíbulo y miró a su alrededor, muda de asombro. Era mucho más de lo que se había esperado: el espacio, la luz, el lujo sencillo que la rodeaban… Todo era de un gusto extremado. Y estaba vacío, como si esperara que alguien se mudara y le insuflara vida.

Aquella no era la forma en que Damon se había imaginado que Lizzie conocería la casa. La habían mirado desde la playa la vez anterior que habían estado en la isla porque debían volver para el concierto de Thea. Acaban de hacer el amor y él había tenido la alocada idea de entrar con ella en brazos para, después, hacer el amor por todos los rincones.

No sería así.

La condujo al estudio, una habitación espectacular. Una pared de cristal daba a la bahía; el escritorio estaba hecho de una larga pieza de madera, y en él solo había un ordenador. La superficie del escritorio era tan suave como el cristal. Él mismo lo había diseñado y fabricado.

Al ver que Lizzie pasaba el dedo por encima, recordó el placer que había experimentado trabajando con las manos. La sencillez de las cosas le proporcionaba placer. Igual que la sinceridad.

Respiró hondo y se volvió hacia ella.

–Damon, yo…

–Por favor, siéntate.

–Prefiero quedarme de pie, si no te importa.

La voz de Lizzie parecía una goma tensa a punto de romperse. No le dio lástima. Más allá de saber que, si ella se venía abajo, las cosas se retrasarían, no sentía compasión. Se puso de espaldas a la ventana mientras ella seguía al lado de la puerta. Vio que estaba dispuesta a enfrentarse a él, pero era él quien tenía todas las de

ganar. Y ambos lo sabían.

A pesar de que no había olvidado que Lizzie se negaba a concederle los mismos derechos que ella tenía sobre Thea y que su nombre no aparecía en el certificado de nacimiento de la niña.

Al pensarlo, le pareció que pudiera ser que Lizzie se guardara un as en la manga.

Ella había cerrado los puños. La sangre se había retirado de sus mejillas y sus ojos parecían enormes en su rostro ceniciento. Damon se enfrentaba a los problemas siempre del mismo modo: siendo incisivo y sin emocionarse. Haría lo mismo en aquel caso.

–No la conoces –dijo Lizzie en voz baja–. Y Thea no te conoce. No puedes aparecer de repente en su vida y reclamarla.

–No sabes lo que puedo hacer.

–¿Tratas de intimidarme? –preguntó ella con el ceño fruncido.

–No, solo intento reclamar lo que me pertenece.

–¿Y después?

–Eso ya lo veré. Tengo que encontrar una solución.

–Tenemos que encontrarla.

–Tú ya has perdido la oportunidad de hacerlo. Ahora me toca a mí. Sería mejor que te sentaras, Tenemos que apartar nuestras diferencias y considerar qué es lo mejor para Thea.

–Yo solo pienso en ella –le aseguró Lizzie con pasión.

–Yo no he tenido la oportunidad.

Lizzie lo había decepcionado profundamente. Era tan superficial como el resto de las mujeres. Se guiaba por su propio interés. Cabía la posibilidad de que nunca le habría contado que tenían una hija si él no hubiera ido al restaurante griego de Londres.

Le dolió pensar en los años perdidos. Tuvo que dar la espalda a Lizzie durante unos segundos y aprovechó para servir dos vasos de agua helada y centrarse en algo mientras su rabia disminuía.

–¿Por qué no estás enfadado? –preguntó ella.

Él estuvo a punto de soltar una carcajada.

–¿Es que no tienes sentimientos?

Damon vertió sin querer el agua sobre el escritorio. ¿Que si no tenía sentimientos? Aquella situación había hecho temblar los cimientos de su vida.

Agarró un paño y secó el agua antes de volverse a mirarla.

–Puede que tú te puedas permitir el lujo de tener sentimientos, pero yo no. ¿Qué idea se tendría de mí en los negocios si me lanzara contra mis competidores y tomara decisiones guiado por la pasión?

–Esta no es una decisión de negocios. Se trata de Thea, nuestra

hija.

–Me alegro de que, por fin, lo recuerdes –afirmó él con desprecio.

–¿Así que lo único que pretendes es ganar, como sueles hacer?

–Ni mucho menos.

Ella no podía hacerse una idea de su conmoción. Él solo conocía el amor sin complicaciones, sin límites; el que ofrecía un padre a su hijo, el amor incondicional que sus padres le habían dado. Un amor sin exigencias, que lo sacrificaba todo. Y él no había podido experimentarlo con Thea.

Y el amor que ya sentía por ella era infinito. Era como si los once años se hubieran compactado en un solo día de amor por su hija. Se había perdido once años de la existencia de Thea, que ya eran irrecuperables. Desde la noche previa a su concepción a la noche previa a su nacimiento, cuando no era más que una lucecita esperando a iluminar la vida, hasta ese momento en que, en su despacho, había estado hablando de ella con su madre.

Todos aquellos momentos se habían perdido para siempre.

Capítulo 10

DAMON exigía una explicación de ese tiempo perdido. Lizzie creía que, como lo veía tan contenido, no sentía nada, cuando, por primera vez en su vida, no estaba seguro de poder manejar aquella reunión tan bien como debiera. Pero debía hacerlo por su hija.

Para poder convencerse de que debía hablar con Lizzie, había hecho una lista de la cosas buenas que ella había hecho. Thea estaba bien. Criarla como madre soltera y sin familia no debía de haber sido fácil para Lizzie. Once años antes solo tenía dieciocho y estaba embarazada y sin casa, sin dinero y sin familia. Su amor por la niña había sido infinito, como el que a ella le habían dado sus padres.

Thea debía su existencia a su madre por completo. Por eso, él la había hallado fregando platos en Londres. Ella se había olvidado de sus sueños y los había depositado en la niña.

Sin embargo, Thea era también su hija y se le había negado conocer su existencia hasta entonces, por lo que, aunque valorara lo que Lizzie había hecho, las cosas no podían seguir como estaban.

–No dejaré que te la lleves, Damon. Ningún tribunal permitiría que un hombre apareciera en la vida de una niña y se la arrebatara a su madre, que la ha querido desde el momento en que la sintió moverse en el vientre, a no ser que el padre de esa niña demuestre que la madre no está capacitada para cuidarla. Y nadie, ni siquiera tú, puede probar una mentira.

–No soy un hombre cualquiera. Soy el padre de Thea.

–Lucharé –le advirtió ella–. Lucharé contra tu dinero, tu poder y tus abogados. ¿De verdad crees que puedes ganar a una madre que defiende a su hija? Ni siquiera tú, Damon, tienes armas para hacerlo.

Damon estaba furioso, a pesar de reconocer que su propia madre le hubiera dicho lo mismo.

No era tan insensible como creía Lizzie. De hecho, nunca había dejado de pensar en ella. En el desierto, se introducía en sus pensamientos de noche, y durante el día pensaba en ella para paliar los horrores que contemplaba. Pero Lizzie la había ocultado lo más importante, y no la perdonaría.

¿Cómo podría volver a confiar en ella cuando lo había engañado como su padre había engañado al de Damon?

–Tendrás que… –iba a decir «consultar a un abogado», pero Lizzie lo interrumpió.

–No tengo que hacer nada de lo que me digas. Eres tú quien debe intentar destruirme como destruiste a mi padre.

–Lizzie, ya hemos hablado de eso varias veces. Los dos sabemos que lo que sucedió ese día en el juicio fue lo mejor.

–Lo que yo sé es que mi padre era débil y tú fuerte. ¿Es eso lo que planeas hacer ahora? ¿Aplastarme?

Damon apretó los dientes para no dejarse llevar.

–Que te quede claro –prosiguió ella con los ojos brillantes– que Thea se queda conmigo. Elegiremos el momento en que le diremos que eres su padre, y lo haremos juntos. Intentaremos comportarnos de manera civilizada.

–Y, entonces, dejaremos que sea Thea la que elija –contestó él empleando el tipo de razonamiento que usaba en los negocios–. Ya no es un bebé, sino una chica muy inteligente y con ideas propias. Cualquier juez estará dispuesto a oír lo que tenga que decir.

A Lizzie, el corazón le dio un vuelco. Cerró los ojos y se imaginó la escena ante el tribunal: madre sin un céntimo, padre multimillonario. ¿Qué pensaría el juez?

Era una cuestión de confianza, concluyó. Se reducía a que creía en la fuerza del amor que Thea y ella se tenían. Pero la idea de tener que demostrárselo a desconocidos hacía que se sintiera fatal por Thea. ¿Por qué debiera una niña de diez años pasar por eso?

–Veremos –fue lo único que pudo responder.

El amor se basaba en la confianza. También podía hacer sufrir y dudar, pero daba esperanza. Ella había perdido toda esperanza de amor con Damon, pero el futuro de Thea seguía estando inmaculado y, en lo que de ella dependiera, seguiría así.

–Dime una cosa –preguntó a Damon–. ¿No te sentiste culpable por marcharte después de haberme destrozado la vida?

–Fuiste tú la que te marchaste con tus amigos. ¿Qué fue de ellos?

–Cuando me quedé sin dinero, desaparecieron –reconoció ella con sinceridad–. Y empecé de nuevo. Tuve la suerte de hace nuevos amigos, amigos de verdad, a quien les daba igual si podía comprar ropa de marca o si mi padre daba fiestas maravillosas. Aunque, para ser justa, los padres de esos amigos ya no les permitían verme. En primer lugar, por la vergüenza ante el encarcelamiento de mi padre; en segundo lugar, por miedo a que les pidiera un préstamo; y, para colmo, estaba embarazada, sin pareja ni marido.

–Así que, en realidad no eran amigos tuyos.

–No. Ahora distingo unos de otros. Estar embarazada me aclaró

las ideas. La maternidad me cambió para bien. Maduré de la noche a la mañana y descubrí, que, a fin de cuentas, no era tan estúpida como creía y que ser madre se me daba bien.

Damon no pudo negarlo.

–Pero debieras haberte puesto en contacto conmigo.

–Lo intenté. Ya te dije que tu gente me bloqueó.

–Debieras haberlo seguido intentando. De haberlo sabido, te habría ayudado y hubiera querido formar parte de la vida de Thea.

–¿En serio? ¿Cómo puedes estar tan seguro de cómo hubieras reaccionado entonces? También tú eras mucho más joven y tenías un prometedor futuro. Una hija te hubiera impedido progresar. Tal vez fuera mejor así. Un día te enseñaré el montón de cartas sin abrir que te mandé y que me devolvieron. Te escribí en cuanto tuve un sitio para vivir. Pensaba en ti y en tu papel en nuestra vida. Y no por tu dinero, Damon. Nunca me interesó.

–¿A qué papel te refieres?

–Eso habría que haberlo decidido entonces, del mismo modo que hay que decidirlo ahora. Lo único que puedo decirte es que tus empleados se merecen una medalla por la forma en que protegen tu intimidad.

Él se lo creía. Nunca estaba disponible para nadie que no fuera de la familia. Quienes no lo podían llamar directamente, que eran la mayoría, tenían que salvar muchos obstáculos antes de poder hablar con la ayudante de su secretaria. Con esta era prácticamente imposible.

–Quería que supieras lo de Thea –insistió Lizzie–. Pero no quería nada más de ti, en sentido material.

Le volvió la espalda y él supo que estaba reviviendo la alegría, el miedo y la esperanza de una madre gestante. No había tenido a nadie con quien compartir esos momentos. Y cuando llegó Thea, debió de ser un rayo de luz que le llevó alegría.

–¿Dónde estabas? –preguntó Lizzie enfadada–. ¿Dónde estabas cuando me examinaba la comadrona y no sabía qué esperar? ¿Y cuando me hacían las ecografías y yo estaba muerta de miedo pensando que podían descubrir algún problema en ella, ya que no siempre podía comer de manera sana? ¿Y cuando me puse de parto y estaba asustada? ¿Y cuando nació tu hija? ¿Dónde estabas cuando te necesité?

Cuando la voz de Lizzie se transformó en un grito sin palabras, él no pensó en el pasado, el presente ni el futuro, sino que la abrazó

mientras las lágrimas recorrían sus mejillas. Y la besó repetidamente. Ella se estremeció y, entonces, recordó que debía luchar contra él y comenzó a gritar y a darle puñetazos hasta que su pasión cambió de rumbo y se aferró a él como alguien que está a punto de ahogarse a una balsa.

–Para, para –dijo Damon mientras le besaba el rostro, los ojos y los labios–. Cálmate.

–¿Que me calme? –preguntó separándose de él–. ¿No ves que puedo perderlo todo, estúpido?

Lizzie, hermosa y apasionada. Aquella era la mujer que lo había hechizado once años antes. La había tranquilizado entonces, pero ¿podría hacerlo ahora? No lo sabía. Nunca había visto a nadie tan trastornado.

La tomó en brazos y la llevó a uno de los dormitorios. La besó mientras la llevaba a la cama y ella no trató de alejarse cuando la depositó en ella. Él se tumbó a su lado, la abrazó con la intención de calmarla, pero ella se desabrochó el vestido, se lo quitó por la cabeza, lo dobló y lo dejó en una silla cercana a la cama.

–No, Lizzie, no.

Él había planeado ir despacio, pero ella se lanzó a sus brazos y enlazó las piernas con las suyas mientras lo besaba como si se fuese a acabar el mundo.

Él no era un santo, y los instintos primarios pronto vencieron a otro tipo de sentimientos. Se olvidó de las dudas, la rabia y el resentimiento, se desnudó y solo sintió lo mucho que la había echado de menos.

Lizzie solo deseaba borrar todo de su mente y estar con Damon, probablemente por última vez. No hubo juego amoroso previo. Las tácticas dilatorias estaban prohibidas. Quería olvidar y quería hacerlo sin perder un minuto.

Lanzó una exclamación de triunfo cuando Damon la tumbó de espaldas y colocó los puños a ambos lados de su cabeza para situarse sobre ella, grande, poderoso, majestuoso y ultraeficiente a la hora de dejarle la mente en blanco.

Ella enlazó las piernas alrededor de su cintura sabiendo a lo que lo invitaba y regocijándose cuando él la poseyó penetrándola profundamente. Perdió el control de inmediato, sin preocuparse de si debía hacerlo o no. No estaba para finezas ni para buenos modales.

Gritando y retorciéndose, lo agarró por las nalgas para

impulsarlo a seguir. Estaba dispuesta a atrapar cada sensación placentera y, cuando el placer la privó del pensamiento, prorrumpió en exclamaciones de agradecimiento a voz en grito ante cada nueva oleada.

–¡Más! –dijo tomando una bocanada de aire.

Se rio de excitación mientras él le llevaba al borde de la cama. La colocó a su gusto, con las caderas en precario equilibrio sobre el borde, le separó las piernas y se situó de pie en medio de ellas.

–¿Te gusta que sea firme y profundo? –preguntó con una leve sonrisa.

–¿Tú qué crees?

Damon se colocó las piernas de ella sobre los hombros y la deleitó a un ritmo rápido que la hizo alcanzar el clímax casi inmediatamente.

La tomó en brazos y la llevó a la pared acristalada.

–¿Es esto lo que quieres? –le preguntó mientras le apoyaba la espalda desnuda en el cristal–. Ahora todo el mundo puede ver las mariposas que llevas tatuadas en las nalgas.

Y volvió a embestirla profundamente y sin desfallecer hasta que ella se derrumbó en sus brazos gimiendo y gritando.

Cuando ella, jadeando, le dijo: «Ha estado muy bien», él le preguntó si tenía más tatuajes que requirieran su atención.

–¿Por qué no echas un vistazo?

Lizzie se dio cuenta de que tenía hambre atrasada mientras él se seguía moviendo en su interior y ella proseguía deleitándose en un olvido pleno de sensaciones.

¿Otra vez? ¿Era posible?

Esa vez fue tan intenso y duró tanto que creyó haber perdido la conciencia durante unos segundos. Cuando la recuperó, él seguía moviéndose con embestidas profundas y regulares.

–No hagas nada –le exigió él con voz ronca–. No te muevas. Relaja todos los músculos y deja que lo haga yo todo.

Ella hizo lo que le pedía y obtuvo placer como recompensa. Al verlo reflejado en sus ojos, él sonrió con fiereza contra su boca. Ella volvió a alcanzar el clímax y cuando fue capaz de hablar dijo:

–¿Y tú?

Damon se retiró completamente para volver a penetrarla profundamente con un gemido de satisfacción y, con varias embestidas firmes, los condujo a ambos al borde del abismo.

–¿Nos acostamos? –preguntó ella tomándole el rostro en las manos.

–Pesas poco.

–Eres insaciable.

–Lo cual parece complacerte.

–Así es.

–Tú también eres insaciable. Lo que pasa es que todavía no lo sabes.

–¿Por qué no me lo demuestras?

Damon la tomó en brazos, cruzó la habitación y se dirigió al cuarto de baño, que era el más lujoso que Lizzie había visto en su vida. El suelo y las paredes eran de mármol negro, y, el mobiliario, muy elegante. Había espejos por todas partes.

Al verse en brazos de Damon, los dos desnudos y estrechamente abrazados, se excitó como nunca.

–Eso de que eres insaciable… –murmuró él dejándola en el suelo.

–¿Sí? –ella lo miró desafiante.

–Ha llegado el momento de demostrártelo.

Capítulo 11

AQUELLA ducha no era como la que tenía Lizzie en Londres, con una alcachofa oxidada del que manaba un chorrito de agua templada. De la ducha de Damon salí agua abundante, a la temperatura adecuada y de forma instantánea.

Damon la enjabonó de arriba abajo con caricias cada vez más íntimas. Y la aclaró dirigiendo el agua a sus zonas más sensibles mientras la masajeaba y producía en ella una nueva excitación.

–Apoya las palmas en la pared –dijo él.

¿Cómo podía ser tan sensible su cuerpo?, se preguntó ella mientras Damon le aclaraba la espalda y las nalgas.

Lizzie apoyó la cabeza en la pared y gimió de placer cuando él le separó las piernas y dirigió el agua con tanta habilidad que ella volvió a perder el control. Él la agarró cuando las piernas de ella cedieron y le levantó una para colocarla sobre su muslo antes de penetrarla para volver a conducirla al clímax.

–No puedo –protestó ella negando con la cabeza, segura de que era verdad.

–Claro que puedes –y se lo demostró de forma indudable.

Después de la ducha, la envolvió en suaves toallas y la llevó a la cama.

–Duérmete.

–¿Que me duerma? –se quejó ella mirándolo a los ojos.

–Tengo trabajo –contestó él antes de separarse de ella.

Y, como once años antes, se marchó.

¿Cómo había podido dormir?, se preguntó Lizzie al despertarse y ver que el sol brillaba en la habitación. Se dio la vuelta, pero el otro lado de la cama estaba vacío y la almohada no había sido usada. Ella había dormido toda la noche, pero ¿dónde estaba Damon?

Al recordar la noche anterior se sentó en la cama. Era la primera vez que dormía de un tirón desde hacía mucho tiempo. Debía de estar agotada para haber dormido así. No era de extrañar, después de haberse saciado de Damon. No se oía nada. Parecía que la casa estaba vacía.

Ella solo era una visita temporal que se había quedado a dormir, pensó mientras se levantaba. Ese día tendrían que decírselo a Thea: era lo que habían decidido la noche anterior. ¿Se le había adelantado Damon?

¡No! Thea debía oírlo de labios de su madre se dijo mientras corría a ducharse.

Bajo el agua, que tan relajante le había parecido unas horas antes, comenzó a imaginar cosas horribles: que Damon se llevaba a Thea en la lancha, en el helicóptero, en su avión… ¿Y cómo los encontraría si él tenía casas por todo el mundo?

Agarró una toalla, cerró los ojos y reconoció que sus temores eran infundados. Lo único que debía hacer era volver al restaurante a cambiarse de ropa y llamar a Thea para quedar en la escuela, donde le explicaría todo.

Con ese plan trazado, se preparó para dar la explicación más importante de su vida.

Thea salió corriendo de la escuela y se lanzó a los brazos de su madre.

–¡Hoy te has puesto el vestido azul! –exclamó con una sonrisa radiante–. Nunca te pones un vestido, salvo que se trate de una ocasión especial.

Lizzie se sonrojó ante el escrutinio de su hija.

–Me lo he puesto para ti. He vuelto al restaurante precisamente para…

–¿De dónde has vuelto?

–No es asunto tuyo –Lizzie se echó a reír. A pesar de la tensión que experimentaba, la expresión recelosa de su hija siempre le resultaba divertida.

–Has estado con él, ¿verdad?

Lizzie pensó que era una lástima que la vida no fuera algo tan sencillo como elegir entre un vestido azul y otro amarillo. Había llegado el momento de decirle la verdad a Thea sobre su padre. Estaba hecha un manojo de nervios.

–Me gustan los dos vestidos por igual. Tienes un gusto excelente.

–No es eso lo que te he preguntado. Lo que quiero saber es cómo te llevas con Damon.

–¡Thea! –Lizzie intentó ponerse seria, sin conseguirlo–. Es un hombre muy agradable.

–¿Un hombre muy agradable? –Thea hizo una mueca.

–Un buen hombre –Lizzie tenía que empezar por algún sitio.

–¿Y…? –la presionó su hija–. ¿Vas a volver a verlo?

–Será difícil no hacerlo en esta isla tan pequeña–. Pero, la próxima vez, lo veremos juntas.

–¡No! ¿Cómo va a surgir un romance conmigo allí? Tienes que

verlo sola.

–Creí que te caía bien.

–Y me cae bien, pero solo si te hace feliz.

–Le gustó mucho cómo tocas –dijo Lizzie para que la repentina tensión se disipara.

–Eres tú quien me preocupa, no él.

–Tenemos que hablar de eso.

–¿Por qué?

–Porque haya algo que debiera haberte dicho hace mucho tiempo. Vamos a sentarnos a la sombra y a charlar mientras esperamos el autobús.

Thea se encogió de hombros y se sentó en el banco al lado de su madre.

–Entonces, ¿te cae bien, Damon? –pregunto Lizzie con cautela.

–Muy bien. Enseguida congeniamos. Pero eso ya lo sabes. ¿A qué viene todo esto?

¿La odiaría Thea cuando se lo contara? ¿Entendería las razones por las que no se lo había dicho antes o creería que se lo había ocultado a propósito?

–Me alegro de que te caiga bien, porque hay algo que debo decirte sobre él…

–¿Te ha pedido que te cases con él? –preguntó Thea levantándose de un salto.

–No exactamente. Lo que tengo que contarte sucedió mucho antes de este viaje a Grecia.

–¿Es mi padre?

Lizzie se quedó muda de asombro.

–¿Cómo?

–Que si es mi padre. ¿Sí o no?

–Quería decírtelo lo más delicadamente posible…

–Solo hay una forma de dar una noticia como esa y es con una orquesta tocando –Thea no cabía en sí de gozo–. ¡Lo sabía!

Lizzie agarró el brazo de su hija y deseó que alguien le hiciera lo mismo a ella.

–Todo sigue yendo bien entre nosotras, ¿verdad?

–Claro que sí –le confirmó la niña con impaciencia–. Todo seguirá igual que antes.

–Por supuesto. Nadie va a interferir en nuestra vida.

–Muy bien –dijo Thea–. Damon nunca ha estado con nosotras, así que ¿por qué iba a interferir en nuestra vida?

–Tendrá que desempeñar un papel en tu vida, Thea. Es tu padre. No puedes culparlo porque no haya estado contigo antes, porque se

acaba de enterar de tu existencia.

–Eso no le da ningún derecho sobre mí –insistió la niña con obstinación–. Soy una experta en el tema. La mayor parte de los niños de la escuela tienen padres divorciados o a punto de divorciarse. Escucho todo lo que dicen al respecto.

–Pero Damon y yo no estamos casados.

–¿Qué más da?

–Quise decírselo en cuanto supe que estaba embarazada, pero no pude.

–Me da igual –afirmó Thea abrazando a su madre estrechamente–. Solo me importas tú. No necesito a nadie más –estaba a punto de llorar–. Hasta ahora nos ha ido muy bien, ¿verdad?

–Desde luego –Thea necesitaba que la tranquilizaran más que ella, pensó Lizzie mientras la besaba –. Y así seguiremos.

–Entonces, ¿por qué tiene Damon que formar parte de mi vida? –preguntó Thea soltando a su madre y mirándola.

–No tienes nada de que preocuparte, ¿me oyes? Nada en absoluto.

–Te oigo –respondió la niña con total seguridad.

No era el modo en que Lizzie había creído que se desarrollarían las cosas. Se había imaginado que su hija estaría encantada de que Damon fuera su padre, pero parecía que se sentía más amenazada que contenta.

Lo importante era que Thea entendiera que nada cambiaría entre madre e hija debido a las nuevas circunstancias.

–¿Por qué no quedamos con él? –propuso Lizzie–. No tienes que preocuparte, ya que estaré allí. Puedes ir conociéndole poco a poco y ver cómo van las cosas. Te prometo que no tendrás que hacer nada que no desees.

–¿Significa eso que puedo quedarme contigo? –preguntó Thea con las mejillas rojas de la emoción contenida.

–Por supuesto que sí –Lizzie la atrajo hacia sí.

–Es que hay niñas en la escuela que no ven al otro progenitor. Y yo no quiero separarme de ti. ¡Te quiero! –exclamó.

Cuando Thea abrazó a Lizzie, esta, por fin, rompió a llorar.

Damon esperaba una llamada de Lizzie. «Tómate el tiempo que necesites», le había dicho. Se presentaría cuando Thea estuviera lista para verlo, y, entonces, Lizzie y él hablarían de lo que harían.

Confiaba en que los problemas se resolvieran. Lo único que le

importaba, al igual que a Lizzie, era la felicidad de Thea. Pero se debía enfrentar a un contratiempo: los medios de comunicación, que le seguían la pista. Su gente se había puesto en contacto con él para prevenirlo.

Damon siempre provocaba rumores. Era uno de los solteros más ricos del mundo, así que el interés de los medios era inevitable. Había dicho a sus empleados que quitaran importancia al asunto.

–Si lo hacéis, lo harán ellos.

–Lo dudo, ya que la señorita Montgomery tiene una hija de cabello oscuro que es tu viva imagen y, además, fue la estrella de la orquesta en la fiesta de cumpleaños de tu padre –le contestó el director del departamento legal.

–¿Qué pasa porque se parezca a mí?

Recordó el rostro de Thea y se sorprendió al comprobar que no se había dado cuenta antes del parecido que había entre ellos. El parentesco era evidente, y la prensa no lo pasaría por alto.

–Se especulará sobre el tema –le avisó su abogado–. Sería mejor que acallases los rumores antes de que se nos vayan de las manos.

–No es asunto de nadie. Tengo derecho a tener vida privada y va a seguir siendo eso: privada.

–No dejes que los sentimientos te impidan ver lo que sucede, Damon.

–¿A qué te refieres?

–A que las cazafortunas abundan.

–¿Te refieres a la señorita Montgomery?

–Es hija de su padre –contestó su abogado con toda tranquilidad.

Damon cerró los puños. Sabía que su abogado solo hacía su trabajo y que él no quería a su alrededor empleados que le dijeran a todo que sí para incrementarle el ego. No podía culpar al abogado por decirle la verdad, aunque supiera que no iba a gustarle.

–Reflexionaré sobre tu consejo. Mientras tanto, espero que mantengas alejados a los periodistas de la señorita Montgomery y de su hija.

–Y de ti.

–Y de mí.

Capítulo 12

LIZZIE pensó que no debía hacerse ilusiones. Solo era la primera vez que se veían los tres desde que Damon y Thea habían sabido la verdad. Todo parecía ir bien. Damon las había invitado a la casa de la playa y Thea había puesto unos ojos como platos al mirar a su alrededor, pero…

¿Por qué siempre tenía que haber un pero?

Porque cabía la posibilidad de que Lizzie no hubiera enfocado el asunto como era debido. Tal vez hubiera debido dar la oportunidad a Damon y Thea de conocerse antes de comunicarles que eran padre e hija.

Pero ¿había una única forma correcta de hacer aquello?

Y existían detalles prácticos que no habían resuelto, siguió pensando Lizzie mientras Damon les enseñaba la mansión. Alfombras de incalculable valor cubrían el suelo y llamativos cuadros colgaban de las paredes. El mobiliario era elegante y moderno, y todo lo que había en la casa era lujoso, incluyendo el gran piano del vestíbulo, bajo la escalera de mármol.

Todo aquel lujo sin precedentes no revelaba nada a Lizzie sobre Damon. No había objetos personales, fotografías, trofeos ni recuerdos. Sintió nostalgia de su acogedora habitación en Londres.

La mansión era un edificio de reciente construcción que esperaba que una familia imprimiera en ella su sello. Y suponiendo que las cosas se solucionaran entre Damon y ella, ¿cómo iban a resolver aquello? De ser dos unidades separadas, ¿podrían pasar a formar una?

¿Qué se perdería en el camino?, se preguntó Lizzie mientras pasaban de la sala de proyección cinematográfica al gimnasio y la piscina interior, para después dirigirse a la biblioteca. ¿Su independencia?, continuó preguntándose Lizzie, alarmada. ¿O la despreocupación con que Thea se enfrentaba a la vida? En cualquier caso, no conseguía relajarse y fingir que formaba parte de aquella casa.

Thea también debía de estar preocupada por el futuro. No se impresionaba con facilidad, salvo cuando encontraba una nueva tienda de segunda mano o un violín de incalculable valor en el catálogo de una casa de subastas, y no la atraía la riqueza. Tenía todo lo que necesitaba, según le había dicho a menudo a su madre, pero Lizzie comenzaba a preguntarse si no lo habría hecho para tranquilizarla.

Pronto lo averiguaría.

Su padre y su madrastra la habían dejado sin un céntimo. Y, en aquellos momentos, no tenía muchos ahorros, pero los que poseía se los había ganado a pulso, y confiaba en crear un hogar seguro para su hija.

Al ver a Damon y Thea juntos, los dos igual de tranquilos, se puso nerviosa. Conocía a su hija lo suficiente para saber cuándo se limitaba a ser cortés, en vez de sentirse verdaderamente entusiasmada, y sospechaba que ese era el caso, pero no estaría segura hasta que Thea le dijera su opinión.

Lo único que deseaba era que su hija fuera feliz, pero ¿era ese el camino? La niña le tendió la mano como si necesitara su apoyo. Lizzie se apresuró a cruzar la habitación para agarrarla y se dio cuenta de que Thea necesitaba que la tranquilizara, a pesar de la fachada feliz que presentaba.

A la niña no le bastó con que la tomara de la mano y se abrazó a ella.

–Quédate conmigo –le susurró–. Tú también formas parte de esto.

¿Era así?, se preguntó Lizzie. ¿O tres eran multitud?

Damon vio la preocupación reflejada en el rostro de Lizzie y notó que ocultaba sus sentimientos para no influir en Thea. Tanto Lizzie como él estaban empeñados en que esa primera reunión fuera lo más relajada posible.

Sin embargo, no parecía ir muy bien, a juzgar por la palidez de su hija.

–Os dejo que echéis una ojeada por vuestra cuenta, sin prisas.

–¿Nos dejas? –preguntó Thea con recelo.

Damon se dio cuenta con toda claridad, por sus palabras, de que tardaría mucho más de un día en compensar once años de ausencia.

–Te llevaré de vuelta a la escuela cuando estéis listas. Necesitáis estar a solas para haceros a la idea de que ahora formo parte de vuestra vida.

–¿Tenemos que hacerlo? –oyó que Thea preguntaba a Lizzie mientras se alejaba.

Había sido un éxito sin precedentes, pensó Lizzie cínicamente, mientras Damon las conducía de vuelta. La situación era más tensa ahora que antes.

–No te olvides de la fiesta de mañana –les recordó Thea mientras Damon se detenía frente a la escuela.

–¿Qué fiesta? –preguntó Lizzie. Luego la recordó. Tenía tantas cosas en la cabeza…

–Mañana por la tarde en casa de… mi abuelo –Thea frunció el ceño. La palabra aún significaba muy poco para ella.

–Eso es –confirmó Damon–. Mi padre se muere de ganas de conocerte.

–Allí estaré –dijo Lizzie a su hija.

Tendría que organizar su horario de trabajo, ya que, a pesar de que Iannis le había dicho que se tomara unas vacaciones, ella le había prometido que lo ayudaría con los preparativos de la fiesta.

–He hablado con Iannis –le dijo Damon al ver que estaba preocupada– para que puedas salir pronto del restaurante. Espero que no te importe.

Antes de que Lizzie pudiera contestar, intervino Thea.

–¿Vas a organizarle la vida a mi madre?

–¡Thea! –exclamó Lizzie, a pesar de que tenía parte de razón.

–Tiene razón –afirmó Damon–. Debiera haberte consultado primero, por lo que te pido disculpas. Pero es que a mi padre le encanta la música y está deseando conoceros a las dos.

Thea no se estaba tomando las cosas tan bien como esperaba Lizzie. Necesitaba tiempo. Las dos lo necesitaban para adaptarse a la nueva situación.

–No tienes que trabajar mientras estés aquí –dijo Damon a Lizzie.

Thea no se contuvo y dio su opinión sobre el asunto.

–A mi madre le gusta trabajar. Siempre me lo dice.

–Si no trabajo, no sé de qué vamos a vivir –apuntó Lizzie.

La expresión de Damon le dio la respuesta: él las mantendría. Pero Lizzie no estaba de acuerdo.

Cuando Thea se bajó del coche, Lizzie se desabrochó el cinturón de seguridad.

–Yo también me bajo aquí –le dijo a Damon–. Gracias por traernos. Tomaré el autobús para ir al restaurante.

Quería tranquilizar a Thea, además de indicar a Damon que aquello no funcionaría si él insistía en actuar sin escuchar.

Pero su prioridad era Thea, cuyo suspiro de alivio al ver que el coche se alejaba fue tan profundo como el de Lizzie.

La fiesta en la antigua mansión ya estaba en marcha cuando

Lizzie y Thea llegaron. Ambas sonrieron al hombre que era el abuelo de Thea y que les dio una calurosa bienvenida.

Aquel era el hombre al que su padre había estafado, pensó Lizzie, incapaz de creerse que alguien tuviera tan buen corazón como para olvidar el pasado y recibirlas de aquella manera.

La casa, grande e impresionante, tampoco era como Lizzie se la esperaba. Lejos de ser un museo, era un hogar lleno de objetos, algo destartalado, con perros corriendo de un lado a otro y gatos ocupando las mejores sillas.

–¡Thea! –su abuelo le agarró las manos–. Me han hablado mucho de ti. Bienvenida a nuestra casa –dijo al tiempo que le estrechaba la mano formalmente–. Ahora es también la tuya.

Lizzie notó que el anciano observaba a la niña como si quisiera grabarse todos los detalles de su rostro, ansioso de conocer a su nieta. El temor de Lizzie de que Thea estuviera tensa desapareció de inmediato. Su hija estaba totalmente relajada y sonreía.

–Estoy muy contenta de estar aquí –dijo Thea muy educadamente, examinando a su abuelo con un interés similar al del anciano.

–Bienvenida a casa –dijo él dirigiéndose a Lizzie.

–Gracias.

Lizzie se había quedado de una pieza ante semejante recibimiento. El padre de Damon tenía muchos motivos para odiar a su familia. Se sintió arrepentida y triste a la vez al pensar en cuando vivía su madre y habitaban en una hogar lleno de amor y algo caótico como aquel.

–No sabía si darte la mano, jovencita –dijo el abuelo de Thea a su nieta–. Por si te hacía daño –prosiguió. Ambos se echaron a reír.

Lizzie, ya tranquila, los imitó.

–Tengo una mano resistente –dijo la niña.

–¿Y tu madre está hecha del mismo material resistente? –preguntó el abuelo volviéndose hacia Lizzie.

–¡Mi madre es la mejor y la más guapa del mundo!

–Thea –protestó Lizzie– no debemos acaparar al abuelo. Tiene otros invitados.

–Pero ninguno tan importante como vosotras. Tu hija habla con pasión. Eres muy afortunada. Por favor –señaló una puerta abierta que conducía al jardín– id a disfrutar del sol y la música. Hay un carrito de helados, Thea. Y están tus amigos de la orquesta.

–Es muy generoso de su parte. Gracias –dijo Lizzie.

–No, la generosa eres tú. No estabais obligadas a venir ni estabas obligada a dejar que Thea lo hiciera. Te lo agradezco desde el fondo

de mi alma.

–Gracias por habernos invitado –respondió Lizzie, que dejándose guiar por un impulso, besó al anciano en ambas mejillas.

–No desaparezcas, Lizzie –susurró él–. El pasado, pasado está. Recuérdalo y no te dejes dominar por él.

Lizzie se separó del anciano con lágrimas en los ojos.

–¿Qué se dice, Thea?

–¡Gracias! –gritó la niña, antes de que sus amigos se la llevaran.

–Id a divertiros –insistió el abuelo.

Cuando Lizzie salió del fresco vestíbulo al calor del sol, tenía mucho en que pensar.

–Por aquí, mamá. Debajo de los árboles.

Lizzie vio que Thea y sus amigos se habían sentado a la sombra de un jacarandá.

Una anciana se estaba presentando a los niños cuando Lizzie se acercó. ¿Sería la madre de Damon? Se esperaba a una mujer alta, elegante y posiblemente temible, en vez de aquella persona pequeña y divertida que inmediatamente caía bien.

Durante unos segundos, echó tanto de menos a su madre que tuvo que detenerse para calmarse.

–Bienvenida, Lizzie –dijo la madre de Damon sonriendo–. Estamos muy contentos de tenerte aquí.

Lo dijo con tanto afecto que a Lizzie se le volvieron a saltar las lágrimas.

–Cualquier cosa que necesitéis, no dudéis, por favor, en pedírnosla.

–Gracias.

Era mucho más de lo que Lizzie se esperaba. Y la sinceridad de los padres de Damon decía mucho sobre su hijo. No era de extrañar que se él hubiera esforzado tanto en intentar que tuvieran una jubilación libre de preocupaciones. Todos tenían que recuperar el tiempo perdido, pero, por primera vez, Lizzie pensó que sería posible.

–Estoy contento de que hayáis venido.

La voz de Damon le hizo cosquillas al sentirla a su espalda. Su madre se había acercado a los niños para dejarlos solos.

–¿Vamos? –preguntó él para alejarse de Thea, su abuela y sus amigos.

Su mirada excitó a Lizzie. Su sensualidad era abrumadora. Estaba hechizada por su carisma sexual, lo cual era un

inconveniente para pensar con claridad.

Damon se detuvo junto a la piscina, bajo un toldo, donde poder hablar discretamente.

–Tus padres nos han acogido de maravilla. Eres muy afortunado

–Ellos se esforzaron mucho para hacerme como soy. Y no se lo puse fácil.

–Este momento es estupendo…

A Lizzie se le secó la garganta al mirar a su alrededor. Se sintió amenazada por aquella forma de vida tan diferente y tan privilegiada. Ni siquiera su padre, en sus mejores momentos, había vivido en una propiedad remotamente comparable a aquella.

No le extrañaría que a Thea le tentase cambiar su habitación en Londres por la oportunidad de vivir en un lugar como aquel.

–Tenemos que ir con cuidado –dijo Damon como si le hubiera leído el pensamiento.

–Desde luego –apuntó ella volviéndose hacia él y siguiendo su mirada hasta donde Thea charlaba alegremente con sus abuelos, pues el padre de Damon se había unido al grupo de niños.

–¿Entramos? –preguntó él indicando la casa con la cabeza.

Ella no quería marcharse. Era como si temiera perder su puesto en el afecto de Thea, como si le preocupara que la expulsara para dejar sitio a su nueva familia y su nueva vida.

–¿Vamos? –insistió él.

¿Por qué no era ninguno de los dos sincero sobre sus sentimientos?, se preguntó ella. La tensión sexual entre ambos era tan intensa como siempre, y nunca habían tenido problema para expresarlo. Sin embargo, en lo que se refería a los sentimientos, a los dos se les daba igual de bien ocultarlos.

Ella decidió romper el hielo.

–Lamento que tus padres no hayan conocido a su nieta antes –reconoció mientras él abría la puerta de la casa.

–Ellos también –contestó Damon con franqueza–. Pero hay que aceptar lo que no se puede cambiar. Lo que importa es que ambos están exultantes por haber descubierto que tienen una nieta. Lo único que les preocupa es su felicidad. No te reprochan nada. Al contrario: te están agradecidos porque saben que has tenido una vida difícil y que yo no te he facilitado las cosas. Y, desde luego, no te compadecen. Si acaso, te admiran. Entra –añadió él al ver que ella vacilaba en el umbral.

Cruzaron el vestíbulo, lleno de botas y herramientas de jardinería y entraron en el salón. Todo lo que Lizzie contemplaba mostraba la pátina del tiempo. Las patas de la silla presentaban

mordeduras de los perros y las cortinas estaban deshilachadas por los gatos. Lizzie se dio cuenta de que Damon se había criado en un verdadero hogar, que era lo que ella siempre había deseado para Thea.

–Nunca antes te habían dado miedo los cambios, Lizzie.

–¿Eso es lo que te parece? –ella rio suavemente–. Me dan miedo, pero se me da muy bien ocultarlo.

–Y ahora que he vuelto a tu vida, sabes que se producirán más cambios.

Ella se estremeció sin querer. Parecía una amenaza.

–Una cosa son los cambios, y otra, tu estilo de vida multimillonario. Puede que Thea y yo tardemos en acostumbrarnos.

–Creo que os adaptaréis rápidamente.

–Tal vez no queramos hacerlo. Thea aún tiene que hacerse a la idea de que tiene padre y a mí no me gustaría perder mi independencia. Sé que tienes muchos medios, pero no puedes comprar a Thea. Ni a mí. Tampoco puedes obligarla a que te quiera; ni siquiera a que te acepte. Eso tardará y no hay garantía de que suceda. Lo siento. Tendrás que esperar.

–No es mi forma de hacer las cosas.

–Pues tendrás que replanteártela –apuntó ella con toda la suavidad que pudo–. Thea es una jovencita con ideas propias, como te habrás dado cuenta.

–¿Y tú, Lizzie?

–Yo también, aunque lo que más me preocupa es ella. Cualquier decisión que tome se basará en eso.

–No pretendo arrebatarte a Thea –se apresuró a decir él.

«Entonces, ¿para qué lo mencionas?», pensó Lizzie.

Capítulo 13

QUEDARON en volver a verse los tres y, después, Lizzie fue a buscar a Thea. Pasaron el resto de la tarde alegremente y sin incidentes. Lizzie estuvo durante la primera parte del concierto, pero, en la segunda, en la que Thea no tocaba, volvió al restaurante, donde aprovechó la oportunidad, ya que estaba cerrado, para hacer inventario y limpieza.

Le supuso un alivio trabajar y olvidarse de todo lo demás. A pesar de los maravillosos abuelos de Thea, de su calurosa bienvenida y de las evidentes intenciones de Damon de hacer lo mejor para su hija, seguía sintiéndose inquieta.

Tal vez se debiera a que Damon le había dicho que no pretendía arrebatarla a la niña. ¿Cómo se le había ocurrido semejante idea? Era difícil saber lo que les depararía el futuro, y eso era lo que más la preocupaba.

Trabajar la calmó. Siempre lo hacía. Era la roca a la que se aferraba. El trabajo le proporcionaba la tranquilidad de saber que siempre podría mantener a Thea y a sí misma.

–No es de extrañar que mi primo te quiera –comentó Iannis al volver de la fiesta y hallar la cocina como los chorros del oro–. Todo el mundo te quiere, Lizzie.

–Con tal de que me quieras tú –se burló ella. En ese momento oyeron que se acercaba un coche.

–Creo que voy a esfumarme –murmuró Iannis.

–No, por favor –dijo ella.

Pero él ya había desaparecido en la despensa.

Lizzie miró por la ventana para confirmar sus sospechas. Damon se estaba bajando de un elegante Aston Martin DB9. ¿Cómo evitar que cada poro de su cuerpo lo deseara? Tal vez nunca lo conseguiría. Pero ¿cómo se podía tener aquel aspecto tan fantástico a esa hora de la noche?

Se arregló el cabello a sabiendas de que su aspecto podía mejorar y que, aunque lo hiciera, no podría competir con el glamour de Damon. Estaba increíble, simplemente con unos vaqueros ajustados y una camisa azul con las mangas enrolladas.

–¿Qué haces aquí? –preguntó ella mientras él subía los escalones corriendo. La llegada de Damon le había cambiado el humor. Damon lo cambiaba todo.

–Hola. ¿Que qué hago aquí? He venido a llevarte a dar un paseo en coche a la luz de la luna.

–No, es muy tarde.

–No sé a qué clase de carrozas estas acostumbrada, Cenicienta, pero te aseguro que la mía no corre el peligro de transformarse en calabaza.

–Deja de llamarme Cenicienta, por favor.

–Tenemos que hablar.

–Estoy de acuerdo, pero ¿por qué ahora?

–¿Por qué no? No podemos seguir posponiéndolo. Ninguno de los dos desea que Thea se sienta confusa, y se sentirá así en el caso de que no aclaremos las cosas.

Thea era la palabra mágica y él sabía que funcionaría.

–Tengo que cambiarme.

–Muy bien. Te esperaré.

–Vuelvo enseguida.

Y solo porque atañía a Thea, pensó Lizzie mientras subía las escaleras a toda prisa para quitarse el uniforme de trabajo.

Damon detuvo el coche en lo alto de un acantilado que daba a la bahía, donde no había más sonido que el canto de las chicharras y el mar respirando rítmicamente al fondo del abismo. Lizzie se había duchado y se había puesto unos vaqueros y una camiseta. Pero seguía nerviosa.

–Debes tranquilizarte –dijo él.

–¿Cómo voy a hacerlo cuando todo lo que me importa está amenazado?

–No por mí.

Ella no dijo nada, pero su silencio fue elocuente.

–¿De qué quieres hablar? –preguntó ella al fin–. Porque debo consultar a un abogado antes de decidir nada.

–¿Tiene que ser todo tan formal entre nosotros?

Ella lo miró fijamente.

–Sí, creo que sí.

–¿Te molestaría saber que haberte pedido que salgas conmigo esta noche no tiene nada que ver con la custodia ni el derecho de visita?

Ella lo miró sin comprender.

–Necesitaba verte. No deseaba hablar. Esta noche, no.

–Me has hecho venir engañada –protestó Lizzie–. O hablamos o me llevas de vuelta al restaurante.

–Tienes que tener vida personal también.

–¿Es que ahora eres mi consejero? Para que lo sepas, la tengo –

añadió sin esperar a que él contestara.

–¿Ah, sí? ¿Te lo permites?

Ella se echó a reír.

–Llevo la vida que quiero.

Él no hizo comentario alguno al respecto y le dijo que quería conocer a Thea poco a poco y siempre con ella presente para ayudarlo a disipar cualquier tensión que se pudiera producir.

–Sé que llevará tiempo y que crees que soy impaciente, lo que es cierto, pero entiendo que esto es distinto.

–Por lo cual te estoy enormemente agradecida.

El sonrió ante sus mordaces palabras. Le recordó la antigua Lizzie. Apasionada y desafiante. Sabía que esa Lizzie seguía existiendo. Solo que ella había dedicado su vida a Thea a expensas de la suya propia.

–Quiero que las dos volváis a Grecia a pasar una temporada para que os hagáis a la idea de tener más opciones.

Damon no se atrevió a ir más lejos mientras Lizzie siguiera tan tensa y considerara todo una amenaza.

–De acuerdo –dijo ella sosteniéndole la mirada.

Una tensión distinta había ido creciendo entre ellos mientras hablaban. Estar dentro del coche tenía algo que ver. Era una tensión a la que había que dar salida sin demora.

–¿Qué pasa? –preguntó él al notar que algo la seguía preocupando.

–Tu vida apenas cambiará, pero la nuestra lo hará de manera radical.

–¿Crees que mi vida no cambiará? Por supuesto que lo hará. ¿Cómo podría volver a ser la misma? Y la vuestra será mejor y más fácil.

–¡No aceptaré tu dinero! –exclamó ella–. Parece que crees que el dinero es la respuesta a todo, pero no es así ni por asomo.

–Tengo una hija en quien pensar –afirmó él de forma tajante–. ¿Dónde vas? –le preguntó al ver que intentaba abrir la puerta del coche.

–¡No me toques! –lo previno ella al ver que se inclinaba para detenerla–. Tengo que salir y tener espacio para pensar.

–¿Al borde de un acantilado?

Tenía que bajarse del coche porque no podía pensar con claridad con Damon tan cerca y su cuerpo deseándolo. Se produciría un desastre si se quedaba. ¿Cómo iba a confiar en él?

Una parte de ella deseaba volver al mundo que había construido para Thea en tanto que otra sabía que no sería justo para su hija ni sano para ella misma. Lo más importante era que se calmara. No era cobarde. Siempre se había enfrentado a todo.

Se volvió hacia Damon. Seguían tocándose. Él la había agarrado de las manos para impedir que se bajara y su cuerpo presionaba el de ella. Intentar separarse de él a la fuerza no era buena idea. Se necesitaba muy poco para que prendiera la chispa que había entre ambos, y lo que se jugaban era mucho. Si a eso se añadía la pasión que Lizzie llevaba once años reprimiendo, el desastre estaría servido.

–¿Lo has hecho alguna vez en un coche? –preguntó él sonriendo levemente.

–No, y no tengo intención de hacerlo –le aseguró ella echándose hacia atrás.

–¿En serio? –murmuró él sin parecer en absoluto desanimado–. Creo que, a veces, liberar la tensión ayuda a pensar con claridad.

–Seguro –contestó ella enfadada al tiempo que se estiraba la ropa.

De repente, Damon, tiró de una palanca y el asiento de Lizzie se puso horizontal. Ella lanzó un grito.

–Pues es posible –afirmó él como si no supiera el resultado de tirar de esa palanca.

–Si tú lo dices, me lo creo –observó ella intentando enderezarse.

–Puedes hacer algo más que creértelo.

Damon comenzó a besarla en el cuello.

–Esto es injusto –afirmó ella.

–Supongo que sí –asintió él mientras hacia magia con las manos.

Cuando la boca de Damon tomó la de ella y la exploró con la lengua, el deseo se extendió por el cuerpo de Lizzie como una llamarada. Él se situó de rodillas en el espacio que había para los pies, le separó las piernas y continuó provocándola.

–Creo que te gusta –afirmó sin dejar de acariciarla.

–¿Que estés de rodillas frente a mí? ¿Por qué no iba a gustarme? –consiguió decir ella.

Él rio y ella cerró los ojos para sentir y oír únicamente el placer y sus sonidos.

Él le quitó rápidamente los vaqueros y la ropa interior, le levantó las piernas y se las puso sobre los hombros. Ella solo tuvo tiempo de agarrarle del cabello antes de que la penetrara profundamente.

La sensación fue increíble. Había poco espacio para maniobrar y

Damon lo ocupaba por completo, pero seguía siendo igual de eficiente aunque estuvieran dentro de un coche.

–¡Cómo te he echado de menos! –gimió él.

–No ha pasado tanto tiempo.

–Demasiado.

Ella no iba a discutir mientras él seguía moviéndose de aquel modo que la encantaba. Damon era un maestro del placer y conocía el cuerpo de ella a la perfección. La llevó al borde del éxtasis en cuestión de segundos y la mantuvo allí hasta que le pidió que no se contuviera.

Ella no necesitó que la animara y se dejó llevar instantánea y ruidosamente. Se deleitó en cada oleada de placer. Cuando los dos se calmaron, y gracias a la luna que hacía las veces de un foco, vieron que el coche se había movido hacia delante.

–Me alegro de que no aparcaras más al borde –comentó Lizzie con alivio.

Damon rio y ella lo imitó mientras seguían abrazados.

–¿Quiere eso decir que te fías de mí? –preguntó él.

La confianza era un tema importante para ella, por lo que no le contestó inmediatamente.

–Sí –dijo por fin.

Damon la estrechó con fuerza y la besó.

–No pierdas nunca esa confianza.

–No lo haré –prometió ella apretándose contra su pecho.

–Sé que, a partir de ahora, avanzaremos.

–Espero que no sea por encima del acantilado.

Él sonrió y ella lo imitó.

–Lo digo en serio. ¿No estarás sugiriendo que no juego limpio?

–¿Lo haces? –preguntó ella alzando la cabeza para mirarlo.

–Juego para ganar.

Capítulo 14

A LA MAÑANA siguiente, Lizzie se montó en el todoterreno de Damon, aparcado frente al restaurante para ir a recoger a Thea a la escuela, como los padres normales recogían a sus hijos.

Habían decidido volver a la casa de la playa para intentar que las cosas fueran mejor que la vez anterior. Thea tendría un hogar en Grecia y otro en Inglaterra, le había dicho Damon a Lizzie la noche anterior al dejarla en el restaurante, y un estudio musical para ella sola. Eso le había parecido muy bien a Lizzie. Aunque fuera a perderlo todo, incluso su corazón, por Damon, no podía rechazar semejante oportunidad para Thea.

–¿Has dormido bien? –preguntó él en tono seco al tomar la calle principal.

–Sí, ¿y tú? –preguntó ella con inocencia, aunque no había pegado ojo.

La noche anterior le había dicho a Damon que la dejara en el restaurante, pero él deseaba llevarla a la casa de la playa, donde podrían hace el amor cómodamente. Ella se había negado a esa clase de compromiso. Despertarse al lado de Damon deseando lo que no podía tener no ayudaría a nadie, y necesitaba tener la mente despejada para decidir qué debía hacer para que los cambios de su nueva vida no fueran bruscos para Thea.

Esta los esperaba a la puerta de la escuela y todo parecía ir bien. Thea estaba encantada de volver a la playa y Damon también.

–Tengo un regalo para ti –dijo Damon a su hija al entrar en la casa.

–¿Para mí? –preguntó la niña, emocionada.

Seguía siendo una niña, pensó Lizzie. A Thea le encantaban los regalos y ella apenas podía hacérselos.

Damon las condujo a la habitación en la que Lizzie había imaginado, en su mundo de fantasía, que estaría el estudio de Thea. En un rincón estaba el gran piano y, sobre el asiento, una funda de violín.

–El violín es para ti, Thea. Considéralo un regalo de Navidad adelantado.

–Estamos en junio –dijo Thea con voz apenas audible.

El corto comentario fue todo lo que necesitó Lizzie para darse cuenta de que su hija no estaba bien. Conocía sus estados de ánimo.

Thea le demostró que estaba en lo cierto por la falta de vitalidad con que cruzó la habitación. Rozó la funda del violín con la punta

de los dedos.

–¿No vas a abrirla? –le preguntó Lizzie al tiempo que miraba ansiosamente a Damon, que también estaba tenso.

La niña no dijo nada. Abrió los cierres y la tapa y retrocedió.

–¿Pasa algo? –preguntó Damon.

Thea había palidecido al volverse hacia ellos y, en vez de decir lo que hubieran esperado, se limitó a preguntar:

–¿Va a cambiar todo ahora?

–No, claro que no –dijo Lizzie corriendo hacia ella y abrazándola.

–¿A qué te refieres? –preguntó Damon.

Lizzie y él se miraron por encima de la cabeza de Thea.

Esta se soltó de los brazos de su madre y se lo explicó.

–Sé que ese instrumento es muy valioso y que debiera estarte agradecida. Es un hermoso detalle y te lo agradezco. Pero es demasiado bueno para mí, sobre todo porque no sé si seguiré tocando el violín cuando crezca.

Sus palabras cayeron como un mazo sobre Lizzie. Le pareció increíble no haberse dado cuenta antes de las dudas de su hija, y se sintió culpable inmediatamente. ¿Había llevado a su hija por un camino equivocado? No estaba segura de nada.

Ni siquiera Damon supo qué decir. Sin embargo, Thea no había terminado.

–Mi madre tuvo que trabajar mucho para comprarme mi primer violín –explicó pacientemente a Damon, con toda la seriedad de una niña de diez años–. Trabajó muchas horas y fue pagándolo a plazos hasta que me lo pude llevar a casa. Lo habíamos visto en una tienda de empeños. Mi madre le rogó al dueño que no se lo vendiera a nadie. Y hay algo más. ¿Puedo contárselo? –preguntó a Lizzie.

–No –respondió ella lanzándole una mirada de advertencia.

–¿El qué? –preguntó él.

–Nada – contestó Lizzie a toda prisa.

–¿Ahora hablas por tu hija?

Durante unos segundos, Thea lo miró como si quisiera matarlo y, a pesar de lo contenta que estaba Lizzie de que su hija hubiese salido en su defensa, sabía que ese no era el modo de acercarlos.

–Thea, por favor… –la previno, pero la niña no se detuvo.

–Mi madre tuvo que vender algunas cosas en la tienda de empeños, cosas especiales a las que estaba muy apegada, para poder pagarme todos los extras que necesitaba en la escuela y el violín. ¿Por qué iba yo a querer otro instrumento cuando el que tengo se compró con tanto amor?

Se produjo un largo silencio.

–Tal vez cuando seas mayor –sugirió Lizzie para romperlo.

–No. Si sigo tocando el violín, ningún otro significará tanto para mí. La única razón por la que toco tan bien es porque tú me lo compraste. Puede que, de mayor, no desee ser músico profesional, sino piloto, ingeniera o actriz.

–Serás lo que quieras ser –afirmó Lizzie.

El rostro de Damon no revelaba expresión alguna, y a Lizzie casi le dio pena. No todo se podía comprar con dinero. Un vacío de once años no era fácil de llenar. Era algo que ambos debían aceptar.

–Tienes razón, Thea –dijo él–. Tendría que haberte preguntado lo que querías antes de haberte comprado el violín.

–No, está bien. Es precioso –observó la niña, deseosa de reparar el daño.

No era una niña cruel, sino sensible, como demostraba cuando tocaba. Sabía cuándo había herido a otra persona. Lizzie se sintió orgullosa de ella.

–¿Puedes devolverlo y recuperar el dinero? –preguntó la niña.

–Desde luego.

–No te molesta que tal vez no desee ser violinista profesional, ¿verdad? –preguntó Thea a su madre.

–Es tu vida. Tienes que seguir tu camino.

–Sabía que lo entenderías –contestó Thea sonriendo–. Y te prometo que recuperarás la alianza matrimonial de tu madre. Yo te lo devolveré. ¡Ay! No tenía que haberlo dicho.

Lizzie la tranquilizó con una sonrisa. Temía que su hija acabara como ella: sintiéndose culpable a todas horas. ¿Qué más daba que hubiera revelado su secreto? Era la verdad. Nunca había tenido dinero suficiente para recuperar el anillo de su madre.

Quería que Damon supiera que apreciaba su gesto y que entendía que intentaba compensar los años perdidos juntando los regalos de todos ellos en uno solo que fuera fabuloso. Pero, como no conocía a Thea, su gesto había fracasado.

Una semana después, Damon miraba despegar el avión en que Lizzie y Thea volvían a Londres. Los días anteriores se había esforzado para enmendar su error del violín, y la recompensa había sido ver que Thea volvía a relacionarse con él como cuando no sabía que eran padre e hija.

Entendía la defensa incondicional que Thea hacía de Lizzie y la admiraba por ello. Como Lizzie le había dicho, Thea necesitaba

tiempo para asegurarse de que las cosas irían a mejor, no a peor. Y Damon estaba dispuesto a esperar lo que fuera necesario. Por primera vez en su vida, no podía permitirse ser impaciente. Thea le importaba demasiado.

Al dirigirse al coche se dio cuenta de lo solo que se sentía entonces, cuando ya se habían ido. ¿Se había sentido siempre así? No, nunca había echado a nadie de menos hasta ese día.

Se quedó junto al vehículo mirando el cielo hasta que el avión que se llevaba a Thea y Lizzie se convirtió en un punto y desapareció. Se montó en el coche y arrancó.

¿Volvería Lizzie a Grecia?

Siguió escrutando el cielo en la dirección que había tomado el avión, por lo que estuvo a punto de meterse en la cuneta, lo que evitó enderezando el volante.

Tal vez hubiera llegado también el momento de enderezar su vida y su forma de pensar.

Thea estuvo leyendo durante todo el vuelo, por lo que Lizzie tuvo mucho tiempo para pensar. Los últimos días, todo había sido casi perfecto en la isla. Si había un problema, era ella, por su exceso de precaución. Ella no era así, pero tenía que asegurarse de todo en beneficio de Thea.

¿Tenía razón Damon al decirle que ella debiera tener vida personal? ¿Se merecía su hija una madre que no viera más allá de sus narices? ¿Estaba asfixiando a la niña? ¿Por eso había dicho Thea que tal vez no se convertiría en violinista profesional?

Por otra parte, Damon parecía haber entendido la situación. Su familia estaba encantada con la niña y, cuanto más los conocía Lizzie, más se convencía de que sería bueno para Thea relacionarse con sus abuelos.

Además, estaba el problema de Lizzie y Damon y de hacia dónde iban, si es que iban a algún sitio.

Cuando el avión inició el aterrizaje, el cielo estaba cubierto. Se produjeron turbulencias, y Lizzie ahogó un grito y se agarró con fuerza al reposabrazos.

–¿Qué pasa? –preguntó Thea.

–Nada. Todo va muy bien.

Entonces, ¿por qué le costaba tanto convencerse de que era así? ¿No podría hacer lo que Damon le había pedido una vez: confiar en él?

Esas dudas se negaban a abandonarla. Suspiró aliviada cuando el

avión atravesó las nubes y aterrizó sin problemas.

Lizzie dio un beso de despedida a Thea en la puerta del internado donde la niña vivía durante el curso escolar. Volver a casa en autobús nunca le resultaba fácil a Lizzie después de dejarla. Se ponía triste. Y ahora se sentía muy desanimada porque sabía que no era totalmente seguro que su hija se fuera a dedicar a la música en el futuro.

Lizzie tendría que tomar decisiones importantes muy pronto. Si Thea decidía que no quería seguir interna, ella se pondría muy contenta, ya que la vería todos los días. Las complicaciones que eso le supondría las iría solucionando. Debería tener un horario flexible, pensó mientras abría la puerta de su casa. Y esperar que, trabajando a tiempo parcial, ganara lo suficiente. Siempre había hallado soluciones a los problemas, por lo que no había motivo alguno para creer que no pudiera volver a hacerlo.

La casa donde tenía su habitación estaba vacía. Los dueños habían salido.

Lizzie recogió el correo y llevó la maleta a la habitación. Lo primero que haría sería tomarse un café.

Echó un vistazo al correo. Buena parte iría a la basura, pero había un sobre con el nombre de un bufete de abogados. Al verlo, se asustó.

El café tendría que esperar. La última vez que había visto ese nombre había sido once años antes, en el juicio contra su padre.

Ni siquiera se quitó la chaqueta. Abrió el sobre y sacó la carta.

Por primera vez se alegró de que la habitación fuera tan pequeña y la cama estuviera justo detrás. Se dejó caer en ella temblando.

¿Era eso a lo que Damon se refería cuando hablaba de confianza? La confianza era algo tan efímero como el humo, un estado de ánimo propio de idiotas y de románticos. Y ella había demostrado que era ambas cosas, concluyó después de leer la carta dos veces.

El abogado de Damon Gavros le pedía, no, le exigía que se llevara a cabo una prueba de ADN para establecer si había un vínculo genético entre Damon y Thea, en el hospital de su elección, lo antes posible.

Como comprenderá, mi cliente es un hombre muy rico y debe tomar razonables precauciones. Una prueba de paternidad legal dejará

solucionados asuntos como la manutención de la niña, su custodia, el régimen de visitas y la herencia, así como los requisitos de inmigración.

Este bufete se encargará de supervisar que las muestras se tomen siguiendo todos los requisitos legales…

Seguía más jerga legal, pero Lizzie ya había leído lo suficiente. No la había trastornado tanto la petición de los representantes legales de Damon como el hecho de haber estado con él unas horas antes sin que le hubiera mencionado la carta.

No se le había ocurrido que Damon dudara que fuera el padre de Thea. Lizzie era virgen cuando se conocieron y él lo sabía. No había vuelto a acostarse con nadie, y él también lo sabía. No había la más mínima duda de que Thea era su hija. Y, sin embargo, ¿necesitaba pruebas?

Lizzie ardía de indignación. Lo principal era proteger a Thea al coste que fuera. Debía estar tranquila. No consentiría que se realizara la prueba. Al menos, era algo que podía hacer.

No permitiría que su hija pensara que le pasaba algo. Y en cuanto a lo que decía el abogado decía sobre que su acaudalado cliente debía tomar «razonables precauciones», que Damon lo hubiera hecho cuando hicieron el amor.

Sin embargo, Lizzie había estado totalmente dispuesta y él había empleado protección. Pero esa noche lo hicieron muchas veces, por lo que cabía la posibilidad de que él no hubiera sido todo lo meticuloso que la situación requería. Ella también era responsable, desde luego. Pero dependía de ella que su hija no sufriera.

Pero lo que más la enfurecía era la forma en que Damon había hecho aquello. ¿Tan difícil hubiera sido decirle a la cara que quería realizar una prueba de ADN?

La oferta que le había hecho ella de darle tiempo para que fuera integrándose en la vida de Thea le pareció una broma de mal gusto. Pensó que a Damon solo le interesaba proteger su cuenta bancaria. ¿Y cómo se sentiría Thea, que había iniciado una relación tentativa con su padre, cuando le dijera que él necesitaba una prueba de que realmente lo era?

Si el amor incipiente era un nuevo brote, Damon lo acababa de pisotear. Thea se sentiría desconsolada si se enteraba. Lizzie no había olvidado el sentimiento de abandono que padeció de niña, y estaba resuelta a que Thea no pasara por nada similar.

Todo se reducía a una sencilla pregunta: ¿era Damon Gavros digno de ser el padre de Thea?

Por lo visto, no. Damon tenía que elegir entre crear una relación

con Thea o no hacerlo. Y ninguna prueba podía cambiarlo.

Las veinticuatro horas previas a la adquisición de un billete para ir a Londres habían dejado a Damon en un estado de impaciencia y frustración. Al llegar a la ciudad se dirigió inmediatamente al restaurante griego. Stavros estaba en la cocina. No había señal alguna de Lizzie, y Stavros lo recibió con inusitada frialdad.

–Está en su casa –le dijo con hostilidad–. Recuperándose –añadió de manera significativa.

–¿Está enferma? –preguntó Damon alarmado.

–Le duele el corazón –contestó Stavros indicándole la salida con la mirada.

–Entiendo, me marcho. ¿Cuál es la dirección?

–Si Lizzie hubiera querido que supieras dónde vive, te la habría dado.

–Necesito saberla –insistió Damon–. Y el número de su móvil, por si no está en casa.

–¿No te los puede dar tu abogado?

–¿Mi abogado? –Damon frunció el ceño–. ¿Qué tiene que ver mi abogado en todo esto?

La forma de encogerse de hombros de Stavros le produjo escalofríos. El director de su equipo de abogados era de los que disparaba sin preguntar. Damon recordó la advertencia que este le había hecho y se alarmó.

–Dame la dirección y el número ahora mismo –le exigió en un tono que ni el leal Stavros pudo pasar por alto–. Por favor –añadió suavizándolo, mientras su amigo lo miraba de forma agresiva.

Ver a Lizzie era lo suficientemente importante como para olvidarse de su orgullo. Se había dado cuenta de lo que había perdido al marcharse ella de la isla. Habían comenzado a construir algo que podía destruirse fácilmente en esos primeros estadíos. Tenía que impedirlo sin demora. Ya había habido la suficiente por ambas partes.

–Si Lizzie y Thea te importan, ayúdame, por favor –rogó. Cuando Stavros parpadeó sorprendido ante su evidente pesar, añadió–: Tengo que verla.

De mala gana, Stavros garabateó algo en un papel y se lo entregó. Damon pensó que no debiera haber tenido que pedir la dirección de Lizzie, sino que tenía que haberla sabido. Si de verdad le preocupaban Lizzie y Thea, debía conocer todos los detalles relativos a ellas.

Dio las gracias a Stavros y se metió el papel en el bolsillo.

Salió a toda prisa del restaurante y se montó en el coche. Introdujo la dirección de Lizzie en el GPS y se fue a toda velocidad. El director de su equipo legal siempre había actuado en beneficio de Damon, por lo que este le dejaba que tomara la iniciativa, en vez de aguardar a recibir instrucciones. Pero había ciertas cosas que su abogado no debiera controlar, y aquella era una de ellas. Si no solucionaba las cosas inmediatamente, Damon sería alguien que se habría dado cuenta demasiado tarde lo mucho que podía perder.

Aceleró hacia las afueras de la ciudad. Era hijo único y sus padres lo adoraban, por lo que había llegado al mundo envuelto en una nube de privilegios. Y esa sensación de tener derecho a todo había proseguido en su vida adulta. Veía algo y se apoderaba de ello; una conquista más que engrandecía su imperio.

Siempre había contemplado con claridad el camino que tenía por delante hasta que Lizzie entró en su vida y cambió las reglas. Lizzie lo había cambiado todo. Ni siquiera estaba seguro de que fuera a recibirlo.

Solo había una cosa cierta en su futuro inmediato: se lo iba a tener que ganar peleando.

Capítulo 15

DAMON? ¿Cómo era posible que Damon hubiera aparcado frente a su puerta?

Lizzie contuvo la respiración durante unos segundos. ¡La había seguido a Londres! Ni siquiera había tenido tiempo de ordenar sus pensamientos después de haber recibido la carta de su abogado el día anterior. Se había limitado a llamar a un abogado y a concertar una cita.

Se quedó inmóvil tras los postigos de la ventana mientras examinaba el elegante coche negro. Llevaba cristales tintados, por lo que no veía al conductor, pero sabía quién era. Solo había un hombre que cambiaba de coche como de camisa, siempre por un modelo más reciente y más elegante.

Mejor era hablar de aquello de una vez con él, concluyó mientras miraba la carta que seguía en la mesa, al lado del teléfono, donde la había dejado. Stavros le había dado unos días de permiso para salir de aquella pesadilla. Le había sacado la verdad al oír la tensión en su voz.

También él se había puesto furioso. No se lo esperaba de Damon y comentó que todo abogado que este mandara tendría que vérselas antes con él.

De la noche a la mañana, Stavros pasó de desempeñar el papel de casamentera a erigirse en defensor de Lizzie. Quiso mandarle a su esposa inmediatamente para que la consolara, pero Lizzie le convenció de que se las arreglaría sola.

Respiró hondo antes de abrir la puerta. No era el primer obstáculo que le salía al paso, aunque sí uno de los más complicados.

–Sé que estás ahí, Lizzie –dijo Damon–. Abre la puerta, por favor.

Ella la abrió de par en par. No quería, de ninguna manera, que pensara que se escondía de él.

Los buenos propósitos eran una cosa, y otra muy distinta volver a ver a Damon. Iba preparado para los caprichos del tiempo londinense, pues llevaba una gruesa chaqueta y botas como las de un trabajador. Damon resultaría atractivo con el hábito de un monje mientras que ella estaba exhausta, dolida y, sobre todo, furiosa.

Su cuerpo debiera retraerse en su presencia después de lo que le había hecho, pero nada había cambiado en ese aspecto. El corazón y la respiración se le aceleraron al verlo.

–¿Qué quieres? –preguntó en tono cortante.

–¡Menos mal que estás en casa, Lizzie! Déjame pasar. Tenemos que hablar.

–¿Todavía más?

–Tenemos que hablar de nuestra hija.

Damon era el vivo retrato del poder y el dominio en tanto que ella no estaba preparada para nada, además de ir vestida con una vieja camiseta, los pantalones del pijama y unas zapatillas de estar por casa. No iba maquillada y se había recogido el pelo en una cola de caballo.

–¿Nuestra hija? ¿Estás seguro?

Damon frunció el ceño.

–Claro que lo estoy. ¿Puedo pasar ya?

Ella se apartó para que entrara. Había olvidado lo alto que era. La casa entera cabría en el vestíbulo de su casa de la playa. Vaciló antes de abrir la puerta de su habitación al pensar que no cabrían los dos en ella.

No perdió el tiempo en cortesías, sobre todo porque Damon no miró a su alrededor con interés, como Lizzie había esperado, sino que únicamente se fijó en su rostro. Ella se acercó a la mesa, agarró la carta y la agitó frente a él.

–¿La has autorizado tú?

La expresión de Damon se oscureció al reconocer el nombre del bufete.

–Por supuesto que no. ¿Qué es?

–¿No lo sabes?

–No. ¿Cuándo la has recibido?

–Me estaba esperando cuando llegué ayer.

–¿Me permites?

Por primera vez desde que lo conocía, Lizzie notó que estaba desconcertado. Lo percibió en su voz y en las profundas arrugas de su entrecejo.

Le entregó la carta, que él leyó rápidamente.

–Lizzie, no he pedido que te mandaran esto.

–¿Así que ese bufete no defiende tus intereses?

–Sabes que sí. Debes de haber sufrido un shock al reconocer su nombre por el juicio de tu padre. Seguro que no lo habrás olvidado.

–¿Es que me vas a compadecer? ¿Tú? –Lizzie se echó a reír.

¿Podía creerle?, se preguntó. Era lo que deseaba, pero, a veces, le parecía que se había pasado la vida entera luchando contra la decepción de que la gente la hubiera fallado.

–Me entraron ganas de vomitar cuando leí la carta.

–Esta carta, esta petición de una prueba de ADN –dijo él, con lo que ella estaba convencida que era repugnancia– nada tiene que ver conmigo. Créeme, Lizzie. Es una cuestión de confianza. Debes creerme.

–No debo hacer nada.

–En la isla me dijiste que confiabas en mí. ¿Confías ahora?

Ella lo deseaba con todas sus fuerzas, pero el pasado se interponía en su camino.

–No sé qué creer –reconoció.

No la ayudaba el hecho de que la presencia de Damon llevara consigo el calor de las tardes griegas, lo cual confería un aura de irrealidad a lo que estaba sucediendo en su pequeña casa. ¿Podía fiarse de él?

Se dio cuenta de que no lo sabía.

Le pareció que los abogados de Damon, su dinero y su opulenta forma de vida, que le era totalmente ajena, la asfixiaban. Le resultaba imposible emitir un juicio en esas condiciones.

–No he sido yo quien la ha mandado –repitió él mirándola a los ojos–. No pedí que se escribiera ni que se te enviara. Me basta tu palabra, Lizzie.

¿Le bastaba su palabra? La confianza era el bien más preciado en la vida de Lizzie. Entonces, ¿por qué seguía sin dar el paso?

Porque también tenía que decidir por Thea. No se trataba de sí misma. Y no sabía si llegaría a tener la suficiente confianza en Damon como para invitarlo a unirse al club exclusivo de ellas dos.

–¿Vas a quedarte mucho?

–Parece que no –contestó él con sequedad al tiempo que dejaba la carta sobre la mesa.

–En Londres, quiero decir.

–Depende.

Ella no le daría la satisfacción de preguntarle de qué dependía. No estaba dispuesta a ablandarse. Estaban en su casa, en su santuario, y la carta de su abogado había supuesto una invasión de su intimidad.

–¿Cómo ha podido ocurrir esto?

Él se encogió de hombros.

–Mi equipo legal se pasa de entusiasta.

–Eso no es una explicación.

No lo era cuando el pasado le había caído encima como una negra y fea capa que le borraba los hechos que tenía ante sí para sustituirlos por los horrores de otro tiempo.

–¿Qué importa si autorizaste la carta o no? Tus abogados

trabajan para ti, en tu nombre, como lo hicieron para destruir a mi padre. ¿Voy a tener que esperar a que lleguen más cartas como esta? ¿Voy a tener que someter a Thea al riesgo de que llegue a descubrirlo? Si la quieres, como dices, te sugiero que agarres la carta y se la metas a tus abogados por donde les quepa.

Pero no esperó a que lo hiciera, sino que la hizo pedacitos que lanzó como si fueran confeti.

Él tuvo la tentación de aplaudir, pero pensó que no le sentaría bien. Lizzie se comportaba de forma magnífica siempre que defendía a su hija. Si pudiera elegir entre todas las mujeres del mundo, Damon no encontraría una mejor que ella, por lo que se preguntó por qué había tardado tanto en darse cuenta de su valía. Supuso que se debía a su ineptitud a la hora de analizar los sentimientos y las relaciones humanas.

–No tienes que decirme lo que debo hacer aquí: este es mi territorio –añadió ella.

Damon tuvo la satisfacción de oír crujir los trocitos de papel bajo sus pies al aproximarse a ella.

–Tienes toda la razón.

Se produjo un silencio, que ella rompió.

–¿Ah, sí?

–Sí. Esa carta no debiera haberse mandado y, en último término, soy responsable de que se haya hecho. Mis abogados creían que me estaban protegiendo. No necesito protección, pero tú sí. Y Thea también. Y yo debiera estar en primera línea para protegeros.

Los ojos de Lizzie manifestaron su incertidumbre al ver la vulnerabilidad de Damon, su miedo a perderlo todo.

–No consentiré que Thea sufra por mi ingenuidad –dijo ella, aún tensa y preocupada–. Así que, si hay una copia de la carta en una cámara acorazada o en un ordenador, quiero que se destruya.

–Lo será –prometió él–. Thea no sabrá nada de esto a no ser que se lo cuentes

–Es evidente que no lo haré.

–No tienes la culpa de nada de esto, Lizzie. Nunca la has tenido.

–Entonces, ¿no crees que soy una mentirosa como mi padre?

–Claro que no. ¿Estaría aquí si lo creyera?

Ella necesitaba oírle decir aquello, pero aún debía deshacerse de los recuerdos. Los rostros de las víctimas de su padre siempre la acompañaban y le recordaban que ella también debiera ser castigada. Había celebrado su último cumpleaños antes del juicio en su casa, como la hija privilegiada de un hombre supuestamente rico. Le había encantado el vestido que le habían regalado y todo lo

demás de aquella noche, sin ser consciente de que había comido, bebido y bailado a expensas de mucha víctimas de su padre.

Si pudiera retroceder en el tiempo para arreglar las cosas y detener a su padre… Si lo hubiera sabido…

–Lizzie, tienes que dejar de hacer eso –dijo Damon en voz baja–. Entiendo por lo que estás pasando, pero no puedes cambiar el pasado ni seguir sintiéndote culpable de lo que hizo tu padre.

Para él era fácil decirlo, pero a ella la consumía la culpa.

–Y supongo que tampoco debiera sentirme responsable de la muerte de mi padre. Pero lo sigo haciendo.

–¿De qué hablas?

–Me ofrecieron ayuda psicológica antes de ir a verlo a la cárcel. Al cabo de cinco minutos me di cuenta de que la persona en cuestión no tenía ni idea. Aparte de ofrecerme pañuelos de papel y una sarta de tópicos, y de decirme que me haría bien hablar, no tenía nada que ofrecerme. Yo estaba tratando de solucionar cosas básicas, como encontrar un techo y un trabajo, por lo que no tenía tiempo para perderlo exteriorizando mis sentimientos. Lo único que deseaba era salir de la consulta para solucionar mis problemas.

–¿Y lo hiciste?

–Sí. El día del juicio me había cambiado. La muerte de mi padre lo hizo aún más. Me hizo despertar y supuso un momento crucial en mi vida. Me indicó que había llegado el momento de madurar.

–Tuviste que acostumbrarte a muchas cosas nuevas.

–¿Te parece? –ella esbozó una sonrisa levemente irónica–. Tuve que acostumbrarme a que el mundo en el que creía había resultado ser una fantasía. Tener a mi único familiar en la cárcel y haber perdido a mis amigos no me ayudó.

–No veo que eso te haga responsable de la muerte de tu padre.

–Estaba furiosa con él y carecía de hogar. Cuando conseguí reunir dinero suficiente para visitarlo en prisión fui a verlo y me dijeron que había muerto. Se había colgado.

Volvieron a invadirla los sentimientos que experimentó ese día, aunque no con tanta fuerza, pues el tiempo no había pasado en vano. Pero la sensación de abandono continuaba en su interior. El dolor por no tener la oportunidad de arreglar las cosas con su padre, el shock de su muerte y la certeza de que el tiempo pasado era irrecuperable la habían cambiado por completo.

–¡Por Dios, Lizzie! ¿Te enteraste así?

–Así. No salió en la prensa. La publicidad no era buena en la cárcel, según dijeron. Ya lo he superado, desde luego. Pero, después de su muerte, todo el mundo pasó de desaprobar mi conducta a

compadecerme, lo que era casi peor. Mucha gente me dio la espalda, y no los culpo. Parecía que mi padre y yo estuviéramos infectados por la misma enfermedad. Ojalá hubiera podido hacer algo por él. De ahí, el sentimiento de culpa.

–Eras muy joven.

–Pero no tanto como para no poder tener un hijo.

–Tu padre prefirió a tu madrastra en vez de a ti. Quiso que acudieras al juicio porque creyó que podrías resultarle útil. Eso no es amor, Lizzie, sino aprovecharse de la bondad de otro. De ti, en este caso.

Ella se sintió vulnerable, tras haber desnudado su alma, por lo que se puso a la defensiva.

–Gracias por tu apoyo, Damon. ¿Me lo darás también cuando me pelee contigo por Thea?

–Espero que no lleguemos a eso, pero no puedes evitar que la vea.

–Pareces muy seguro.

–Lo estoy porque…

–¿Tienes otro equipo de abogados?

–No. Estoy seguro de que no será necesario porque Thea me ha pedido que la vea.

–¿Cómo? –Lizzie palideció–. ¿Qué has dicho?

–Thea me ha pedido que nos veamos de vez en cuando. Y nos hemos puesto de acuerdo.

–¿Sin consultarme?

–Sí. Thea y yo lo hemos hablado. Nos veremos de vez en cuando, al menos al principio. Después, según vayan las cosas, nos iremos viendo más.

–No me lo puedo creer. ¿Has hablado con Thea sin decírmelo?

–Me llamó por teléfono. No iba a negarme hablar con mi propia hija.

–¿Que Thea te llamó? –Lizzie sintió que el suelo se abría bajo sus pies y que todas las certezas que poseía desaparecían–. Me dijiste que podía confiar en ti…

–Y puedes hacerlo.

–Así que hablas con mi hija a mis espaldas…

–Con nuestra hija –la interrumpió él–. Le había dado mi número por si acaso lo necesitaba.

–¿Para qué iba a necesitarlo?

–Soy su padre. ¿A quién iba a llamar, si no?

–¡A mí! Me llamaría a mí –contestó Lizzie con furia–. ¿Cómo has podido hacerme esto? No volveré a fiarme de ti mientras viva. ¡Vete

ahora mismo! ¡Fuera!

Damon había rechazado la carta y aceptado que Thea era su hija para, inmediatamente después, reconocer que hablaba con ella a sus espaldas.

Afirmar que se sentía terriblemente amenazada sería quedarse corto. Se hallaba mirando desde fuera el desarrollo de una relación entre Damon y Thea en la que ella no intervenía. ¿Había decidido ya su hija dónde y con quién quería vivir?

Se dijo que estaba siendo ridícula. Thea era inteligente y se querían. Un amor como el suyo no podía verse amenazado ni ser arrebatado por nadie.

Y cuando Damon se hubo marchado sin mirar atrás, y ella se quedó sin saber si volvería a verlo en su vida, se dijo que tal vez fuera lo mejor.

Capítulo 16

EL LA LLAMÓ desde el coche. Llevaba una hora sentado al volante en la esquina de la casa de Lizzie.

Sonrió débilmente mientras esperaba que ella respondiera a la llamada imaginándose la respuesta que le daría cuando lo hiciera. Esa criatura apasionada era la Lizzie que recordaba y, mientras una parte de él solo deseaba tranquilizarla y decirle que no debía preocuparse por nada, otra se alegraba de que la verdadera Lizzie hubiera vuelto.

–¿Diga?

–Hola.

–¿Qué quieres, Damon? –preguntó ella con acritud.

–Rellenarte algunas lagunas.

–¿Crees que servirá de algo?

–No puede hacerte más daño.

Se produjo un largo silencio antes de que ella preguntara

–¿Dónde estás?

–No muy lejos.

Se hizo de nuevo el silencio.

–Por si sirve de algo para el sentimiento de culpa que arrastras, debes saber que a todas las víctimas de tu padre se les devolvió el dinero.

–¿Cómo es posible? Mi padre no tenía dinero cuando murió. Ya se había encargado de ello mi madrastra.

–La Fundación Gavros se hizo cargo.

–Debiera haberlo sabido –murmuró ella–. ¿Así que ahora estoy en deuda contigo?

–No estás en deuda con nadie. Fuiste una víctima como cualquiera de los presentes en el juicio. Debiera haberte dicho lo que mi familia pretendía hacer, pero siempre estaba ocupado reflotando el negocio de mis padres.

–Eso no hace que me sienta menos culpable. No habrías tenido que reflotar nada si mi padre no hubiera engañado al tuyo.

–Si tú eres culpable, Lizzie, yo también lo soy. No pensé ni una sola vez en las consecuencias de nuestra pelea más allá de las implicaciones económicas para Gavros Inc. Creo recordar que habíamos tenido un buen año, por lo que no era problema para la fundación compensar a las víctimas. Pero no pensé en las consecuencias emocionales. Tienes razón. Entonces, lo único que me interesaba era el dinero.

–¿Y ahora?

–Ahora entiendo el valor increíble que has tenido.

–Por favor…

–No estoy siendo condescendiente. Estabas hundida y el destino seguía golpeándote. Ojalá hubiera estado allí para ayudarte a levantarte.

–No necesitaba que nadie lo hiciera. Me levanté yo sola. Ya era hora.

–Y ahora necesito tu consentimiento para que los tres juntos sigamos adelante.

–No me lo pediste para hablar con Thea –le espetó ella con furia–. ¿Qué ha cambiado, Damon?

–Yo.

Se produjo un largo silencio antes de que Lizzie dijera:

–¿Dónde estás?

Al bajar del coche, Damon pensó que no se había sentido tan feliz en su vida.

Se encontraron en el medio de la calle. Lizzie seguía en zapatillas y se había echado un abrigo por los hombros.

–¿Podemos empezar de nuevo? –preguntó Damon mientras comenzaba a llover.

–Será mejor que volvamos –dijo ella al tiempo que se protegía la cabeza con el abrigo.

Corrieron, pero, cuando llegaron a la casa, ella estaba empapada.

Y sin fuerzas.

Las emociones eran tan agotadoras como un día de ejercicio en el gimnasio. Y al cabo de once años de reprimirse, se hallaba verdaderamente exhausta. Una leve sonrisa de Damon sería suficiente para que recuperara las fuerzas, pero ¿por cuánto tiempo?

–Entra, hablaremos en mi habitación.

–Entonces, ¿ahora te fías de mí?

–No me queda más remedio.

–Tengo una idea mejor para que hablemos. En vez de hacerlo en tu habitación, ¿por qué no vuelves conmigo a la isla? No es necesario que hablemos esta noche. Duerme y mañana vendré a buscarte.

Ella comenzó a analizar los pros y los contras, pero él tomó la iniciativa.

–¿Dónde está tu espíritu de aventura, Lizzie? Siempre he deseado lo mejor para Thea y para ti. Y si no te lo crees, créete esto.

El mundo de ella estalló en vívidos colores cuando Damon buscó su boca. Fue la lluvia después de la sequía, una roca en medio de un mar plagado de dudas y de sentimientos de culpa. Deseaba a Damon y deseaba aquello: sus lenguas que se enredaban y acariciaban recordándole el acto que tanto deseaba mientras se aferraba y se apretaba contra él gimiendo de placer.

Los once años pasados protegiendo a Thea le habían dificultado entregarse a su propio placer, pero el deseo de Damon la envolvía y el cuerpo de ella le rogaba que cediera, por lo que estaba dispuesta a escucharlo.

–¿Qué vas a hacer? –preguntó ella cuando se separaron.

–Curarte las heridas.

Damon dejó a Lizzie en un grado extremo de excitación después de decirle que hiciera el equipaje. Parecía tener prisa por ir a algún sitio y ella le advirtió que no le gustaba que le dieran instrucciones. Pero tampoco le gustaba compadecerse de sí misma.

Cuando Damon se hubo ido, se sintió sola en medio de la habitación vacía de una casa vacía. Decidió que podía sentarse a llorar o actuar. Optó por lo segundo.

Pero lo primero era lo primero. Tenía hambre y el restaurante italiano de su calle era bueno y acogedor. Iría después de ponerse ropa seca. Una pizza y un vaso de vino tinto le sonaron a gloria.

Lizzie había sufrido mucho en el pasado, por lo que Damon debía hacer algo épico que le demostrara que verdaderamente había cambiado y estaba dispuesto a que todo saliera bien.

El hecho de que su abogado hubiera actuado sin su consentimiento seguía enfureciéndolo. Ese bufete no volvería a trabajar para él. Sin embargo, esa era la menor de sus preocupaciones.

Tomó una ruta larga para salir de la ciudad porque necesitaba tiempo para pensar. Después de haberse peleado con el lento tráfico de esa hora de la tarde, se sintió más despejado e hizo un par de llamadas.

Le había dicho a Lizzie que durmiera. ¿Quién se creía que era para decirle lo que debía hacer?

¿Y si, al dormir, soñaba de nuevo con los rostros del juicio?

Damon sabía que la atormentaban. Y la había dejado sola para enfrentarse a ellas cuando acababa de recibir la carta de su abogado.

¡Al diablo con todo!

Dio media vuelta y deshizo el camino. Media hora después, tenía un plan. Llamó a Lizzie mientras volvía a entrar en Londres.

–¿Dónde estás?

–Cenando –contestó ella, sorprendida de que la hubiera llamado.

–¿Dónde? –pregunto él al oír ruido de platos entrechocando.

–En un restaurante italiano cerca de casa.

Él cortó la llamada y aceleró. Había cosas por las que había que arriesgarse a una multa por exceso de velocidad.

Lizzie llevaba removiendo la pizza tanto tiempo que los camareros comenzaron a mirarla con ansiedad. El restaurante tenía fama de servir la mejor cocina italiana de Londres. Olía muy bien, pero ella no había sido capaz de probar bocado.

Bebió vino, pero rechazó que le sirvieran otra copa.

Lo que debiera haber hecho era haberle dicho a Damon que se reuniera con ella para hablar, en vez de hacer algo precipitado como volver a Grecia. Hubiera sido más fácil allí, rodeados de desconocidos.

–¿En qué piensas?

A Lizzie se le cortó la respiración.

–¡Damon!

En el umbral de la puerta, parecía un ángel negro con la misión de seducirla. Los comensales parecían estar de acuerdo con ella, ya que todas las cabezas se habían vuelto a mirarlo.

–¿Puedo sentarme?

¿Quién iba a impedírselo? Lleno de vitalidad y de peligro, parecía más apetitoso que la pizza que llevaba tiempo removiendo en el plato.

–Por favor –respondió ella indicándole la silla de enfrente.

–¿Qué haces con esa pizza? –preguntó él mirándola con desaprobación–. ¿La estás dejando para esta noche? Tomaremos otras dos –le dijo al camarero que había llegado a la mesa–. Y una botella del mejor tinto que tengan, unas aceitunas y otros aperitivos, jamón con melón. Verduras a la plancha, albóndigas…

–¡Damon!

–Soy un hombre grande con un apetito enorme. Y no me había dado cuenta de lo hambriento que estoy hasta entrar por la puerta y

oler la comida.

Ella se sonrojó e intentó no parpadear ni reaccionar cuando él colocó las piernas cómodamente contra las suyas. El espacio era un problema. Siempre lo sería con él.

–Damon…

–¿Qué? –preguntó él con una media sonrisa.

Lizzie se dio cuenta de que las cosas no iban a ir como había planeado.

–No irás a decirme otra vez algo sobre la confianza, ¿verdad? Porque tengo algo para ti. Y hay alguien que quiere hablar contigo antes de que te lo dé.

El corazón de Lizzie se desbocó cuando él se sacó el móvil del bolsillo. Marcó un número.

–¿Te parece bien? –preguntó mientras esperaba que le contestaran.

–Depende de quién sea.

A Damon se le iluminó el rostro cuando la persona a la que llamaba contestó.

–¿Thea?

–¿Qué pasa? –preguntó Lizzie, antes de agarrar el teléfono.

–Te he oído –dijo Thea–. No te enfades con Damon. Tengo que contarte una cosa.

–Es evidente –Lizzie intentó parecer despreocupada sin conseguirlo.

–No debes preocuparte.

–No lo estoy.

–Te va a gustar, te lo prometo –afirmó la niña con rotundidad.

Lizzie lo dudaba.

–Dime qué es.

–Las sorpresas son estupendas, ¿verdad? –apuntó Thea con entusiasmo soltando una risita. Era evidente que estaba con sus amigos.

–Me encantan las sorpresas –afirmó Lizzie intentando disimular que, en aquel momento, una sorpresa equivalía para ella a una visita al dentista.

–Pero depende de lo que sea, ¿verdad, mamá?

–¡Qué lista eres!

Thea se echó a reír y Lizzie miró a Damon con la esperanza de descubrir algo en su expresión.

–Damon tiene la sorpresa –dijo Thea entre risas–. Que te la enseñe. Quería regalarte algo para pedirte disculpas y yo le dije lo que te gustaría. Vas a darle la oportunidad de disculparse, ¿no?

Como en la última escena de las películas. Lo siento, pero tengo que colgar. Nos van a poner una película en la escuela.

De ahí la referencia, pensó Lizzie deseando poder abrazar a su hija.

–Ya falta poco para que lleguen las vacaciones de verano. Entonces, volveremos a Grecia –anunció Thea emocionada–. Buenas noches –dijo antes de que su madre pudiera hacerle más preguntas. Y colgó.

Así que Thea y Damon no solo estaban en contacto, sino que planeaban ir de vacaciones juntos.

–Debieras habérmelo dicho –dijo ella en voz baja–. Debes tenerme informada.

–Supongo que acabaré consiguiéndolo.

–Puedes jurarlo –dijo ella al tiempo que se levantaba para irse.

Damon la agarró de la muñeca.

–Nos van a traer la cena.

–¿Y? –miró su mano con enfado hasta que él la retiró.

–Siéntate –murmuró él al tiempo que le sonreía–. Quiero darte el regalo.

–Tendrá que esperar –dijo ella con frialdad–. Necesito tiempo para…

–¿Para qué, Lizzie? Has tenido todo el tiempo del mundo.

Ella apretó los dientes y se sentó de nuevo.

–Más te vale que merezca la pena.

–Espero que te lo parezca –observó él mientras se metía la mano en el bolsillo.

Al ver que sacaba un viejo estuche, Lizzie se quedó sin habla.

–Quiero que lo tengas, sea lo que sea lo que decidas hacer después.

Ella casi no se atrevía a tocarlo.

–Thea no me perdonaría que no te lo regalara. Me sentí tan mal por el incidente del violín que le pregunté si podía compensarla de algún modo y ella me dijo que con esto. Me contó que te había prometido que un día te lo devolvería, y que esa era su oportunidad de cumplir su palabra. Fue la primera vez que me llamó papá.

Lizzie tomó el estuche y cerró la mano.

–Para ser exactos, me dijo: «Ve por él, papá. Y recuerda que esta es solo la primera prueba».

–Muy propio de Thea –reconoció Lizzie mientras acariciaba el estuche.

–¿No lo abres?

–No sé si me atrevo.

–Seguro que sí –afirmó él con dulzura–. No hay nada a lo que no te atrevas. Si algo he aprendido sobre ti, Lizzie, es que tienes más agallas que la mayoría de la gente. Así que abre el estuche y ponte el anillo. Piensa en tu madre cuando lo lleves, en lo feliz que sería al saber que lo has recuperado. Y recuerda que no es un regalo que te hago yo, sino Thea. Que el anillo sea el símbolo de un nuevo punto de partida para los tres. Thea estará contenta de verte con él, y yo creo que cierra el círculo, ¿no te parece?

«Te curaré las heridas» recordó Lizzie que él le había dicho. Damon abrió el estuche y sacó el anillo de su madre.

Ella le dio las gracias cuando se lo puso, a pesar de que agradecérselo le parecía totalmente insuficiente.

–No me lo agradezcas a mí, sino a Thea.

–Gracias –repitió ella alzando la cabeza para mirarlo a los ojos.

–No tienes que agradecer nada al hombre que te quiere –dijo él sonriéndole.

Lizzie pasó el corto tiempo que quedaba hasta que la escuela cerrara por vacaciones haciendo las maletas y vaciando la habitación para dejar en un guardamuebles todo aquello que quería conservar. El resto fue a tiendas de caridad, de esas que le gustaban tanto a Thea.

–No vamos a quedarnos obligatoriamente para siempre en la isla –dijo Lizzie.

Damon y ella habían vuelto a empezar. No habían dormido juntos, ni siquiera se habían besado, desde la noche en que él le había dado el anillo y le había dicho que la amaba. La tensión entre ambos era feroz, pero formaba parte de ese nuevo comienzo, había dicho él.

Lizzie pensaba que sabía cómo quería que fueran las cosas: despacio. Sin embargo, cuanto más veía a Damon, más quería olvidar el pasado; aprender de él, desde luego, pero no dejar que volviera a gobernar su vida.

El jet privado de Damon llevó a Lizzie y Thea a la isla, donde él las esperaba en la pista de aterrizaje. La niña, sin ningún tipo de inhibición, se lanzó a sus brazos.

–El anillo ha funcionado como un hechizo, como te dije que sucedería –explicó la niña a su padre mientras miraba, feliz, a Lizzie.

–¿Lo sigues llevando puesto? –preguntó él a Lizzie.

–Siempre –susurró ella.

Damon les pasó el brazo por los hombros a ambas y las condujo hasta donde estaba el todoterreno. El trayecto hasta la casa de la playa fue tenso, pero por las razones adecuadas, pensó Lizzie. Intentaba no mirar a Damon, consciente de que su hija iba sentada detrás y lo observaba todo.

Había más sorpresas esperándolas. Damon no las llevó a la casa de la playa, sino a la casa familiar.

–Mis padres y yo hemos intercambiado las casas. Mi madre siempre había querido vivir en la de la playa, así que le pregunté a Thea cuál prefería y me contestó que esta.

Lizzie se quedó sin habla porque esa era la casa de sus sueños.

–Hay un estudio donde puedes pintar y una habitación para que Thea ensaye, pero puedes cambiar lo que te parezca en la casa. No os sintáis presionadas. Podéis venir cuando queráis o no venir en absoluto. La casa está a tu nombre, Lizzie. Te la he cedido. A veces, los abogados son útiles –añadió con una sonrisa irónica.

–¿Es mía? Pero no puedes…

–Puedo, y lo he hecho –le aseguró él. Sé que una casa no te va a compensar los años que has pasado sola, pero espero que sea un medio de expresaros mi amor a las dos y mi deseo de que forméis parte de mi vida. Y tú tendrás ahora algo que es tuyo, que podrás vender, conservar o hacer lo que quieras con ello. Ni que decir tiene que todos los gastos estarán cubiertos.

–No.

–¡Mamá!

–No puedo aceptar.

–¿Por qué no? –preguntó Thea.

–¿Estáis compinchados? –a Lizzie le resultaba difícil enfadarse con su hija, que nunca se había quejado de su falta de medios económicos.

–Si te refieres a que si Thea y yo queremos unir esfuerzos para que seas feliz, la respuesta es que sí –le aseguró Damon–. Y hay otra cosa que quiero pedirte.

–Pues pídemelo de una vez.

Se quedó anonadada cuando él hincó la rodilla en tierra.

–Nunca pensé que llegaría a tener la necesidad de hacer esto, pero la tengo. ¿Quieres casarte conmigo, Lizzie? ¿Quieres pasar el resto de tu vida conmigo?

Damon le había agarrado la mano y, a continuación, agarró la de Thea.

–¿Podemos ser, por fin, una familia, una familia feliz? Sé que queda mucho por hacer, pero si somos tres, nada ni nadie nos

detendrán.

Lizzie tardó unos segundos en asimilar todo aquello, pero, después, se arrodilló frente a Damon.

–No me interpondré en tu camino, desde luego –dijo en tono burlón.

Él se echó a reír.

Y cuando Thea se arrodilló también. Lizzie dijo:

–Por los tres, mi respuesta a tu proposición es un tajante sí.

A la mañana siguiente, Damon dijo a Lizzie que había esperado mucho para que fuera su prometida, por lo que se casarían esa misma semana en la isla. Thea sería la dama de honor e Iannis y Stavros los testigos.

–Espero que no te importe que haya hecho planes –apuntó él mientras se hallaban abrazados en la cama.

–Hay planes que me alegro que hayas hecho sin consultarme –afirmó ella en tono burlón–. Aunque creí que te referías a que te morías de ganas de que llegara la noche de bodas.

–Eso también. Y además…

–¿Qué? –preguntó ella cuando él se inclinó hacia su lado de la cama.

Damon abrió el cajón de la mesilla de noche y sacó un estuche con un anillo en su interior.

–El anillo de compromiso y la alianza matrimonial, todo en uno. Espero que te parezca bien.

Cuando ella abrió el estuche se quedó sin habla. El anillo era espectacular, con pequeñas esmeraldas en el centro. Era el que ella hubiera elegido mucho tiempo atrás, cuando leía cuentos de hadas antes de dormirse, pero fue la inscripción que llevaba lo que la emocionó:

Para el amor de mi vida.

Y había una fecha: Damon había puesto la de la noche en que se conocieron.

–El círculo se ha cerrado –dijo él.

–Para siempre.

La atrajo hacia sí, le quitó el estuche y le puso el símbolo de su amor en el dedo.

Epílogo

LOS SUEÑOS de Lizzie se hicieron realidad bajo un cielo azul cobalto, en una playa de arena, descalza y en brazos del hombre al que amaba.

Stavros e Iannis, ayudados por sus esposas, habían colocado un dosel con flores donde se celebraría la boda. De toda la isla habían llegado invitados para ver a Lizzie, que llevaba un sencillo vestido bordado que se ajustaba a su cuerpo como un guante.

Estaba segura de que la prenda debía de haberle costado una fortuna a Damon, aunque él la había dejado alucinada al comprarle varios para que eligiera.

–No hay motivo para que mi prometida sufra porque me muero de ganas de casarme con ella.

–No te preocupes, mamá. La mitad son de una tienda de segunda mano –dijo Thea mirando a su padre con malicia.

–Seguro –dijo Lizzie–. Una tienda que se llama…

–¿Acaso importa de dónde vienen los vestidos? –la interrumpió Damon–. Los he comprado con amor. Acéptalos.

Como ya había vendido su primer cuadro, le pareció que podía hacerlo. ¿Quién le hubiera dicho que sus acuarelas de la isla se venderían tan bien?

Internet simplificaba mucho las cosas y, a pesar de que Lizzie llevaba poco tiempo en la isla, había encontrado una nueva vocación, mejor, en cualquier caso, que lavar platos.

Mientras todos daban vivas a los recién casados, Thea se subió a un improvisado escenario, donde estaba la banda local, para saludarlos con un solo.

–¡Puede que al final sea violinista! –les dijo antes de correr a reunirse con los amigos en cuya casa se quedaría mientras su padres se iban de viaje de novios.

Ellos estarían de acuerdo con lo que Thea deseara ser, pensó Lizzie mirando a Damon. Ambos deseaban lo mismo para su hija: que hiciera lo que deseara y que fuera feliz haciéndolo.

–Creo que tendré que esforzarme más por esta familia de lo que nunca me he esforzado en el trabajo –afirmó Damon mientras abrazaba a Lizzie.

–Más te vale.

–Lo haré –le prometió él–. Y voy a empezar ahora mismo.

–¿Adónde me llevas? –preguntó ella mientras Damon la transportaba en brazos atravesando las filas de invitados–. ¿Y el

banquete nupcial?

–Nuestra boda no ha sido convencional, y lo mismo vale para el banquete. La fiesta continuará sin nosotros. Volveremos dentro de una semana a celebrarlo con nuestros amigos.

–¿Y dónde estaremos mientras tanto?

–Algunos lo llaman paraíso –afirmo Damon con solemnidad mientras avanzaba a grandes zancadas hacia el helicóptero que los estaba esperando–. Yo lo llamo cama.

–Me parece bien.

–*Agapi mu*, eres el amor de mi vida –le aseguró Damon mientras se reía–. Y, como mínimo, necesito una semana para demostrártelo, antes de iniciar nuestra vida de casados, o la frustración acabará matándome.

–A mí también –dijo Lizzie acurrucándose en los brazos del hombre al que adoraba.